

A romantic couple is seen from behind, sitting on a low stone wall. The woman, on the left, has long, wavy brown hair and is wearing a black spaghetti-strap crop top and a white, puffy skirt. The man, on the right, has dark, curly hair and is wearing a white long-sleeved shirt. They are both looking out over a vast body of water towards a distant shoreline where a large, multi-story building is visible. The sun is low on the horizon to the left, creating a warm, golden glow across the sky and reflecting on the water's surface. The sky transitions from a deep orange near the horizon to a soft purple at the top. The overall mood is peaceful and romantic.

Verano *en* Mallorca

ALMA BELL

VERANO EN MALLORCA

Alma Bell

Verano en Mallorca

© 2026 Alma Bell

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de esta obra por cualquier medio sin la autorización previa y por escrito de la autora, salvo en los casos permitidos por la ley.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, acontecimientos y diálogos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales es pura coincidencia.

Primera edición: agosto de 2026

Publicado de forma independiente por Alma Bell

Web: www.almabell.com

Instagram y TikTok: @almabellbooks

Para quienes vivieron un amor de verano
que siguen guardando en el corazón.

CONTENIDO

La banda sonora de Verano en Mallorca

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Epílogo

Nota de la autora

Regalo exclusivo

Agradecimientos

Sobre Alma Bell

LA BANDA SONORA DE VERANO EN MALLORCA

Esta playlist no está pensada para acompañar cada capítulo ni para escucharla en un orden concreto. Es, simplemente, el sonido del verano de Mia y Manu.

Canciones para conducir con las ventanillas bajadas, bailar al salir de la ducha, perderse entre calas, mirar el mar de noche y disfrutar de esos momentos que te hacen saber que es verano.

Puedes escucharla antes de comenzar la novela, cuando termines de leerla o siempre que quieras regresar a Mallorca.

Escanea el código para escuchar la playlist completa o busca @almabell en Spotify.



CAPÍTULO 1

El aterrizaje fue más brusco de lo normal. Las ruedas golpearon la pista y varias personas soltaron ese pequeño jadeo colectivo que siempre ocurre justo antes de que todo el mundo vuelva a fingir tranquilidad. Después llegaron los móviles encendiéndose, cinturones desabrochados y el murmullo impaciente de la gente que tenía a alguien esperándola al otro lado.

Me quedé unos segundos más mirando por la ventanilla. Las luces de la pista vibraban bajo el calor de la noche y el cristal estaba empañado por dentro. Sobre él se dibujaba débilmente mi reflejo: las pecas desperdigadas sobre la nariz y el pelo castaño recogido en una coleta que ya empezaba a deshacerse. Bajo la luz amarillenta del avión todavía se distinguía el tono cobrizo de la henna que Lola, mi mejor amiga, me había puesto unos días atrás, como si cambiarme el pelo pudiera convencerme de que también había cambiado de vida.

Julio y agosto. Dos meses trabajando. Con suerte y muchas propinas, lo suficiente para pagar la totalidad del siguiente curso antes del 3 de septiembre y ahorrarme las tasas del pago fraccionado. Quizá incluso escaparme un fin de semana antes de volver a los dos trabajos precarios que me esperaban en Madrid. Ese era el plan. No pensar mucho más allá de septiembre.

—Bienvenidos a Palma de Mallorca —anunció una voz metálica por los altavoces.

La mujer del asiento de delante empezó a aplaudir sola. Sonreí pensando en lo mucho que habría irritado esto a Lola. Había sido su idea que me fuese a Mallorca; que así haría muchas más propinas que en el bar, conocería a alemanes guapos y tendría un amor de verano, así me olvidaría de mi ex, Leo, y Sofía, la que decía ser mi

amiga y a su vez se liaba con Leo cuando “estudiaban” juntos en la biblioteca...

Qué mala experiencia para ser mi primer novio. Si los novios tuviesen reseñas en Tripadvisor, la de Leo sería sin duda un cero. Y Sofía, peor todavía. ¿Duele más una ruptura con un novio o con una amiga?

Cuando recuperé la señal, tenía tres mensajes de mi madre.

Mamá: Llámame cuando llegues.

Mamá: Y ya sabes, no te fíes de nadie.

Mamá: Especialmente de los ricos, que en Mallorca hay muchos.

Guardé el móvil mientras avanzábamos lentamente por el finger. El calor me golpeó nada más cruzar las puertas del aeropuerto. No era el calor seco de Madrid. Era algo más denso, húmedo, casi físico. Como si el aire se quedara pegado a la piel. Olía a sal, crema solar y queroseno. A uno de esos veranos que después recuerdas más de lo que deberías.

• • •

La furgoneta del hotel llegó tarde y el conductor parecía enfadado, como si recogernos hubiese sido una de las peores molestias que uno pueda tener. Se limitó a abrir el maletero y preguntar:

—¿Bellamar?

Asentimos y empezamos a meter maletas.

Subí detrás de otros trabajadores temporales que tenían la misma cara de agotamiento que mi madre después de abrir el bar a las siete y cerrarlo a las once de la noche. Entre ellos, me llamó la atención una chica de pelo ondulado que parecía estar reconsiderando todas las decisiones que la habían llevado hasta allí.

La carretera costera avanzaba oscura junto al mar. Las ventanas abiertas dejaban entrar aire caliente y el olor salado del agua. Después de una espera que se me hizo eterna, apareció el hotel. Primero las luces entre las palmeras. Luego la fachada blanca

levantándose frente al mar. Me incorporé un poco en el asiento. No esperaba aquello.

El Bellamar parecía más un club privado que un hotel. Piedra clara, terrazas abiertas sobre el agua, una piscina infinita reflejando luces doradas. Todo tenía esa estética cuidadosamente perfecta de los sitios excesivamente caros. Sin darme cuenta, solté un silbido bajo.

—Ya verás las habitaciones y luego compáralas con las nuestras —dijo la chica de pelo ondulado.

—Vaya... ¿Has hecho más de una temporada? —le pregunté.

—Sí, esta será mi tercera ya —dijo con cierto tono de superioridad—. Es una forma rápida de hacer colchón durante el verano. Ya verás que aquí las propinas son increíbles.

—Perfecto, justo lo que necesitaba oír. Soy Mia, por cierto.

—Carla, encantada.

Al menos tenía una compañera simpática. Seguimos conversando mientras la furgoneta se acercaba a la zona del personal. Carla era una chica valenciana que estaba a punto de terminar psicología y desprendía buen rollo. Tenía un flequillo rebelde que le llegaba hasta las cejas, la piel morena, los ojos marrones y una chispa en la sonrisa que me transmitió confianza rápidamente. Su energía y humor, aunque en ocasiones sarcástico, alegraron la llegada a la isla después de unos días oscuros.

La puerta de la furgoneta se abrió y la música del *rooftop* llegó amortiguada hasta la entrada del personal. Risas, cristales chocando, conversaciones mezcladas con el sonido lejano del mar. De pronto fui muy consciente de mis Converse sucias, del cansancio pegado al cuerpo y de la coleta medio deshecha que llevaba desde antes de subir al avión.

Nada más entrar al hotel, apareció una coordinadora con camisa blanca, moño tirante y expresión de haber perdido la paciencia aproximadamente en 2014.

—Temporada de verano, ¿verdad?

Asentimos.

—Perfecto. Mañana hacemos contratos y os enseño dónde vais a trabajar. Esta noche conformaos con encontrar vuestra habitación y

tener toallas limpias.

Nos hizo entrar a la sala contigua a recepción para recoger uniformes y horarios. El contraste del aire acondicionado me erizó la piel. Dentro, el lujo del hotel era todavía más exagerado: mármol claro, lámparas de lino, música suave sonando desde algún sitio invisible y, detrás de los ventanales, el mar completamente negro moviéndose bajo la luna.

La coordinadora iba diciendo nombres mientras repartía llaves y explicaba normas básicas, pero yo apenas la escuchaba. Había algo extraño en mirar un lugar tan bonito sabiendo que ibas a vivir en él durante dos meses, como si todavía no terminaras de creértelo.

—¿Mia Martín?

Levanté la vista.

—Sí.

—Serás *guest experience*. Vas a tocar un poco de todo: piscina, eventos, terraza, clientes VIP...

Sonaba agotador. Perfecto. Cuanto menos tiempo tuviera para pensar, mejor.

La coordinadora siguió hablando, pero su expresión se alteró cuando salimos hacia la entrada principal del hotel. Lo noté antes de girarme del todo. Varias personas levantaron apenas la cabeza. Un camarero se apartó para dejar pasar a alguien. Entonces los vi entrar.

Eran cuatro chicos que imaginé que eran huéspedes, aunque uno de ellos caminaba con pasos firmes, como si estuviera seguro de que el hotel le pertenecía un poco más que al resto. Fue a él a quien miré primero sin saber muy bien por qué.

Era un chico de ojos verdes y piel morena. Llevaba una camisa blanca remangada y el pelo todavía húmedo; parecía que acabara de salir del mar hacía poco. Se estaba riendo de algo que decía el chico rubio que iba a su lado mientras recorría con la vista el hall.

La gente reaccionaba a él. Eso era lo primero que se notaba. Recepcionistas, camareros, seguridad. Todo el mundo parecía registrarlo al pasar, aunque intentaran disimularlo. El resto de chicos llevaba una estética similar: camisas a medio abotonar, pantalones de lino claros y sonrisas perfectas que brillaban casi más que la luna.

La valenciana murmuró a mi lado:

—Uf.

—¿Qué?

—Nada bueno.

Antes de que pudiera preguntar nada más, la coordinadora suspiró.

—Y ahí llega uno de nuestros problemas favoritos.

—¿Quién es?

—Manu Sureda.

El nombre no me dijo absolutamente nada. Volví a mirarlo un segundo. Se movía con elegancia, seguro de sí mismo. El tipo de persona que probablemente había aprendido muy temprano que el mundo le iba a abrir las puertas igualmente.

Uno de los chicos dijo algo y él soltó una carcajada breve antes de seguir caminando hacia los ascensores. Entonces, casi por accidente, levantó la vista. Nuestros ojos se cruzaron apenas un instante.

No ocurrió nada. Ni sonrisa, ni doble mirada, ni esa tensión absurda que pasa en las películas. Simplemente me vio. Como había visto las plantas del vestíbulo o a los camareros que acababan de cruzarse con él. Después siguió caminando.

Aun así, algo en mí tardó unos segundos más en apartar la mirada. No porque me hubiera impresionado, me dije, sino porque había algo en él que me despertaba curiosidad y desconfianza a partes iguales. Como si, al observarlo un poco más, pudiera descubrir qué había detrás de aquella seguridad tan perfecta. Mi madre siempre decía que la gente con dinero aprendía muy pronto a esconder lo que no quería que los demás vieran. ¿Qué escondía Manu Sureda?

• • •

La casa del personal estaba a unos minutos andando del hotel, ligeramente escondida entre pinos. Al llegar, encontré exactamente el tipo de caos que esperaba: ventiladores haciendo ruido constante,

toallas colgadas en las puertas, música sonando desde alguna habitación, olor a pasta recalentada y crema *aftersun*.

Mi habitación era pequeña, pero tenía una ventana desde la que se veía una parte mínima del mar entre edificios. Había dos camas individuales y una cómoda de IKEA de cuatro cajones. Más que suficiente para la ropa que había traído. De hecho, mi armario entero habría cabido en esos cuatro cajones.

Una de las cosas que me aterraba sobre mi estancia en Mallorca era lo de compartir habitación. No tenía hermanos ni hermanas y nunca había vivido fuera de casa, ya que pagarse una habitación en Madrid no era algo que estuviese dentro del presupuesto. Había escuchado historias horribles de amigas a las que les habían robado ropa interior, de compañeras que llevaban chicos a la habitación aunque ellas estuvieran allí y de personas muy sucias en general. Por suerte, me había tocado compartir habitación con Carla y, de momento, parecía una persona muy normal.

Una vez instaladas, me había propuesto subir a la terraza del último piso, que era grande y tenía vistas al mar, para fumar un pití. Yo no fumaba, pero me apetecía un poco de conversación antes de irme a dormir y tampoco quería parecer desagradable el primer día.

Mientras ella colocaba su ropa en sus dos cajones, yo me adelanté a la terraza y subí con una libreta, un boli y una botella de agua pequeña a medio beber. Me había propuesto escribir un poco cada día y quería empezar ese propósito con algo inspirador antes de que ella viniese.

La abrí por una página en blanco. Desde fuera llegaban risas y el eco lejano de música del puerto. Me quedé un momento mirando la hoja antes de escribir:

Hay lugares que parecen capaces de romperte el corazón incluso antes de que te ocurra algo allí.

Leí la frase una vez. Luego cerré la libreta antes de empezar a avergonzarme de mí misma.

Desde la terraza se veía parte del Bellamar iluminado frente al mar. El *rooftop* seguía lleno de gente. Se podían distinguir chicas de

piel morena y vestidos brillantes bailando entre copas llenas y mesas decoradas. Chicos con ropa de marca y relojes caros en la muñeca. Copas, risas, gente preciosa viviendo vidas fáciles.

Apoyé los brazos en la barandilla. Y entonces lo vi otra vez. Estaba en una esquina de la terraza, apoyado también contra la barandilla, escuchando a alguien hablar mientras giraba distraídamente una botella de cerveza entre las manos.

Manu Sureda.

No parecía especialmente interesado en la fiesta. Había algo distante en la forma en que miraba el paisaje, como si estuviera allí por costumbre más que por ganas.

Lo observé unos segundos antes de darme cuenta de que estaba haciéndolo. Entonces él levantó la cabeza. Y esta vez sí, por un instante, sus ojos encontraron los míos entre todas las terrazas de los edificios cercanos. Me sonrió y levantó su botella, a modo de chinchín.

Los pasos de Carla subiendo las escaleras me distrajeron y me giré como si lo que acabara de pasar hubiera sido un sueño.

Recordé las palabras de mi madre: "No te fíes de nadie. Especialmente de los ricos". Tenía que hacerle caso, no había mejor testigo que su historia. Sin embargo, no sabía si era solo el cansancio o la sensación extraña de llegar sola a un sitio nuevo.

Pero por primera vez en mucho tiempo tuve la impresión de que mi vida estaba a punto de desviarse ligeramente del rumbo que había imaginado. Como cuando una ola cambia de dirección antes de llegar a la orilla y todavía no sabes que va a arrastrarte con ella.

CAPÍTULO 2

Descubrí muy rápido que el Hotel Bellamar funcionaba gracias a tres cosas: café, comida preparada y gente muy cansada para discutir. Eran las siete y cuarto de la mañana y yo ya me arrepentía un poco de existir.

—Te juro que si alguien vuelve a decirme “temporada” con ilusión, lo empujo a la piscina —murmuró Carla mientras cruzábamos la entrada de personal.

Me reí todavía medio traspuesta.

Había dormido cuatro horas como mucho. Carla y yo habíamos pasado un buen rato contándonos nuestras vidas y nos habíamos tumbado en la cama sobre las dos. Aun así, la casa del personal parecía incapaz de callarse del todo nunca. Puertas abriéndose, alguien riéndose en la cocina a las tres de la mañana, un chico hablando por videollamada con su novia en un italiano dramático.

Y el calor. Dios, el calor. La humedad de la isla se pegaba a la piel como el caramelo.

Entramos por la zona de servicio y el contraste del aire acondicionado me recorrió los brazos. Todo olía a café recién hecho y a productos de limpieza.

La coordinadora de la noche anterior apareció prácticamente de la nada. Seguía teniendo cara de odiar a la humanidad. Me pregunté si había nacido así o si la vida la había convertido. Rápido descubrí que era la segunda opción.

—Bien, temporada de verano —dijo sin entusiasmo—. Necesito que hoy aparentéis, como mínimo, un sesenta por ciento más de profesionalidad de la que tenéis ahora mismo encima.

Carla soltó una risa breve. A mí me dieron ganas de llorar un poco cuando me vi reflejada en el espejo de recepción con el uniforme puesto: pantalón blanco, polo beige, zapatillas claras

obligatorias. En mi caso, las zapatillas claras eran unas Converse que habían conocido tiempos mejores.

La coordinadora empezó a repartir contratos y nos adjudicó zonas.

—Piscina principal, *rooftop*, eventos privados y asistencia VIP. Si un cliente pide algo, sonreís y lo solucionáis. Aunque os quiera muertos.

—Inspirador —murmuré.

La coordinadora me miró.

—¿Cómo te llamabas?

—Mia.

—Pues inspira sonriendo, Mia.

Carla soltó una carcajada y tuve que morderme la lengua para no hacer lo mismo.

Dos horas después estaba reconsiderando todas las decisiones que me habían llevado hasta aquella isla.

El sol todavía ni siquiera estaba arriba del todo y ya sentía la espalda pegajosa bajo el uniforme. Iba de una punta a otra de la piscina llevando toallas, cócteles y botellas de agua helada mientras huéspedes absurdamente impolutos desayunaban fruta cortada con cara de no haber sufrido jamás en su vida. Había mujeres con vestidos de lino blanco perfectamente lisos. ¿Cómo? Ni idea. Todo el mundo sabe que el lino se arruga con solo mirarlo.

—Mesa doce quiere otra botella de Veuve —me avisó un camarero con pendientes de aro al pasar.

—¿No les he llevado una hace diez minutos?

—Bienvenida al lujo.

Suspiré y seguí caminando.

El hotel era todavía más bonito de día. El mar brillaba detrás de la piscina infinita y las buganvillas rosas caían por las paredes blancas como si alguien las hubiese colocado así para una campaña de perfume. Sonaba música suave desde altavoces escondidos entre las palmeras. Todo parecía cuidadosamente diseñado para que la gente se enamorara de su propia vida durante una semana.

Y yo estaba allí recogiendo copas de champán vacías, platos con media tostada de aguacate todavía entera y polos de helado de niños que llevaban bañadores más caros que un alquiler mensual.

Curiosamente, no me molestaba tanto como esperaba. Había algo agradable en moverse sin pensar demasiado. En estar cansada físicamente en lugar de emocionalmente.

A media mañana apareció Carla junto a mí con una bandeja vacía.

—Vale, necesito ponerte al día sobre la fauna local —dijo.

—¿Voy a sobrevivir?

—Depende de cuánto te gusten los hombres emocionalmente inaccesibles.

La miré.

—Oh, no.

—Oh, sí.

Me agarró del brazo y señaló discretamente hacia la terraza superior. Allí estaban otra vez. Los cuatro chicos de la noche anterior. Gafas de sol. Camisas abiertas. Aspecto insultantemente descansado. Y, en medio de todos ellos, Manu Sureda.

Llevaba una camiseta azul claro sencilla y unas gafas oscuras apoyadas sobre el pelo, que se dividía exactamente en el medio con las ondas cayéndole de forma natural hacia los lados. Tenía los brazos fuertes y tonificados; no como los chicos que van mucho al gimnasio, sino como los que hacen mucho deporte. Escuchaba a sus amigos hablando mientras removía hielo dentro de un vaso.

—¿Qué pasa con él? —pregunté.

Carla me miró como si acabara de admitir que no sabía quién era Beyoncé.

—Mia, literalmente media isla sabe quién es. ¡Qué digo media isla! ¡Medio país!

—Pues yo no.

—Familia rica de Barcelona, aunque pasan gran parte del tiempo aquí. Creo que la madre es mallorquina. Tienen hoteles, *beach clubs*, inversiones, barcos, probablemente un castillo medieval escondido en algún sitio...

—Qué pereza la gente rica. ¿De qué deben hablar? “Ay, mi garaje no es lo suficientemente grande para todos mis Ferraris” —dramaticé.

Las dos nos reímos a carcajadas.

—Lo peor es que encima es simpático.

—No te fíes, eso es peligroso.

—El que sí es peligroso es su amigo Nico, el rubio.

Volví a mirar hacia arriba. En ese momento, uno de los camareros pasó cerca de su mesa y Manu levantó la cabeza para darle las gracias. Pequeño detalle, pero real.

—Su familia —continuó Carla bajando la voz— es la propietaria del hotel.

Ah. Ahora entendía ciertas cosas. La manera en que los guardias de seguridad lo saludaban. La facilidad con la que ocupaba espacio. La sensación de que todo el mundo registraba su presencia aunque fingiera que no. Como si el hotel girara apenas un poco distinto cuando él estaba dentro.

—Definitivamente, qué pereza —dije.

Pero seguí mirándolo un segundo más. Y quizá ese fue mi error. Porque de pronto él levantó la vista directamente hacia mí. No aparté la mirada lo bastante rápido. Perfecto, Mia. Perfecto.

Sostuvo mis ojos apenas un instante detrás de las gafas oscuras. De nuevo, algo parecido a una sonrisa mínima le rozó la boca antes de volver a girarse hacia la conversación.

Y eso fue todavía más irritante.

• • •

Mi primer desastre laboral ocurrió cuarenta minutos después. La culpa la tuvieron un niño francés corriendo alrededor de la piscina con una lata de refresco abierta, una señora gritándole en dos idiomas y mis zapatillas resbalando sobre los charcos que iba dejando el niño.

La bandeja se inclinó. Tres mojitos, dos copas, una botella de agua con gas y un vaso con hielo. Todo acabó en el suelo, yo incluida. El cristal estalló cerca de mis pies.

—Mierda.

Varias personas se giraron. Sentí el calor subiéndome directamente a la cara. Perfecto, primer día y ya quería desaparecer dentro del Mediterráneo.

—¿Estás bien?

La voz llegó antes de que pudiera reaccionar. Alcé la cabeza. Manu. Por supuesto, claro que sí. Estaba frente a mí con una expresión curiosamente tranquila mientras me ofrecía su mano para levantarme.

Más cerca era todavía más atractivo. Tenía los ojos más verdes y claros de lo que parecían anoche. Había algo en su olor increíblemente adictivo, difícil de identificar.

Me levantó con fuerza, casi de un salto.

—No, pero gracias por venir a presenciar el momento más humillante de mi vida laboral.

Sonrió apenas. Y fue ligeramente irritante lo bien que le quedaba esa media sonrisa.

—Creo que he visto peores.

—¿Tú crees?

Miró los cristales esparcidos por el suelo.

—Definitivamente. El año pasado un hombre cayó borracho por las escaleras de la entrada intentando impresionar a una influencer alemana. Eso fue mucho peor.

No pude evitar reírme. Confirmé lo que me había dicho Carla: era muy simpático. Pero las palabras de mi madre me hicieron volver rápidamente a la realidad: era todo una trampa y no debía fiarme.

—Bueno —dije agachándome a recoger los trozos de cristal del suelo—, siento haber decepcionado tus estándares de caos.

—Todavía es pronto.

Había algo extraño en hablar con él. No parecía esforzarse nunca por resultar encantador y, aun así, todo el mundo giraba ligeramente a su alrededor.

Uno de sus amigos lo llamó desde la terraza superior. Ni siquiera miré quién era, evitando contacto visual con cualquiera que pudiera haber sido testigo de la escena vergonzosa que acababa de ocurrir. Manu levantó apenas la cabeza en dirección a la voz, pero volvió a

mirarme enseguida. Como si la conversación todavía le interesara más que subir con ellos. Su atención me puso inesperadamente nerviosa.

—Mia, ¿no?

Fruncí un poco el ceño.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Se encogió apenas de hombros.

—No había mucha gente mirando como si quisiera incendiar el hotel ayer por la noche.

Odié la pequeña mariposa que empezó a crecer en mi estómago.

—No quiero incendiar el hotel.

Me miró como si entendiera perfectamente la mentira y decidiera dejarme conservarla.

—Claro.

—¿Siempre apareces cuando alguien está a punto de morir de vergüenza o he tenido suerte?

Miró su reloj y luego volvió a mirarme.

—Solo los martes —añadió.

—Qué alivio.

Vi cómo la coordinadora me indicaba desde lejos que fuese al baño a cambiarme y me levanté rápidamente, todavía un poco alterada por la situación.

Antes de girarme, volví a mirarlo una vez más. Error. Porque seguía observándome. No de esa forma descarada típica de chicos muy conscientes de sí mismos. Era peor. Parecía realmente atento. Como si estuviera intentando averiguar por qué por primera vez en su vida había alguien que no cayese rendido a sus pies a la primera.

Me fui a cambiar la camiseta y me miré en el espejo para retocar la poca cantidad de maquillaje que me había puesto, que básicamente consistía en rímel y un poquito de labial rosado. En ese momento recordé que llevaba la pequeña placa con mi nombre colgada del uniforme.

“Mia Martín”

Claro, tonta de mí. Cómo iba a saber Manu Sureda mi nombre. Lo llevaba escrito en mi camiseta.

—Vale —dijo Carla apareciendo a mi lado—. Eso ha sido rarísimo.

—No sé de qué hablas.

—¿Manu Sureda? Te estaba mirando muchísimo.

Bufé intentando ignorar el calor que me subía por el cuello.

—Simplemente estaba presenciando una tragedia en directo.

—Pues un buen repaso le estaba dando a la chica trágica.

—No digas bobadas. Además, yo este verano paso completamente de los tíos.

Ella sonrió lentamente. Como alguien que acababa de darse cuenta de algo antes que yo.

Sin embargo, mientras volvía hacia la piscina, una parte de mí tuvo la sensación incómoda de que quizá Manu Sureda también se había dado cuenta.

CAPÍTULO 3

Descubrí otra cosa importante sobre el Bellamar aquella primera semana: el cansancio no impedía sentir cosas. De hecho, a veces las empeoraba.

Llevaba cinco días en Mallorca y ya había perdido completamente la noción del tiempo. Todo se reducía a turnos largos, olor a cloro, bandejas pesadas y volver a la casa del personal con arena pegada a las piernas y la sensación de que el cuerpo ya no me pertenecía del todo.

Había momentos que hacían que no me arrepintiera de haber dejado mi verano cómodo en Madrid trabajando en el bar de la esquina. Como Carla robando mini croissants del buffet para desayunar después del turno de noche. O las cenas improvisadas en la terraza con ventiladores girando inútilmente mientras alguien ponía música desde un móvil. O las primeras propinas, que suponían más efectivo del que había visto en la vida.

Aun así, tampoco ayudaba el pequeño vuelco en el pecho cada vez que lo veía. Lo peor era que ni siquiera estaba haciendo nada. No coqueteaba descaradamente, no intentaba llamar la atención, no hacía esas cosas típicas de chicos guapos y ricos que creen que el mundo es una extensión de su ego. Simplemente aparecía. Y yo lo notaba igualmente.

—Te juro que si sigues poniendo esa cara cada vez que lo ves voy a empezar a cobrarte por negarlo —dijo Carla.

Le lancé una servilleta.

—No pongo ninguna cara.

—Claro.

Estábamos preparando una zona privada cerca de la piscina porque esa noche había un evento importante. Algo relacionado con empresarios, inversores y gente que probablemente decía palabras

como *networking* sin sentir vergüenza física. Yo colocaba velas sobre una mesa mientras intentaba ignorar el calor.

Eran apenas las ocho y seguía haciendo una temperatura absurda. El cielo empezaba a teñirse de naranja sobre el mar y las luces del hotel se encendían poco a poco entre las buganvillas. Esa isla tenía una magia que hacía que todo pareciera más imponente de lo que realmente era.

—Por cierto —continuó Carla—. Esta noche vienen los Ortega del Pino.

—Eso suena a apellido que posee cuadros robados.

—Casi. Poseen galerías.

Solté una risa inesperada.

—Buena casualidad. ¿Y eso por qué debería importarme?

Carla levantó las cejas lentamente. Oh, no, empezaba a reconocer esa expresión. Algo que no me iba a gustar venía después.

—Victoria Ortega del Pino.

Ese nombre me sonó inmediatamente incluso sin saber exactamente por qué. Probablemente porque tenía vibra de persona que jamás había tenido que mirar el precio de nada en toda su vida.

—¿Y?

—Y es básicamente la novia no oficial de Manu Sureda desde hace siglos.

La vela que estaba colocando quedó ligeramente torcida. La enderecé rápido, quemándome ligeramente un dedo.

—Ah.

Carla me estudió con descaro.

—Ese “ah” ha sonado un poquito agresivo.

—Es por la vela. Lo de Manu me importa poco.

—Perfecto, entonces no te molestará verla.

—Para nada.

Mentira. Y ni siquiera entendía por qué. No conocía a Manu. Solo había hablado con él una vez. Justo mientras yo destruía la vajilla de cristal delante de medio hotel. No tenía sentido.

Aun así, algo incómodo se instaló debajo de mis costillas durante el resto de la tarde.

• • •

El evento empezó sobre las nueve y media. Luces cálidas reflejándose en la piscina infinita. Música elegante sonando baja. Camareros moviéndose rápido entre mesas blancas y copas de champán. Llevaba más de una hora yendo de un lado a otro cuando escuché a dos recepcionistas hablar cerca de la barra.

—Aquí llegan.

Ni siquiera necesité preguntar quiénes. Manu avanzaba entre la gente con una facilidad natural, saludando a varias personas mientras uno de los organizadores prácticamente se inclinaba al hablarle. Llevaba pantalón blanco y una camisa azul marino remangada. Estaba muy atractivo. Entonces la vi a ella.

Victoria caminaba a su lado con un vestido también azul, sencillo y elegante, el pelo recogido y esa clase de belleza tranquila que hacía que otras personas parecieran estar haciendo mucho esfuerzo a su alrededor. Encajaban visualmente.

Ella apoyó una mano en el brazo de Manu mientras alguien se acercaba a saludarlos. Él bajó un poco la cabeza para escuchar algo que ella le decía. Demasiado natural, demasiado cómodo. Pertenecían exactamente al mismo mundo. Ese en el que la ropa siempre huele a limpio y las toallas son lo más suave que has conocido nunca.

—Ay —murmuró Carla detrás de mí.

—No hagas comentarios.

—No he dicho nada.

Seguí caminando hacia una mesa intentando ignorar la sensación absurda que me recorría el cuerpo. Qué ridícula estaba siendo. Ni siquiera me gustaba. De hecho, ni lo conocía. Simplemente era... interesante.

Y muy guapo. Y estaba bastante fuerte. Y tenía unos ojos que parecían prestar atención de verdad cuando te miraban. Vale, quizá un poco más que interesante.

Cogí una bandeja con copas vacías antes de escuchar una voz masculina cerca de mí.

—Con cuidado esta vez —escuché mientras chocaba ligeramente contra alguien y la bandeja se inclinaba velozmente.

Unas manos aparecieron sujetándola antes de que las copas acabaran de nuevo en el suelo. Por supuesto, Manu. Otra vez.

—Empiezo a pensar que tienes algo personal contra el cristal.

—Y yo empiezo a pensar que apareces demasiado.

—Trabajo aquí.

—Técnicamente no.

Una sonrisa mínima le rozó los labios.

—Buen punto.

Sentí entonces otra presencia acercándose y giré la cabeza. Victoria, perfecta.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

Su voz era suave, elegante. De esas personas que jamás parecen tener prisa ni llegan despeinadas a ningún sitio. La clase de chica que probablemente olía bien incluso después de pasar ocho horas al sol. Y yo allí, sudando dentro del uniforme y con el pelo absorbiendo humedad como una esponja humana.

Además era guapísima sin esforzarse. Como si nunca hubiese tenido que aprender ángulos para las fotos ni mirar su reflejo en un escaparate para comprobar si seguía teniendo buena cara. Seguro que jamás había llorado tanto como para despertarse con los ojos hinchados al día siguiente.

—Sí —respondí—. Solo intento no destruir mobiliario caro.

Ella sonrió un poco.

—Entonces vas mejor que Nelo el verano pasado —dijo.

—¿Nelo?

—Manuelo, así lo llamábamos de pequeño.

Manu cerró los ojos un segundo, como alguien resignado.

—Por favor, no.

Victoria lo ignoró completamente.

—Pues cayó en la piscina con ropa blanca delante de unos inversores franceses. Y ya sabes que la ropa blanca mojada se transparenta.

Las dos empezamos a reír mientras Manu se sonrojaba ligeramente.

—¿Eso es verdad?

—Hay muy pocas personas en esta isla a las que quiera menos que a Victoria ahora mismo.

—Exagerado —dijo ella tranquila.

Rieron. Había confianza real entre ellos. Años de confianza. Se notaba en cómo hablaban, en cómo se interrumpían sin tensión, en la facilidad cómoda entre ambos. Y, por algún motivo, eso me produjo una sensación rarísima. Como llegar tarde a algo.

Victoria me tendió la mano.

—Soy Victoria.

—Mia.

—La chica de los mojitos.

Abrí mucho los ojos.

—¿También sabes eso?

—Todo el hotel lo sabe. Estas cosas corren rápido, mantienen al personal alegre —dijo Manu con absoluta tranquilidad.

—Perfecto. Ahora si me disculpáis voy a tirarme al mar directamente.

Rió y durante un segundo sus ojos se quedaron sobre mí más tiempo del necesario. Como si hubiera olvidado apartarlos. Un momento que duró apenas.

Pero Victoria lo vio. No dijo nada. Solo observó a Manu un instante antes de volver a mirarme. Y algo se movió ligeramente en su expresión.

—Bueno —dijo ella finalmente—. Voy a salvar a alguien de una conversación sobre criptomonedas antes de que me suicide socialmente.

—Mucha suerte —murmuré.

Victoria me devolvió la sonrisa antes de alejarse entre la gente. Lo suficiente como para sentirme un poco idiota por haber decidido, en menos de treinta segundos, que debía de ser insoportable solo porque llevaba un vestido caro y parecía sacada de una campaña de Ralph Lauren.

Me quedé recolocando copas sobre la bandeja para evitar mirar a Manu directamente. Pero él seguía ahí, observándome otra vez de esa manera tranquila que empezaba a ponerme nerviosa.

—¿Qué quieres? —pregunté al final.

—Nada.

—Mentira.

Esa pequeña sonrisa apareció en su boca.

—Me hace gracia que siempre parezcas enfadada conmigo.

—Porque probablemente debería estarlo.

—¿Y eso por qué?

Lo miré unos segundos.

Porque eres exactamente el tipo de persona que mi madre me diría que evitara.

Porque hueles demasiado bien.

Porque me miras como si yo fuese la persona más interesante del planeta.

Porque llevo menos de una semana aquí y ya noto cuándo entras en una habitación.

Porque me da miedo hacerme ilusiones cuando no tengo ni la mínima oportunidad.

Pero, obviamente, no dije nada de eso.

—Porque apareces siempre que estoy haciendo el ridículo.

—Entonces intentaré aparecer también cuando no.

Y lo peligroso fue lo que sus palabras provocaron dentro de mí. Porque sonó muy parecido a una promesa.

Antes de que pudiera responder, un hombre en traje lo llamó desde el otro lado de la terraza. Esta vez el cambio en él fue inmediato, como si recordara de golpe quién tenía que ser allí. Giró ligeramente la cabeza hacia el grupo de hombres cerca de la barra y una especie de cansancio silencioso le atravesó la expresión un instante.

—Nos vemos, Mia.

Y otra vez mi nombre sonó distinto en su boca, más cercano de lo que debería. Me quedé quieta observándolo alejarse entre la gente elegante, la luz de las velas y el ruido del mar al fondo.

CAPÍTULO 4

La cocina compartida de la casa del personal estaba medio vacía cuando llegué. Alguien había dejado pasta en una olla con una nota que decía "NO TOCAR CABRONES". Abrí la nevera buscando algo frío y encontré exactamente media botella de Aquarius. Perfecto.

Me apoyé contra la encimera mientras bebía directamente de la botella.

—Eso es mío, pero honestamente ya no tengo fuerzas para defenderlo.

Levanté la cabeza sobresaltada. Un chico con aspecto *skater* estaba sentado sobre la encimera del fondo con una tostada en una mano y el móvil en la otra. Llevaba una camiseta gris vieja, pantalones cortos deportivos y el pelo claro muy corto.

—Uy, perdón, pensaba que estaba sola...

Él sonrió apenas.

—Quédatelo. Mañana probablemente me desmayaré en recepción, pero al menos moriré siendo generoso.

Solté una risa pequeña.

—¿Eres nueva? —preguntó.

—¿Se nota mucho?

—Todavía tienes esperanza en los ojos.

—Mia —dije acercándome un poco.

—Héctor.

Se bajó de la encimera y me tendió la mano. Tenía las manos calientes y ligeramente ásperas.

—¿*Guest experience*? —preguntó.

—¿También se nota?

—Bueno, es más que te he visto antes.

Se me olvidaba que para el resto del mundo no soy invisible, solo para los huéspedes cuando no me necesitan.

Héctor abrió un armario y sacó una bolsa enorme de mini croissants envueltos en servilletas.

—¿Has robado eso del buffet?

—“Robado” es una palabra muy agresiva. Yo prefiero pensar que estoy redistribuyendo riqueza.

—Muy Robin Hood por tu parte.

—Gracias. Llevo años perfeccionando la técnica.

Cogió dos platos y dejó uno delante de mí.

—Come. En este sitio o aprendes a aprovechar comida gratis o acabas gastándote el sueldo en *poke bowls* de quince euros.

—Ya me caes bien.

—Eso es porque me has visto después de una ducha relajante. Después de un turno de doce horas, no me hago responsable de mis palabras.

Me senté frente a él mientras el ventilador de techo seguía moviendo aire caliente sobre nuestras cabezas. Desde fuera llegaban risas lejanas y el sonido de alguien poniendo música en una terraza cercana. Mallorca nunca terminaba de dormirse.

—¿Llevas mucho aquí? —pregunté.

—Tres veranos.

—¿Tres?

—Mis abuelos viven aquí. En verano trabajo en el hotel y así aprovecho para verlos.

Asentí.

—¿Y tú? —preguntó él—. ¿Necesidad económica o crisis existencial?

—Buena pregunta. Un poco de ambas.

—La mejor combinación.

Me quedé un segundo mirándolo mejor. Era guapo, sí. Pero de una forma completamente distinta a Manu. Más tranquilo, más cercano. La clase de chico que probablemente sabría montar muebles de IKEA sin enfadarse.

—Madrid, ¿no? —dijo de pronto.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también. Además, tienes cara de haber sufrido muchos metros en agosto.

—Dios. No llevar desodorante debería ser delito penal.

—Por fin alguien lo dice.

• • •

Los siguientes días descubrí que Héctor conocía todos los secretos importantes del hotel: con qué cocinero había que negociar para conseguir helados gratis, qué camarero ligaba con huéspedes casadas, qué máquina de hielo funcionaba mejor, dónde sentarse durante el descanso porque llegaba algo de aire del mar.

—Aquí sobrevives dos semanas más que el resto —me explicó una tarde llevándome a una esquina escondida detrás de la zona del restaurante.

Había sombra y brisa, un espacio perfecto. Casi lloro.

—¿Por qué nadie me había enseñado esto antes?

—Porque disfrutan viendo sufrir a los nuevos.

Me dejé caer contra la pared cerrando los ojos un segundo. Tenía los pies destrozados, el uniforme pegado a la espalda y el cerebro funcionando a medio gas. Escuché un ruido de plástico y abrí los ojos. Héctor me estaba tendiendo una botella fría de Aquarius.

—¿No estará envenenada como venganza por robarte la otra?

—No, tranquila, fue duro, pero creo que lo he superado.

La botella estaba tan fría que el primer sorbo me congeló los dientes.

—Gracias —murmuré.

Él se encogió de hombros apoyándose a mi lado.

—Durante el primer julio en Mallorca todavía te enfadas con el calor. En agosto ya negocias con él.

A ver si es verdad que en agosto lo gestiono mejor. Me quedé bebiendo mientras observábamos el mar a lo lejos entre pinos y palmeras.

—¿Siempre estás tan tranquilo? —pregunté.

—No.

—Pues lo disimulas muy bien.

Héctor giró apenas la cabeza hacia mí.
—Tú disimulas fatal cuando estás agobiada.
—Gracias. Súper amable.
—Te muerdes el interior de la mejilla.
Parpadeé.
—¿Qué?
—Cuando estás pensando de más.

Mi cuerpo se quedó quieto un segundo. En parte porque era verdad y porque no me había dado cuenta antes. Y en parte porque no sabía desde cuándo él se había estado fijando en eso. Antes de que pudiera responder, una voz masculina apareció detrás de nosotros.

—Así que aquí os escondéis.

Esa voz familiar hizo algo tensarse dentro de mí incluso antes de girarme. Manu, por supuesto. Esta vez también llevaba la camisa blanca a medio abotonar, como sus amigos solían llevarla. Las gafas de sol colgaban del bolsillo y llevaba en la mano el iPhone que había salido hacía apenas unos días. Algo en su mirada cambió durante un instante al vernos juntos. Héctor levantó una mano.

—Sureda.

—Ruiz.

Chocaron manos con normalidad, sin tensión. ¿Tan bien se llevaban?

—Te están buscando abajo —le dijo a Héctor—. Algo de una familia inglesa que no encuentran los flotadores.

—Perfecto. Mi vocación real. —Se incorporó con un pequeño suspiro antes de mirarme. —Sobrevive, madrileña.

—Intentaré no morir deshidratada.

—No prometo rescatarte otra vez.

Vi cómo Manu observaba esa conversación en silencio, atento. Héctor se alejó por el pasillo perdiéndose hacia la zona de piscina y, de pronto, el aire pareció extrañamente distinto, más denso. Manu apoyó un hombro contra la pared junto a mí.

—¿Madrileña? —preguntó.

—Supongo que ahora tengo apodo oficial.

—Vaya... Yo tengo uno mejor.

—¿Ah, sí?

Me miró lo justo.

—La “Mojitos”.

Bufé soltando una risa y odié un poco que siguiera consiguiendo eso tan fácilmente, sacarme de quicio a la vez que necesitaba saber más de él.

El silencio después fue corto pero raro porque él seguía ahí, sin irse, con la vista fija en la botella entre mis manos.

—Héctor es simpático, ¿verdad? —dijo finalmente mientras apoyaba la espalda entera en la pared.

No era exactamente una pregunta.

—¿Eso te molesta?

—No debería. —Cerró los ojos un instante antes de apartarse—. Te veo luego, Mia.

Otra vez mi nombre sonó muy cercano en su voz. Lo observé alejarse por el pasillo iluminado mientras el ruido lejano del hotel volvía a llenar el silencio.

Aquella noche, después de ducharme, me tiré sobre la cama con el ventilador apuntándome directamente a la cara. Tenía el cuerpo tan cansado que hasta respirar parecía trabajo físico. Cogí el móvil sin pensar demasiado. Tres mensajes de mi madre. Uno de Carla enseñándome a un turista requemado dormido sobre una tumbona. Una notificación de Instagram. Fruncí el ceño. @manusure ha empezado a seguirte.

CAPÍTULO 5

Al día siguiente, Manu no apareció, lo cual fue perfecto, ideal, maravilloso. No tenía ninguna necesidad de verlo después de haber pasado parte de la noche *stalkeando* su Instagram como una adolescente emocionalmente inestable.

Tampoco lo busqué. Casi nada. Solo cada vez que entraba alguien en la terraza, o cuando escuchaba una risa masculina cerca de la piscina, o cuando veía una camisa blanca de lejos... detalles sin importancia.

—Hoy te toca hasta tarde, ¿verdad? —dijo Carla durante el descanso, sentándose a mi lado con una bolsa de patatas abierta.

—Sí, qué pereza...

Estábamos en la esquina con sombra que Héctor me había enseñado. Nuestro pequeño santuario de aire casi respirable y botellas frías.

—¿Te ha escrito?

La miré.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Carla me miró con una sonrisa pícara.

—Porque estabas llamando a tu amiga Lola esta mañana a grito "pelao".

Me llevé una mano a la frente y empecé a sentir el calor subir por mis mejillas. Había hablado como una adolescente durante quince minutos sobre si era o no un engreído y si eso lo hacía más o menos atractivo.

—Es verdad que con Lola estoy tan a gusto que a veces se nos olvida que no estamos solas en el mundo. Espero que no se haya enterado la casa entera.

—Tranquila, solo estábamos nosotras.

Nos reímos a la vez, yo avergonzada y ella divertida.

—Yo apoyo al 100% que te lées con el rico, eh. Tú puedes hacer caso a tu madre, pero piensa que estos años están para equivocarnos, no para hacer lo correcto.

—A ella se la han liado mucho, un día con tiempo te cuento la historia...

El resto del turno fue una sucesión de gente pidiendo cosas imposibles. Una señora quiso cambiar tres veces de tumbona porque “el sol la estaba siguiendo”. Un niño alemán tiró una copa de zumo dentro de una maceta. Un hombre con gafas de sol carísimas me preguntó si podíamos hacer “algo” con el mar porque había demasiadas algas cerca de la orilla.

—Claro —le dije con mi mejor sonrisa profesional—. Ahora mismo lo comentamos con el Mediterráneo.

Carla casi se atraganta detrás de mí.

Cuando llegó la noche, el cansancio me había convertido en una versión ligeramente peor de mí misma. Esa que respondía tarde, suspiraba mucho y empezaba a sentir que los pies ya no eran suyos.

El Bellamar, sin embargo, estaba precioso. La terraza principal brillaba bajo luces colgadas. El agua de la piscina infinita parecía negra y dorada al mismo tiempo. Había música baja, copas tintineando y ese aire espeso de las noches de verano donde todo parece a punto de pasar.

Yo estaba recogiendo vasos vacíos del *chillout* cuando vi a Victoria. Iba con un pantalón blanco y un top rosa claro. Perfecta, obviamente. Caminaba junto a dos mujeres mayores mientras asentía a algo que le decían, elegante y tranquila, como si hubiera nacido sabiendo comportarse en sitios donde yo todavía tenía miedo de tocar algo y romperlo.

Victoria me vio y sonrió.

—Hola, Mia.

Tardé medio segundo en reaccionar.

—Hola.

—¿Turno largo?

—Todos lo son aquí.

Ella sonrió un poco más.

—Eso es verdad. Nos vemos luego.

—Claro.

La observé alejarse. Habría sido mucho más fácil si fuera insoportable. Si me mirara por encima del hombro. Si tratara mal al personal. Si hiciera algo que justificara esa sensación fea que se me instalaba dentro cada vez que la veía moverse por el mundo de Manu como si tuviera llaves de todas las puertas.

Pero no. Era amable, guapa, lista. Y lo peor de todo: encajaba. Yo, en cambio, llevaba el uniforme manchado de limón, el pelo encrespado por la humedad y una bandeja llena de vasos sucios.

A la una y media, la terraza empezó a vaciarse.

A las dos menos cuarto, quedaban solo algunos huéspedes resistentes al sueño y dos camareros recogiendo mesas en silencio.

A las dos, me quedé sola en la zona superior terminando de ordenar servilletas y copas.

El mar sonaba más fuerte de madrugada. O quizá era que, por fin, el resto del mundo se callaba un poco. Estaba de espaldas cuando escuché una voz detrás de mí.

—Pensé que ibas a responderme con algún comentario sarcástico por Instagram.

Casi se me cae una copa. Manu estaba apoyado en el marco de la puerta que daba al interior del hotel. Mi vida últimamente consistía en intentar parecer normal y fracasar delante de él. Sentí el corazón dar un salto ridículo.

—¿Perdona?

Levantó el móvil apenas.

—Me seguiste de vuelta.

Qué vergüenza. Me giré hacia la barra para colocar las copas con una precisión artificial.

—No sabía que había que mandar un comunicado oficial después.

—No hace falta. Pero admito que esperaba algo como “qué pereza tu perfil” o “bonitas fotos de barcos, señor rico”.

Eso era exactamente algo que podría haber dicho.

—No quería herir tus sentimientos de *influencer* náutico.

Su sonrisa apareció despacio.

—Ah, ahí está.

Y, de alguna forma absurda, que sonriera así me hizo sentir que había ganado algo. Como si él hubiera estado esperando esa frase, como si yo le divertiera de una manera que no tenía que esforzarme por provocar. Se acercó a la barra y apoyó los antebrazos sobre la madera.

El *rooftop* vacío se volvió inmediatamente más pequeño.

—¿Sigues trabajando?

—No. Estoy practicando mi pasión secreta por alinear vasos a las dos de la mañana.

—Interesante afición.

—Muy relajante. Recomendada para gente sin vida social.

—Entonces quizá debería probarla.

Lo miré con cara de sospecha. Manu Sureda parecía exactamente el tipo de persona que tenía demasiada vida social, gente alrededor, invitaciones, planes en terrazas caras con personas que decían “nos vemos en el barco” como si fuera una frase normal.

—No me das mucha pena —dije.

—No lo pretendía.

Silencio. Me concentré en limpiar una marca invisible de la barra.

—¿Y tú qué haces aquí tan tarde? —pregunté.

—Cena familiar.

—Ah.

—Ese “ah” ha sonado como si acabara de decirte que vengo de una intervención quirúrgica.

—Por tu cara, podría ser.

La sonrisa volvió, pero esta vez no llegó a sus ojos.

—Ha sido parecido.

Algo en mí se suavizó un poco. Lo miré mejor. Tenía ojeras leves, la mandíbula tensa, los hombros más rígidos de lo habitual. Como si llevara horas sosteniendo un peso invisible y solo ahora, sin nadie mirando, se permitiera aflojarlo un poco. No parecía el chico que entraba en una fiesta y hacía que todo el mundo lo notara. Parecía alguien que necesitaba quedarse en silencio.

—¿Tan horrible ha sido? —pregunté antes de pensarlo.

Sus ojos volvieron a mí.

—¿De verdad quieres saberlo?

La pregunta me pilló desprevenida. Tragué saliva y me encogí de hombros, intentando que no se notara que de pronto me importaba la respuesta.

—Ya que estoy aquí limpiando vasos imaginarios, puedo escuchar tragedias de ricos.

Eso sí lo hizo sonreír, un poco al menos.

—Nada, tonterías. Mi padre quiere que este verano empiece a asumir más reuniones.

—¿Reuniones de qué?

—Hoteles, inversores, expansión.

Me apoyé en la barra frente a él.

—¿Y no quieres?

Manu bajó la vista hacia sus manos. Tenía las manos bonitas. Fuertes, morenas, con los nudillos ligeramente marcados y un pequeño corte cerca del pulgar.

—No es tan fácil.

—Eso no responde.

Levantó la mirada y su cara dejó de ser exactamente la misma, como si no estuviera acostumbrado a que alguien le cuestionara su futuro.

—No sé si quiero —dijo al fin.

La honestidad dejó el ambiente raro. Más íntimo, más peligroso. Porque una cosa era bromear con él sobre barcos y mojitos. Otra muy distinta era estar allí, a las dos de la mañana, escuchándole admitir algo que probablemente no decía en voz alta a casi nadie.

—¿No sabes?

Negó apenas.

—Toda mi vida ha ido más o menos en esa dirección. Universidad, prácticas, empresa familiar, reuniones, eventos, sonreír a gente que no me cae bien...

—Suenas... —Hice una pausa, buscando la palabra más adecuada—. Rígido.

—Muchísimo.

Me acordé de algo que había visto en su cara la noche en que conocí a Victoria, cuando alguien lo llamó desde el grupo de

hombres trajeados. Ese segundo diminuto en el que pareció desaparecer por dentro antes de volver a ser él. O al menos la versión de él que todo el mundo esperaba.

—Tú no pareces alguien que no sabe lo que quiere —dije.

Se quedó mirándome.

—Ya.

Una sola palabra con mucho sentimiento encerrado. O quizá yo estaba demasiado cansada y empezaba a inventarme profundidades donde solo había un chico guapo con problemas de millonario. Aun así, no aparté la mirada.

—Pareces... —empecé.

—¿Insoportable?

—Eso también.

—Gracias.

—Pero iba a decir que pareces alguien que tiene la vida planeada desde hace mucho.

Su expresión cambió lo justo para que supiera que había acertado. Y de pronto me dio miedo haberme metido donde no debía. Porque su vida estaba planeada, sí. La cuestión era por quién.

—Perdón —murmuré—. No sé cerrar la boca cuando estoy cansada.

—No te disculpes.

Lo dijo rápido. Luego bajó un poco la voz.

—Me gusta que no cierres la boca.

El corazón se me quedó haciendo algo absurdo. Muy absurdo. Miré hacia la piscina porque necesitaba mirar cualquier cosa que no fuera él. El agua estaba quieta, reflejando las luces del hotel. Detrás, el mar se movía oscuro, enorme, como si supiera todos los secretos de la isla y no pensara contar ninguno.

—Pues qué problema para ti —dije, intentando recuperar el tono—. Hablo muchísimo.

—Me he dado cuenta.

—Y tengo opiniones fuertes.

—También.

—Y prejuicios contra los ricos.

—Especialmente contra los ricos.

Volví a mirarlo.

—Mi madre me dijo que no me fiara de vosotros —solté.

—¿De quiénes?

—De los ricos.

Algo divertido cruzó su cara.

—¿Y sueles hacer caso a tu madre?

Pensé en mi madre. En sus mensajes. En sus advertencias. En su manera de quererme como si el mundo estuviera siempre a punto de hacerme daño. En lo mucho que me irritaba y lo mucho que la echaba de menos a veces. En lo mucho que ella me había advertido de la situación en la que estaba en ese preciso instante.

—A veces —dije.

Manu me sostuvo la mirada. La frase quedó mucho tiempo entre nosotros. Como si los dos hubiéramos entendido una segunda conversación debajo de la primera. Una en la que él era precisamente eso: una complicación, una mala idea. Algo que mi madre habría detectado desde el primer segundo.

—Entonces debería preocuparme —dijo.

Su voz sonó más baja. No sé si lo hizo a propósito, pero se me erizó la piel de los brazos.

—Probablemente.

Durante un instante ninguno de los dos habló. Y el silencio ya no fue incómodo. Fue otra cosa. Algo con peso, con pulso, con demasiada conciencia de la distancia entre su mano y la mía sobre la barra.

Manu bajó la vista un segundo. A mis dedos, a mi muñeca, a la pequeña marca roja que me había dejado una bandeja. Luego volvió a mis ojos.

—Te has hecho daño.

Miré mi muñeca.

—No es nada.

—Está roja.

—Trabajo en un hotel, Manu. Mis estándares de dolor han cambiado.

Rodeó la barra despacio, sin decir nada, y se acercó hasta quedar a mi lado, cerca.

—¿Puedo?

Señaló mi muñeca. Me quedé quieta. Mi primer instinto fue bromear, apartarme. Decir alguna estupidez para romper el momento antes de que pudiera tocarme y yo sintiera de más. Pero su voz había sido tranquila, cuidadosa. Como si estuviera pidiendo permiso de verdad.

Asentí. Manu levantó mi mano con delicadeza. Solo giró mi muñeca para ver la marca, solo pasó el pulgar cerca, sin llegar a tocar la zona roja. Sin embargo, el cuerpo entero se me quedó en silencio.

—No parece grave —murmuró.

—Gracias, doctor Sureda.

La esquina de su boca se movió, pero no soltó mi mano. Yo tampoco la aparté. Ese fue el problema. Su pulgar rozó un segundo mi piel. Pudo ser accidental, pero el aire se volvió más denso, más caliente.

Levanté la vista. Estaba mirándome. No mi muñeca, a mí. Muy quieto, muy cerca. El *rooftop* vacío se sintió completamente suspendido alrededor.

Música baja.

Mar negro.

Luces doradas.

Su mano sosteniendo la mía.

Y de pronto entendí por qué algunas personas toman malas decisiones en verano.

Porque hay noches que parecen hechas específicamente para que olvides todas las razones por las que deberías protegerte.

CAPÍTULO 6

Manu

No dormí una mierda. Tampoco ayudó que siguiera notando el roce de mis dedos con su muñeca cada vez que cerraba los ojos. Ridículo, absolutamente ridículo.

Llevaba toda mi vida rodeado de chicas. Modelos, *influencers*, hijas de empresarios, amigas de mi hermana Claudia, turistas aburridas con mucho tiempo libre y mucho Aperol encima. Había besado a muchas. Había dormido con bastantes.

Ninguna me había dejado mirando el techo a las cuatro y media de la mañana como un puto adolescente solo por haberle sujetado la mano diez segundos junto a una barra vacía.

Perfecto, Sureda, muy digno todo. Me di la vuelta en la cama soltando un suspiro y miré el móvil otra vez.

4:44.

La habitación estaba completamente a oscuras salvo por la línea de luz que se colaba desde la terraza. Desde allí se escuchaba el mar mezclado con la brisa entre los pinos.

Me incorporé pasando una mano por la cara. La cena había sido insufrible. Mi padre hablando de expansión en Ibiza, mi tío mencionando cifras como si fueran informes clínicos de máxima prioridad. Victoria intentando salvar conversaciones enteras ella sola mientras mi madre preguntaba si ya había pensado seriamente en trasladarme definitivamente a Barcelona después del verano. Como si mi vida fuese una reunión pendiente de cerrar.

Y luego Mia. Mia apoyada contra la barra con el uniforme arrugado, ojeras de cansancio y esa costumbre suya de mirarme como si pudiera detectar inmediatamente cuándo estoy fingiendo. Como si estuviera intentando averiguar qué parte era real.

Volví a mirar el móvil. Instagram abierto todavía en su perfil. Otra vez. Tenía muy pocas fotos. La mayoría de gente subía cosas para demostrar algo. Viajes. Cuerpos. Restaurantes. Felicidad cuidadosamente editada.

Mia no. Fotos borrosas en coches, atardeceres desde azoteas de Madrid, un vídeo de lluvia grabado desde una ventana. Y frases. Pequeñas frases escritas en hojas de libreta. La última decía:

Hay personas que parecen verano incluso cuando están enfadadas.

¿Sería por algún tío en su vida? Pues claro que habría alguno, era una chica guapísima. No es que eso me haya frenado nunca. Pero sí que lo hacía todo un poco más difícil.

Bloqueeé el móvil y me levanté antes de empezar a preocuparme seriamente por mi salud mental.

• • •

A las ocho y media estaba en el gimnasio del hotel intentando convencerme de que el problema era la falta de sueño y no una camarera madrileña con tendencia a discutir conmigo constantemente. No funcionó.

—Tienes cara de querer pegarle a alguien.

Levanté la cabeza. Nico acababa de entrar al gimnasio con una botella de agua en la mano y gafas de sol puestas.

—Buenos días para ti también.

—No, en serio. ¿Qué te pasa?

Negué con la cabeza volviendo a mirar al frente.

—Nada.

—Mentira. Esa cara solo aparece cuando tu padre habla de trabajo o cuando tienes algún reto en mente.

Mi cuerpo se quedó quieto un segundo, lo justo. Nico sonrió lentamente. Cabrón.

—Ah, vale. Conque es lo segundo.

Solté una risa seca.

—No sé de qué hablas.

—Claro. ¿Cómo se llama?

—Nadie.

—Uf. Grave entonces.

Le lancé la toalla. La esquivó riéndose.

—¿Es la chica del hotel?

No respondí. Y, obviamente, eso fue respuesta suficiente.

—Joder, Sureda —soltó acercándose—. Conque liándote con el personal.

—Cállate, no ha pasado nada.

Nadie me había hecho sentir que estaba a punto de perder el control de algo. Mia me estaba afectando más rápido de lo normal. Y yo sabía perfectamente cómo terminaban estas cosas. Verano es igual a intensidad. Luego septiembre llega y todo vuelve a colocarse donde estaba antes. Siempre.

La diferencia era que, por primera vez en mucho tiempo, una parte de mí no quería que eso pasara.

• • •

Intenté no buscarla durante el resto del día. Intenté también no bajar dos veces a la piscina sin motivo. Ni preguntar casualmente dónde estaban montando el evento de esa noche. Ni fijarme automáticamente en cualquier risa que sonara parecida a la suya.

La vi a las seis y media. Estaba junto a la barra exterior discutiendo con una máquina de hielo industrial. Literalmente discutiendo.

—Te juro que como vuelvas a bloquearte me tiro dentro del mar y ahí te quedas.

Me quedé observándola desde lejos un segundo. El pelo rojizo mal recogido, mechones pegados al cuello por la humedad, el uniforme arrugado, una pequeña mancha de café en la manga.

Y joder. Seguía siendo lo primero que veía al entrar en cualquier sitio. Como si mi cerebro ya la buscara automáticamente antes incluso de darme cuenta. Consiguió sacar finalmente el hielo y levantó ambos brazos en señal de victoria. Eso me hizo sonreír.

Entonces giró la cabeza y me vio. La sonrisa desapareció apenas medio segundo demasiado tarde.

—¿Vienes a reírte de mí o a ayudar?

Me acerqué despacio.

—Depende. ¿La máquina va ganando?

—Ahora ya no.

Miró el vaso que llevaba en mi mano.

—Qué sorpresa. Un rico hidratándose con agua con gas.

—Tenía una imagen que mantener.

—Y yo que pensaba que bebáis exclusivamente champán francés y lágrimas de trabajadores temporales.

Solté una risa breve. Ahí estaba otra vez, esa sensación rara. Cuanto más distintos éramos, más me gustaba. Alguien la llamó desde el otro lado de la terraza. Mia apartó la mirada primero.

—Tengo que volver.

Cogió la cubitera antes de empezar a alejarse. Entonces se giró otra vez.

—Por cierto.

—¿Qué?

Una sonrisa pequeña apareció en su boca. De esas que parecían ocurrírsele antes a los ojos que a los labios.

—Tu perfil sigue teniendo demasiadas fotos de barcos, Domingo.

Y luego se fue. Me quedé mirándola atravesar la terraza iluminada mientras el calor seguía pegándose a la piel y el mar sonaba al fondo.

Domingo. Nadie me llamaba así. Odiaba ese nombre, el que había heredado de mi padre, y él del suyo. Manuel Domingo Sureda, los tres. Y no debería haberme gustado tanto escucharla decirlo. Pero me gustó, muchísimo.

Y lo peor fue darme cuenta de algo justo después. Ya no estaba intentando evitarla. Ya no estaba diciéndome que era una mala idea. Eso seguía sabiéndolo perfectamente. Pero empezaba a darme igual.

CAPÍTULO 7

La casa del personal tenía sus propias normas no escritas.

Si llegabas después de la una de la mañana, asumías que ya no podías alimentarte de comida, solo de ingredientes. Si dejabas algo en la nevera, desaparecía. Y si conseguías ducharte sin que el agua se volviera hirviendo o congelada de repente, básicamente eras la persona más afortunada de Mallorca.

Héctor estaba sentado en el suelo, apoyado contra un armario, comiéndose cereales directamente de la caja.

—Eso es tristísimo —le dije.

—Estoy demasiado cansado para usar platos.

—Honestamente, lo respeto.

Sonrió apenas. Cada vez me resultaba más fácil estar allí con ellos. La primera noche había sentido esa incomodidad rara de no saber dónde poner el cuerpo cuando todo el mundo ya parece conocerse. Ahora ya no.

Ahora Carla y yo nos abríamos los cajones sin preguntar para prestarnos ropa. Ahora sabía qué escalón crujía. Ahora había gente guardándose croissants del buffet.

Me serví pasta fría directamente de una olla mientras entraba en la aplicación del banco para ver cómo habían subido mis ingresos desde que había cogido ese avión hacia las Baleares.

—¿Mañana libras? —me preguntó Héctor.

Negué con la cabeza.

—Solo medio día.

—Peor es nada.

—¿Tú?

—Entro tarde.

Carla soltó un bufido dramático.

—Algunos sois claramente los favoritos de Dios.

Héctor le lanzó un trozo de cereales y ella se lo devolvió tirándole una servilleta mojada. Todo era absurdamente caótico. Mallorca fuera era lujo y terrazas bonitas. Mallorca dentro de la casa del personal era sobrevivir colectivamente al calor.

Era nuestra primera noche libre desde que habíamos llegado y la casa se iba llenando de gente. Música sonando desde un altavoz pequeño, cartas encima de la mesa de plástico y varios trabajadores sentados en el suelo porque ya no quedaban sillas libres.

Carla y yo subimos a la terraza desde donde se veía una parte mínima del puerto iluminado. La brisa seguía caliente incluso a esas horas.

—Yo solo digo —continuó Carla bebiendo cerveza— que creo que Héctor tiene interés por algo más que una amistad contigo.

Giré la cabeza inmediatamente. Héctor estaba apoyado contra la barandilla hablando con dos chicos de cocina. Se estaba riendo de algo, tranquilo, exactamente igual que siempre. Bueno, exactamente tampoco. Fuera del trabajo, más relajado y divertido, era mucho más atractivo. No me había dado cuenta hasta ese momento. Con él nunca sentía que mi cerebro dejara de funcionar correctamente, como sí me pasaba con...

Y quizá por eso me dio todavía más miedo la comparación.

• • •

La fiesta del personal empezó como empiezan casi todas las noches que se descontrolan en verano: alguien diciendo “solo una cerveza” y dos horas después media casa sudando, bailando y gritando canciones horribles en una terraza pequeña.

La terraza estaba llena de gente del hotel. Recepción, cocina, limpieza, socorristas, camareros. Todo el mundo parecía distinto fuera del uniforme. Más joven, más humano. Había hielo derritiéndose dentro de cubos de plástico, olor a tabaco y desodorante Axe y música estridente saliendo de un altavoz que probablemente sobrevivía por pura voluntad divina.

—Vale —dijo Carla entregándome un vaso rojo de plástico—. Veo que esto se está convirtiendo en una fiesta, así que: normas básicas

de esta noche.

—Tengo miedo.

—Si alguien llora por un ex, fingimos que no lo hemos visto.

—Correcto.

—Si alguien acaba besándose con un compañero de trabajo, mañana nadie comenta nada.

—Muy profesional todo.

—Y si vienen los ricos y alguno se rompe un hueso haciendo algo estúpido, jamás mencionamos que lo vimos venir.

—Qué específico.

—Es que ya ocurrió una vez. El rubio amigo de Manu, Nico, siempre la lía.

—¿Suelen venir? —pregunté, intentando disimular los nervios si era verdad que Manu y yo estábamos a punto de coincidir en una fiesta.

—A veces sí, cuando alguien se chiva y se enteran. Nuestras fiestas son mucho más divertidas que las tuyas, así que vienen a aprender.

Llevaba unos shorts negros y un top de lentejuelas rosa y morado que empezaba a pegarse a la piel por la humedad. Carla me había obligado a ponerme algo de brillo en los labios “por responsabilidad social”.

La música cambió a algo antiguo y absurdo que todo el mundo parecía conocer. Héctor apareció a mi lado robándome directamente una patata del plato.

—¿Cuántos cubatas llevas?

—Menos de los que debería.

—Entonces aquí tienes uno nuevo.

Me ofreció uno de los dos vasos que llevaba en la mano. Lo tomé y nos apoyamos contra la barandilla.

—Que veo que te estás quedando dormida de pie —dijo Héctor.

—Estoy sobreviviendo.

Me miró en silencio durante un segundo.

—Ven mañana conmigo a desayunar a casa de mis abuelos.

—¿Qué?

—Hacen ensaimadas caseras. Y mi abuelo cree que todos los trabajadores del hotel vivimos desnutridos.

—Eso es porque probablemente tiene razón.

—¿Entonces te vienes?

Sonreí antes de darle otro trago a la bebida. La puerta de la terraza se abrió de par en par. Manu acababa de entrar. Iba guapísimo con una camisa negra y las mangas ligeramente remangadas, enseñando los antebrazos morenos marcados por el sol. Nico iba diciendo algo sobre una fiesta en un barco para el fin de semana siguiente y su amiga Elena apareció detrás empujándolo con el hombro.

—Aparta, pesas como un armario.

Y entonces me vio, pero no se acercó de inmediato. Primero saludó a varios chicos de cocina, luego a Héctor. Después sus ojos llegaron hasta mí.

—Mojitos —dijo acercándose.

—Domingo.

Eso le arrancó una sonrisa pequeña. Claudia, su hermana, me señaló inmediatamente.

—Vale, confirmo que esto es peor de lo que pensaba.

—¿Qué cosa? —pregunté.

—La tensión sexual absurda que dais.

Casi me atraganto con el cubata.

—Claudia —murmuró Manu.

—¿Qué? Toda la casa habla de vosotros.

Sentí el calor subiéndome directamente por el cuello mientras Carla se reía como una hiena desde la mesa de detrás. Traidora.

—No hay “vosotros” —dije rápidamente.

Claudia me miró exactamente igual que miraría alguien a una persona diciendo “no estoy llorando” mientras tiene lágrimas en la cara.

—Claro.

Manu seguía observándome. Parecía especialmente incómodo. Como si Claudia hubiera dicho en voz alta algo que ambos intentábamos mantener controlado.

• • •

La terraza se fue llenando todavía más a medida que avanzaba la noche. La gente bailaba, cantaba fatal, se besaba en esquinas pensando que nadie los veía. El calor convertía todo en algo ligeramente más impulsivo.

Yo llevaba un cubata y dos cervezas y media encima cuando Carla desapareció con un camarero argentino y Nico empezó a insistir en que todo el mundo tenía que bailar.

—Ni muerto —dijo Manu desde la pared del fondo.

—Cobarde —le grité.

Sus ojos se volvieron hacia mí inmediatamente.

—Habla la chica que lleva veinte minutos escondida detrás de Héctor.

Eso me pilló desprevenida. No por la frase. Por el tono. Oh, Dios. Manu acababa de ponerse celoso. El cuerpo entero se me calentó.

—Quizá Héctor sí sabe divertirse —contesté sin pensar.

Vi el cambio en su expresión inmediatamente. Apretó la mandíbula con la cerveza quieta entre sus dedos. Y algo dentro de mí reaccionó de forma completamente irresponsable a eso. Porque una parte horrible de mi personalidad acababa de descubrir que Manu Sureda celoso era peligrosamente atractivo.

Héctor y Nico aparecieron antes de que nadie respondiera. Héctor me agarró de la mano y tiró de mí hacia el centro improvisado de la terraza. La canción que sonaba tenía un ritmo pegajoso que hacía imposible quedarse quieto. Empecé riéndome. Siempre empezaba riéndome con Héctor. Él me hizo girar exageradamente mientras yo casi chocaba con una mesa.

—Esto es humillante.

—Esto es arte.

—Esto es una demanda.

Héctor se rió acercándose un poco más para hablarme al oído por encima de la música. Y fue entonces cuando volví a mirar hacia la pared del fondo. Manu seguía allí, observándonos. Y entendí inmediatamente que no le estaba gustando nada aquello. La canción

terminó entre aplausos y gritos. Intenté apartarme un poco para recuperar aire, todavía riéndome.

—Voy por agua —dije.

—Te acompaño.

—No hace falta.

Entré dentro de la casa buscando algo frío mientras intentaba ignorar el pulso completamente acelerado. La cocina estaba vacía. Solo una luz pequeña encendida y el sonido amortiguado de la música desde fuera.

—Creo que Nico se bebió todo hace una hora.

Su voz sonó justo detrás de mí. Manu estaba apoyado en la puerta de la cocina, solo. Y el ambiente cambió de golpe. Porque ya no había música alta alrededor, ni gente, ni Carla gritando. Solo él mirándome de esa forma que últimamente empezaba a afectarme demasiado.

—Vuestra fiesta es un fracaso organizativo —murmuró.

—Sin embargo, sigues aquí.

Se acercó despacio hacia la nevera. Como si el espacio entre nosotros estuviera lleno de algo delicado que no quería romper. La abrió y me tendió una botella de agua fría.

—Gracias.

Nuestros dedos se rozaron apenas. Electricidad instantánea. Pero Manu no apartó la mano enseguida. Solo un segundo más de lo normal. Suficiente para que el aire cambiara otra vez.

—Te lo estabas pasando bien —dijo finalmente.

Miré la botella entre mis manos.

—Sí.

—Se nota.

Levanté la vista. Ahí estaba otra vez, esa calma rara en la voz que escondía cosas debajo.

—¿Eso te molesta?

Unos segundos de silencio.

—No debería.

El corazón me dio un golpe absurdamente fuerte. Se pasó una mano por el pelo mirando hacia otro lado un segundo. Lo dijo bajo,

casi para sí mismo. Pero lo escuché igualmente. Mi cuerpo entero se quedó quieto.

—¿Qué? —pregunté más despacio.

Volvió a mirarme. Y algo en sus ojos hizo que el resto de la cocina desapareciera un poco.

—Nada.

—Eso es mentira.

Sonrió mínimamente, como si llevara rato conteniéndose.

—Preferiría verte conmigo que con él.

El corazón directamente dejó de funcionar. Porque no era una frase elegante, ni medida ni inteligente. Era peor: era verdad.

Di un paso hacia él antes de pensar, muy pequeño, pero suficiente. Manu me miró a los labios. La tensión golpeó la cocina entera. Solo podía escuchar el ruido que hacía mi corazón latiendo fuerte dentro del pecho.

Y entendí exactamente lo que iba a pasar. En cómo se acercó. En cómo su mano rozó la encimera justo a mi lado. En cómo dejó de existir espacio suficiente entre nosotros.

Un golpe brutal cortó el silencio que dominaba la escena. Después un grito. Luego Elena:

—¡NICO!

Los dos nos apartamos automáticamente. El momento se rompió y la realidad entró como una jarra de agua fría. Manu cerró los ojos soltando aire por la nariz. Yo todavía seguía intentando recordar cómo respirar. Desde fuera volvieron los gritos.

—¡Que alguien llame a una ambulancia!

Manu volvió a mirarme con esa expresión en los ojos. Esa que decía que besarme había estado a menos de un segundo de ocurrir.

—Menudo idiota —murmuró.

Mi voz salió muchísimo más baja de lo normal.

—Vaya amigos te buscas.

Me sonrió y pasó a mi lado hacia la puerta. Y al hacerlo, su mano rozó mi cintura apenas un instante. Solo un segundo bastó para que mi cuerpo entero se tensara.

Salió y yo me quedé sola en mitad de la cocina, con el corazón completamente desordenado y una sensación peligrosísima

creciendo despacio debajo de las costillas.

Porque empezaba a notar algo peor que el miedo a que Manu Sureda me besara. Empezaba a notar lo muchísimo que me dolería si finalmente no lo hacía nunca.

CAPÍTULO 8

El peor problema de los casi besos es que técnicamente no hay nada que contar a tus amigas, porque no pasó nada. Aun así, pasó absolutamente todo.

Llevaba dos días intentando actuar normal. Dos días fingiendo que mi cuerpo no recordaba perfectamente la distancia exacta que había habido entre su boca y la mía en aquella cocina. Dos días ignorando el hecho de que ahora notaba su presencia incluso antes de verlo. Patético.

—Ya hace un rato que está llena.

Parpadeé. El agua rebosaba por el cuello de la botella y se derramaba sobre mis dedos bajo el grifo abierto. Carla se inclinó por encima de mí y lo cerró.

—Gracias —murmuré.

Eran las once y media de la mañana y el calor ya empezaba a pegarse a las paredes. Había un ventilador moviendo aire caliente inútilmente mientras alguien escuchaba reguetón triste desde otra habitación. Carla se quedó pendiente de mí apoyada contra la encimera.

—Vale —dijo lentamente—. O me cuentas qué pasó en la cocina el otro día o voy a asumir que matasteis a alguien.

Casi me atraganto con el café.

—No pasó nada.

—Mia.

—De verdad.

Eso era lo más trágico: que técnicamente era verdad. Carla entrecerró los ojos.

—Pues la tensión sexual que había cuando salisteis parecía bastante homicida.

Me tapé la cara con una mano.

—Por favor cállate.

Ella soltó una risa.

—Vale. No voy a insistir.

La miré con desconfianza.

—Eso ha sonado muchísimo a que sí vas a insistir.

—Solo quiero decir una cosa.

—Temo muchísimo esa frase.

Carla se encogió de hombros cogiendo mi taza de café y bebiendo directamente de ella porque en esa casa nadie respetaba la propiedad privada.

—Solo creo que deberías tener cuidado.

Algo en su tono me hizo levantar la cabeza. No sonaba burlona ya. Sonaba seria.

—¿Por qué?

Carla apoyó la taza despacio sobre la encimera.

—Porque a veces los chicos como Manu son intensos en verano y cobardes en septiembre.

El comentario me golpeó más fuerte de lo que debería. Me concentré en untar mantequilla en la tostada para no mirarla directamente.

—No sé de qué hablas.

—Claro.

Silencio. Desde fuera llegaba el ruido lejano de motos pasando cerca del puerto y alguien riéndose en el piso de arriba. Carla abrió la nevera otra vez.

—Mi padre era exactamente así.

Levanté la vista inmediatamente. Nunca hablaba mucho de su familia.

—¿Cómo?

Se quedó unos segundos mirando dentro de la nevera antes de responder.

—Divertido cuando quería. Encantador. De esos hombres que hacen sentir que una habitación entera gira un poco alrededor suyo.

Cerró la puerta con más fuerza de la necesaria.

—Y luego desaparecía durante semanas.

Me apoyé mejor contra la encimera sin decir nada. Carla nunca hablaba despacio. Ni seria. Ni como si estuviera pensando demasiado antes de cada frase.

—Trabajaba en barcos turísticos —continuó—. Siempre tenía una excusa. Ibiza. Menorca. Trabajo. Otra temporada más. Otra oportunidad más.

Sonrió un poco, pero se notaba que todavía era un tema delicado para ella.

—Mi madre llevaba años fingiendo que no le rompía el corazón cada vez que volvía a irse.

No sabía qué decir. Porque había mucha fragilidad en escuchar heridas ajenas que se parecen a las tuyas.

—Cuando era pequeña —dijo Carla abriendo una bolsa de hielo para ponérsela en la nuca—, siempre pensaba que la próxima vez sí se quedaría.

La cocina se quedó en silencio. Y, de pronto, algo en mí recordó cosas que llevaba mucho tiempo intentando no mirar de frente.

• • •

Tenía siete años cuando entendí que mi padre nunca iba a quedarse del todo.

De pequeña pensaba que los hombres ricos aparecían como en las películas; con flores, con coches bonitos, con promesas enormes. La realidad fue bastante menos elegante.

Mi madre lo conoció trabajando en un restaurante cerca de Plaza España cuando tenía veintidós años. Él aparecía algunas noches después de reuniones, siempre bien vestido, siempre oliendo a perfumes de lujo, siempre hablando como si el mundo fuese algo facilísimo de conquistar.

Mi madre se enamoró rápido. Supongo porque él la miraba como si fuera la única persona dentro de la habitación. Y porque cuando tienes veintidós años todavía piensas que las cosas malas les ocurren a otras personas.

No supo que estaba casado hasta después. Hasta demasiado después. Hasta que ya estaba embarazada de mí y él empezó a

desaparecer poco a poco entre excusas raras, llamadas cortas y silencios cada vez más largos.

Mi madre decía que al principio ni siquiera quiso reconocer que yo era suya. Durante un tiempo, no quiso admitir que existía. Luego se divorció.

Y durante unos años apareció de vez en cuando. En Navidades, en algún cumpleaños, una comida incómoda cada ciertos meses. Traía regalos caros y una culpa todavía más cara. Pero nunca se quedaba mucho. Siempre parecía tener otro sitio más importante donde estar. Otra familia, otra vida, otra versión de sí mismo donde nosotras no encajábamos del todo.

Cuando tenía cuatro años me llevó por primera vez a comer con sus hijos mayores. Recuerdo perfectamente el restaurante porque tenían servilletas de tela y yo estaba aterrorizada de manchar algo. Su hijo apenas me habló. La niña pequeña preguntó en voz alta si yo era “la otra hija”.

Y la mujer que estaba entonces con mi padre —porque ya había otra mujer distinta— le dijo rápidamente que no fuera maleducada mientras me sonreía con esa cara de gente que quiere parecer amable sin querer realmente involucrarse. Nunca olvidé esa comida ni la sensación de estar sentada allí como un error administrativo.

Después de eso empecé a entender cosas aunque nadie me las explicara. Entendí que yo era la parte incómoda de la historia. La prueba visible de algo que había roto una familia.

Y aunque mi madre jamás me lo hizo sentir, los demás sí. Los silencios, las miradas raras, la forma en que sus otros hijos parecían observarme como si yo tuviera la culpa del divorcio.

Mi padre nunca fue cruel conmigo. Casi habría sido más fácil si lo hubiera sido. Simplemente estaba a medias. Y creo que ahí empezó todo. El miedo horrible a querer a alguien que, tarde o temprano, terminará eligiendo otra vida antes que una junto a ti.

• • •

—¿En qué piensas?

La voz de Carla me devolvió a la cocina. Parpadeé varias veces.

—En que nuestras historias son parecidas.

Se dejó caer sobre la silla frente a mí mientras le contaba todo sobre mi madre y mi llegada al mundo.

—¿Sabes qué conclusión saco de todo esto?

—Tengo miedo de preguntar.

—Que nuestros padres son emocionalmente inútiles y por eso ahora nos gustan los hombres problemáticos.

Solté una carcajada tan fuerte que casi tiré el café.

—Dios mío.

—Es ciencia.

—Tú eres la psicóloga.

Dos horas después estábamos en el tren de Sóller. Habíamos salido casi por impulso. Carla dijo “necesito ver algo bonito antes de volver a soportar turistas ingleses” y veinte minutos después estábamos corriendo hacia la estación.

Las ventanas abiertas dejaban entrar aire de verano mientras el tren avanzaba lentamente entre montañas secas, túneles oscuros y pueblos pequeños perdidos entre árboles.

—Esto parece una película donde alguien de ciudad abre su *Bed & Breakfast* y se termina enamorando del manitas del pueblo —murmuré apoyada contra la ventana.

—No me importaría ser esa protagonista, sobre todo por la parte del manitas fuertote.

Las dos nos reímos a carcajadas. Carla llevaba unas gafas de sol enormes y el pelo recogido de cualquier manera encima de la cabeza. Parecía una turista italiana.

Por primera vez en semanas no teníamos prisa. No había que recoger vasos, ni sonreír profesionalmente. Solo mirar el paisaje pasando despacio al otro lado de la ventana.

La plaza de sa Constitució estaba llena de gente sentada en terrazas bajo los árboles mientras el tranvía antiguo atravesaba el centro lentamente como si el tiempo allí funcionara distinto.

—Vale —dijo Carla girando sobre sí misma—. Si me pierdo, dile a mi madre que he muerto feliz y bronceada.

—Tu madre pensaría que estás exagerando incluso muerta.

—Correcto.

Terminamos sentadas en una terraza pequeña compartiendo una limonada helada enorme mientras observábamos el encanto de las casas del pueblo.

—Te juro que si me caso algún día quiero hacerlo aquí —dijo Carla mirando alrededor.

La miré horrorizada.

—¿Casarte? ¿Tú?

—No interrumpas mi desarrollo emocional.

Y lo mejor era que con Carla no hacía falta intentar parecer menos rara de lo que realmente era.

Después caminamos sin rumbo durante horas. Entramos en tiendas pequeñas llenas de cerámica, en una librería antigua donde Carla se enamoró de un cliente con pendientes durante exactamente nueve minutos. Compramos un bikini horroroso de rebajas que decidimos compartir “en custodia compartida”.

Había ropa secándose en balcones pequeños, persianas verdes abiertas y gatos dormidos encima de motos aparcadas al sol. Todo parecía demasiado bonito para ser real.

—Creo que esta isla tiene algo raro —dije mientras caminábamos por una calle estrecha llena de sombras.

—¿El qué?

—Que hace que todo parezca más importante.

Carla asintió lentamente.

—Sí.

Y luego añadió:

—Como si supieras que vas a echarlo de menos antes incluso de que termine.

Eso se me quedó dentro. Porque tenía razón. El verano entero empezaba a sentirse así. Rápido, brillante. Como algo que todavía estaba ocurriendo y que ya empezabas a echar de menos.

CAPÍTULO 9

Los huéspedes tenían una capacidad sobrenatural para convertir cualquier cosa en un evento. Da igual que fuese un cumpleaños, una cena, un divorcio amistoso. O simplemente un martes. Siempre había luces, música y alguien abriendo botellas de champán como si estuvieran celebrando el final de una guerra.

Aquella noche el *rooftop* estaba lleno. Habían montado una fiesta privada para unos clientes italianos que celebraban no sé qué aniversario empresarial. Había *DJs*, bandejas infinitas de sushi y una violinista tocando música electrónica en directo porque aparentemente el dinero eliminaba por completo el miedo al ridículo.

Yo llevaba tres horas seguidas subiendo y bajando escaleras con bandejas mientras intentaba no derretirme viva dentro del uniforme.

—¿Sabes qué me encanta? —dijo Carla mientras dejaba copas vacías sobre la barra—. Que esta gente siempre celebre ganar más dinero gastándose todavía más dinero.

—Es economía circular.

—Capitalismo emocional.

Cogí la botella de la barra y giré justo cuando alguien chocó ligeramente conmigo.

—Perdón.

Levanté la cabeza. Manu, con su manía de acercarse demasiado. Olía a mar y a algo atractivo que mi cerebro empezaba a asociar con él.

—¿Cuántas veces piensas aparecer exactamente cuando estoy trabajando? —pregunté.

Hizo una pequeña mueca.

—No sabía que necesitaba reservar cita.

—Pues sí. Lista de espera de tres a cinco días laborables.

—Uf. Muy exclusiva.

—¿Cómo está Nico?

—Fue una tontería, un rasguño solo. Lo que pasa es que le gusta ser el centro de atención y... —Sus ojos bajaron un segundo a la bandeja que llevaba en la mano—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando hoy?

—Desde las cuatro.

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Has cenado?

El corazón me dio un golpe absurdo. Porque lo dijo automáticamente, como si fuera importante para él saberlo.

—Sí, mamá.

No sonrió. Solo siguió mirándome de esa manera tranquila que últimamente empezaba a desordenarme el cuerpo entero.

—Eso no responde.

—He robado dos croquetas de cocina. Pero no se lo cuentes a los propietarios.

Manu observó la bandeja entre mis manos unos segundos antes de cogerla sin preguntar.

—¿Qué haces?

—Secuestrarte cinco minutos.

—Domingo, literalmente estoy trabajando.

—Le he dicho a Laura que te robo un rato.

Parpadeé.

—¿Conoces a mi supervisora?

—Mia, mi familia es dueña del hotel.

Buen punto.

—Eso sigue sonando ilegal.

Dejó la bandeja en la barra, me cogió de la mano y empezó a caminar hacia la salida lateral del *rooftop*.

—Manu.

Giró apenas la cabeza.

—Confía un poco en mí.

Bajamos por unas escaleras exteriores que daban a la zona privada del hotel. La música fue desapareciendo poco a poco detrás de nosotros. Primero las voces, luego las risas. Solo quedó el mar.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

Manu no respondió enseguida. Caminaba delante de mí por un sendero estrecho entre pinos, iluminado apenas por pequeñas luces bajas incrustadas en piedra.

—Necesitabas respirar.

—¿Y tú?

Lo escuché soltar una risa breve.

—Yo también.

Seguimos bajando. Cada vez había menos ruido humano. Más mar, más oscuridad. Hasta que el camino terminó y apareció ante nosotros una pequeña cala escondida entre rocas claras y pinos inclinados hacia el agua. No había nadie, solo el mar moviéndose negro bajo la luna y algunas barcas lejanas balanceándose suavemente.

Me quedé quieta un segundo.

—Dios.

Manu dejó la bandeja sobre una roca.

—Bienvenida a mi sitio favorito del mundo.

Lo miré.

—¿Traes aquí a todas las chicas?

La pregunta salió pícaro, sin pensarla. Sus ojos volvieron a mí inmediatamente.

—No digas tonterías.

El corazón me golpeó fuerte. Me acerqué un poco más al agua intentando disimularlo. La cala era realmente preciosa.

—¿Cómo encontraste esto?

Manu se sentó sobre una roca plana cerca del agua.

—Mi abuelo me traía aquí de pequeño, está muy escondida. Tienes que conocer bien el camino o te lleva a otras calas más populares.

Me senté a su lado dejando espacio suficiente entre los dos para fingir normalidad. No funcionó. Porque seguía notando su brazo cerca del mío. Su calor, su respiración.

Al principio hablamos de cualquier cosa. Del hotel, del turno del día siguiente, del calor. Temas fáciles, inofensivos, de esos que sirven para llenar los silencios sin tener que decir nada importante.

Pero el mar seguía rompiendo suavemente contra las rocas y, poco a poco, la conversación fue perdiendo ligereza. Las bromas se hicieron menos frecuentes, las respuestas más largas. Hasta que, sin saber muy bien cómo, dejamos de hablar de cosas que no importaban y empezamos a acercarnos a las que sí.

—Cuando era pequeño —dijo en un momento—, venía aquí cuando quería desaparecer un rato.

Giré apenas la cabeza hacia él. La luz de la luna le marcaba el perfil y las ojeras suaves debajo de los ojos. Parecía más cansado allí. Más real.

—¿Desaparecer de qué?

Manu soltó aire lentamente.

—De todo.

La honestidad me dejó quieta. Porque ya no estaba usando humor ni esa versión ligera de sí mismo que enseñaba siempre.

—Mi padre empezó a llevarme a reuniones cuando tenía trece años —dijo mirando el agua—. Cenas, empresarios, hoteles, gente preguntándome qué quería hacer con mi futuro como si la respuesta ya estuviera decidida.

Tragué saliva despacio.

—Y tú asentías.

—Más o menos.

Lo observé un momento.

—Eso es mucha presión para un chico.

Se rió un poco por la nariz.

—Es bastante peor cuando la gente insiste en que tienes muchísima suerte.

Eso me rompió algo por dentro inesperadamente. Miré hacia el agua negra.

—Mi madre piensa que la gente rica siempre termina eligiéndose a sí misma.

La frase salió sola. Sentí cómo Manu giraba ligeramente la cabeza hacia mí.

—¿Y tú?

Me encogí de hombros.

—No sé.

Silencio. El mar seguía moviéndose despacio frente a nosotros.

—Mi padre, bueno, el hombre que dio la mitad de mis genes, tiene bastante dinero —dije al final.

Noté el pequeño cambio en su expresión inmediatamente. No esperaba eso.

—¿Sí?

Asentí. Y, por alguna razón, allí parecía más fácil contarlo. Más fácil incluso que con Carla. Y no sabía por qué.

Quizá era el cansancio acumulado de tantas semanas. Quizá la oscuridad tranquila de la cala. Quizá el sonido del mar haciendo que todo pareciera menos importante.

O quizá era simplemente Manu. Ese magnetismo extraño que tenía cuando dejaba de interpretar al chico perfecto y solo se quedaba allí, mirándome como si realmente quisiera entenderme. Como si no estuviera esperando una versión más fácil de mí.

—Tiene una constructora y un par de negocios más. Mi madre trabajaba en un restaurante cuando lo conoció. Él estaba casado y ella no lo sabía.

Manu frunció el ceño.

—Mia...

Negué con la cabeza.

—No pasa nada. Bueno, sí pasó, pero ya entiendes. —Solté una risa pequeña y triste mientras me señalaba—. Al principio ni siquiera quiso reconocer que yo era suya.

No estaba mirándolo, pero noté inmediatamente cómo se quedaba quieto.

—Luego aparecía a veces. En Navidad. Algún cumpleaños. Comidas incómodas donde todo el mundo actuaba como si yo fuera... no sé. —Tragué saliva—. Un error.

La frase quedó suspendida entre nosotros. Manu seguía sin hablar, pero no parecía incómodo. Solo atento. Como si quisiera escuchar incluso las partes feas.

—Creo que por eso odio tanto sentir cosas por la gente —admití mirando el agua—. Porque siempre termino esperando que un día decidan que hay otra vida donde yo no encajo.

Silencio. Largo, penetrante. Cuando finalmente levanté la cabeza, Manu me estaba mirando de una forma que me dejó el pecho completamente indefenso. No había pena ni incomodidad. Había algo peor: comprensión. Como si acabara de entender algo importante sobre mí.

—Mia, tú no eres difícil de elegir.

El aire entero pareció quedarse quieto. Y entonces ocurrió algo todavía peor. Le creí. Por primera vez en muchísimo tiempo, creí a alguien de verdad.

Manu bajó la mirada un segundo hacia mi boca. Luego volvió a mis ojos. Muy despacio levantó la mano y apartó un mechón húmedo de pelo detrás de mi oreja.

—Esto es una mala idea —susurré.

La sonrisa más pequeña del mundo apareció en su boca.

—Sí.

No apartó la mano. Yo tampoco me moví. El mar seguía rompiendo suavemente contra las rocas mientras el hotel parecía haberse quedado lejísimos de nosotros.

Y fue exactamente ahí, en aquella cala escondida, cuando entendí algo peligrosísimo. Ya no quería protegerme de Manu Sureda. Quería que me eligiera. Y eso era justo lo que no debía pasar.

CAPÍTULO 10

Tres días después de la cala seguíamos actuando como dos personas que no habían estado a punto de besarse. No entender nada era agotador.

—Vale, voy a preguntarlo una vez más antes de que me explote la cabeza.

Levanté la vista del cajón lleno de cubiertos.

Carla estaba sentada encima de la encimera de la cocina con una tostada mordida en una mano y esa expresión concreta de persona que ya sabe la respuesta, pero quiere escuchártela igualmente. Eran casi las doce del mediodía y estábamos desayunando antes de nuestro turno de las dos.

—¿El qué? —pregunté, aunque sabía perfectamente el qué.

—¿Qué pasó en la cala?

Mi cuerpo entero reaccionó antes que mi cara. Mala señal.

—Nada.

Carla soltó una carcajada seca.

—Mia. Por favor. Desde ese día parecéis dos personas intentando no incendiarse accidentalmente cada vez que coinciden en una habitación.

Me concentré en ordenar cucharillas.

—Es que te lo digo de verdad —dije entre suspiros—. No pasó nada.

—Es que no lo entiendo. —Carla me miró con atención unos segundos largos antes de bajar un poco la voz—. Te gusta de verdad, ¿no?

La pregunta me pilló completamente desprevenida. Porque hasta ahora todo había sido fácil de esconder detrás de bromas. Detrás de “es guapo”. Detrás de “me pone nerviosa”. Detrás de “es un problema”.

Pero aquello era otra cosa más seria. Ya no era un pequeño crush. Me senté lentamente frente a ella. Y, por primera vez desde que había llegado a Mallorca, dejé de intentar fingir que aquello no me estaba afectando.

—No sé qué me pasa con él —admití muy bajo.

Carla dejó la tostada sobre el plato inmediatamente.

—Es que es horrible porque... no sé. Cuando estoy con Héctor todo es fácil. Normal. Pero con Manu siento que mi cerebro deja de funcionar correctamente.

—Eso suele ser bastante mala señal.

—Gracias, tranquilizadora profesional.

Sonrió apenas. Pero siguió escuchando, y quizá por eso seguí hablando.

—La cala fue... rara.

—Cuéntamelo todo y no te dejes ni un detalle.

Miré hacia la ventana abierta de la cocina. Las olas del mar reflejaban el sol como un desierto de mil espejos.

—Me contó cosas de su familia. De su padre. De sentirse atrapado todo el rato en una vida que ya estaba decidida antes incluso de que él pudiera elegir algo.

Carla frunció un poco el ceño.

—Eso no me lo esperaba.

Me mordí el interior de la mejilla antes de continuar.

—Y luego yo también le conté cosas.

—¿Sobre tu padre?

Asentí despacio. El simple hecho de decirlo en voz alta me dejó el pecho raro porque yo no hablaba mucho de eso. Nunca, de hecho.

—Y me miraba como si... no sé.

—¿Cómo si qué?

Tragué saliva.

—Como si realmente le importara entenderme.

La cocina se quedó en silencio. Carla se quedó pendiente de mí un momento larguísimo.

—Mia.

—¿Qué?

—Creo que estás jodida.

Eso me hizo soltar una risa triste.

—Sí. Yo también.

Silencio otra vez. Luego apoyé ambos codos sobre la mesa y me tapé media cara con las manos.

—Y encima ni siquiera me ha besado.

Carla abrió muchísimo los ojos.

—¿PERDONA? ¡PENSABA QUE LO DECÍAS DE COÑA!

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? Eso es gravísimo. Pensaba que ya habíais cruzado mínimo siete líneas legales distintas.

—Pues no.

—Pero tensión sí hubo, ¿no?

La miré por encima de la mano.

—Carla, casi me muero allí sentada.

Se le escapó una risa.

—Dame más detalles ya.

Suspiré dejando caer las manos.

—Me dijo que yo no era difícil de elegir. Me apartó el pelo de la cara y me lo puso detrás de la oreja.

Carla se quedó completamente quieta.

—Uf.

—Ya.

Me dejé caer hacia atrás en la silla mirando el techo. El ventilador seguía girando lento encima de nuestras cabezas.

—Y luego pensé que iba a besarme.

—Pero no lo hizo.

Negué despacio. El pecho volvió a dolerme solo recordándolo.

—Y ahora no sé qué está pasando —admití—. Porque sigue buscándome todo el rato. Sigue mirándome así. Sigue preocupándose por si he cenado o dormido o estoy cansada. Pero luego se frena.

Carla apoyó la barbilla en la mano observándome.

—¿Y Victoria?

La pregunta me atravesó inmediatamente. Ahí estaba el verdadero problema. No el casi beso, no la cala, ni siquiera Manu.

La posibilidad horrible de que yo estuviera entrando exactamente en el tipo de historia de la que mi madre me llevaba advirtiéndome toda la vida.

—No sé qué son exactamente ellos —murmuré—. Pero sé que pertenecen al mismo mundo. Y yo no.

Carla suspiró bajándose de la encimera.

—Mia.

—¿Qué?

—Te prometo que un hombre puede tener muchísimo dinero y aun así ser emocionalmente imbécil.

Se me escapó una risa.

—Gracias.

—Pero también te prometo otra cosa.

La miré.

—Si un chico te mira como Manu te mira a ti, el problema no es que no sienta algo.

• • •

A las cuatro de la tarde el calor era insoportable. Yo estaba reorganizando tumbonas cerca de la piscina cuando escuché voces cerca de la terraza privada. Victoria acababa de llegar. Llevaba un vestido amarillo claro y gafas de sol enormes. Manu estaba junto a ella ayudándola a bajar unas bolsas del coche mientras Claudia decía algo riéndose desde la entrada.

La escena me golpeó de una forma completamente ridícula porque parecían fáciles juntos. Naturales. La clase de pareja que nadie cuestionaría jamás. En ese momento, Victoria puso su mano sobre el brazo de Manu y le dio un beso en la mejilla. Mi cuerpo se tensó antes de poder evitarlo.

—¿Has visto un fantasma? —murmuró Héctor apareciendo a mi lado con una caja de toallas.

Parpadeé rápidamente.

—No sé de qué hablas.

Él siguió mi mirada hacia la entrada del hotel. Mierda.

—Ah, vale —dijo despacio—. Ya entiendo.

Cogí varias toallas demasiado rápido.

—No pasa nada.

—No he dicho que pase.

—Héctor.

Me estudió unos segundos más antes de suspirar.

—Solo digo que tienes cara de estar haciéndote daño tú sola.

Eso me irritó inmediatamente porque quizá tenía razón.

—Gracias.

—Siempre disponible, madrileña.

Intenté sonreír. No me salió muy bien.

• • •

Mi turno terminaba a las ocho, pero me habían propuesto quedarme hasta las diez con la promesa de que las propinas de la noche siempre eran las más jugosas. Acepté porque Carla y Héctor también trabajaban y la alternativa era quedarme en mi habitación comiéndome la cabeza.

Habían organizado una cena pequeña para varios socios del hotel y el *rooftop* volvía a estar lleno de gente elegante fingiendo que beber vino blanco viendo el mar era una actividad espiritual profunda. Yo llevaba una bandeja llena de copas cuando me encontré a Manu de cara.

—Mia.

—Hola.

Insinuó una sonrisa.

—Te llevo buscando media hora.

—Vaya.

—Quería asegurarme de que habías cenado.

¿Por qué seguía haciendo eso?

—He comido, gracias.

Asintió lentamente, pero no se movió. Permaneció quieto, cerca, atento. Y yo empezaba a cansarme muchísimo de no entender qué estaba pasando entre nosotros. Porque una persona no te mira así si no siente algo, pero tampoco se queda quieta durante días si realmente quiere besarte. Y empezaba a dolerme un poco.

—¿Pasa algo? —preguntó él finalmente.

Solté una risa pequeña, irónica.

—No. ¿Por qué iba a pasar algo?

Sus ojos no se apartaron de mi cara, como si supiera perfectamente que estaba mintiendo. Eso terminó de romperme la paciencia.

—Llevas mucho tiempo sin meterte conmigo. Me he puesto el reloj más ostentoso que tengo solo para que me digas algo.

Levantó la mano para enseñarme el reloj de la muñeca. Era realmente ostentoso. Si no hubiese estado dolida, tendría risas para un buen rato.

—¿Sabes qué? Da igual.

Intenté apartarme, pero Manu me cogió suavemente de la cintura. Electricidad instantánea, otra vez.

—Mia, dime qué te pasa.

La forma en que dijo mi nombre hizo muchísimo más difícil intentar enfadarme con él. Me giré hacia él de nuevo.

—No entiendo qué estamos haciendo.

El ruido de la fiesta seguía alrededor, pero lejano, amortiguado. Manu soltó mi cintura lentamente.

—Yo tampoco.

—Eso no es verdad.

Me miró con atención muy quieto.

—Después de la cita —continué bajando la voz— pensé que...

No terminé la frase porque no quería darle el poder de escucharla completa. Pensé que ibas a besarme. Pensé que tú también lo estabas sintiendo. Pensé que quizá yo no estaba imaginándomelo todo.

La mandíbula de Manu se tensó.

—Mia.

—Pero luego te he visto hoy con Victoria y ella te ha besado y...

—Mia, déjame explicártelo.

—No, de verdad. Está bien. Estaba entendiendo mal las cosas.

Odié al instante cómo sonó mi voz: vulnerable, honesta. Sus ojos bajaron un segundo hacia mi boca. Luego volvió a mirarme. Y allí

estaba otra vez, esa tensión horrible. Ese segundo donde parecía que iba a acercarse.

Pero no lo hizo, no se movió. Y algo dentro de mí se rompió un poquito.

—Vale —murmuré tragando saliva—. Entendido.

Di un paso atrás. Entonces Manu habló, con la voz más suave que podía.

—No quiero hacerte daño.

El corazón se me quedó completamente quieto. Porque entendí inmediatamente lo que significaba. Victoria. Septiembre. Su vida. Todo.

—Bueno, eso nunca es buena señal.

—No es eso.

—Entonces explícame qué es.

El silencio entre nosotros duró demasiado. Era la primera vez que Manu, el chico con una labia increíble, parecía haber perdido completamente el control de qué decir.

Se pasó una mano por el pelo frustrado.

—Mia, entre Victoria y yo no hay nada.

Mi pecho dolía muchísimo más de lo que debería. Porque una parte horrible de mí ya estaba esperando exactamente esto. Ser la chica complicada, la temporal, la equivocada.

Noté el nudo subiendo por la garganta y odié muchísimo que él pudiera verlo.

—Da igual —dije rápidamente—. De verdad.

Me giré, intentando volver hacia la terraza principal.

—No digas “da igual” cuando claramente no te da igual.

Su voz sonó rota por primera vez. Me giré despacio, pensando muy bien en si lo que iba a soltar sería una buena idea o no. Dios.

—Entonces bésame —dije al fin.

Los dos nos quedamos quietos. Manu cerró los ojos un segundo. Solo uno, como si aquello le doliera físicamente.

Cuando volvió a abrirlos, había algo intenso dentro de ellos. Deseo, miedo. Y una tristeza rara que me atravesó el pecho. Colocó su mano en mi cintura de nuevo, muy despacio. Luego apoyó la frente contra la mía.

—Si te beso —dijo muy bajo—, ya no voy a saber cómo volver atrás.

CAPÍTULO 11

—No puedes ir así a casa de mis abuelos.

Levanté la cabeza del espejo. Héctor estaba apoyado en el marco de la puerta de la casa del personal con una bolsa de hielo en una mano y expresión de absoluto juicio moral. Me miré en el espejo de nuevo.

—¿Qué problema hay exactamente?

—Vas demasiado guapa. Mis abuelos se enamorarán de ti y me sustituirán como nieto favorito. Y he trabajado mucho para conseguirlo.

—Vaya, me lo imagino.

Me apetecía una tarde distinta, lejos del hotel y de otro casi algo que terminara convirtiéndome en la peor versión de mí misma. Algo normal, seguro.

—Ahora en serio, estás guapísima.

Sonreí, contenta de la seguridad que me transmitía hablar con él.

Había conocido a los abuelos de Héctor el día después de la fiesta del personal. Habíamos desayunado con ellos, aunque ambos llevábamos una resaca espectacular. Aun así, disfrutamos de una buena ensaimada casera antes de que Héctor se fuese a trabajar y Carla y yo nos fuésemos a Sóller.

Al principio solo dije que sí a desayunar porque me sabía mal rechazar la oferta de Héctor, pero, nada más conocerlos, me alegré de haber ido; eran una pareja encantadora. El abuelo de Héctor era escritor y ambos habían viajado muchísimo de jóvenes, siempre de mochileros y gastando lo mínimo posible, así que tenían historias infinitas sobre trenes nocturnos, hostales horribles y gente rarísima que habían conocido por el mundo.

Habíamos prometido volver otro día para que terminaran de contarnos su viaje por la Patagonia en los setenta.

—Tus abuelos son lo más, me encanta la energía que transmiten.

—No les conté sobre la fiesta del personal porque igual se apuntaban y todo.

Ambos reímos mientras salíamos hacia el coche.

La radio sonaba baja mientras Héctor conducía con una mano apoyada en la ventana. Y, por primera vez en días, sentí que mi cabeza dejaba de girar alrededor de Manu Sureda durante más de treinta segundos seguidos.

Héctor me estaba contando cómo su abuelo había intentado colarse gratis en un ferry de Grecia en los ochenta fingiendo ser periodista cuando frenó en un semáforo cerca del puerto.

Y entonces apareció un Range Rover negro a nuestra derecha. Reconocería ese coche aunque me borrarán la memoria. No miré inmediatamente, pero igualmente sentí el momento exacto en que Manu giró la cabeza y me vio dentro del coche.

Primero a mí. Luego a Héctor. Después otra vez a mí. Llevaba una mano sobre el volante y la mandíbula ligeramente apretada. La luz naranja del semáforo le partía la cara en sombras mientras nos observaba a través de la ventanilla.

Mi cuerpo entero reaccionó antes incluso de que pudiera evitarlo. El corazón acelerándose. El calor subiéndome por el cuello. La sensación horrible de volverme demasiado consciente de mí misma.

Pero lo peor fue otra cosa. La pequeña satisfacción absurda que me recorrió al verlo así, celoso. Porque una parte horrible de mí llevaba días queriendo comprobar si aquello le importaba tanto como a mí. Y sí, claramente sí.

La luz cambió a verde. Héctor arrancó sin darse cuenta de nada mientras seguía hablándome de Grecia y ferris robados. Pero el Range Rover siguió quieto un segundo más. Solo uno. Como si Manu todavía estuviera mirándome. Luego aceleró de golpe. El motor rugió fuerte para una calle tan pequeña y el coche salió disparado hacia el puerto antes de desaparecer entre las luces de la avenida.

Me quedé mirando por la ventanilla unos segundos más. Héctor me dio un pequeño golpe con el hombro al girar hacia la izquierda.

—Por cierto, el otro día estaba relajada, pero mi abuela suele hacer preguntas personales muy rápido. Te aviso para que no huyas.

Me reí conteniendo los nervios que acababa de sentir en el estómago. Y el ruido en mi mente terminó mezclándose con la radio, el ruido de los coches y el viento cálido entrando por las ventanillas mientras seguíamos conduciendo por la costa.

CAPÍTULO 12

Manu

Conduje demasiado rápido. Lo supe en cuanto el coche tomó la curva del puerto y las ruedas chirriaron contra el asfalto caliente. Bajé inmediatamente la velocidad soltando aire por la nariz.

Joder. La imagen seguía clavada dentro de mi cabeza. Mia en el asiento del copiloto. Ese vestido. Riéndose de algo que decía Héctor. Cómoda.

Y es que Héctor era exactamente el tipo de chico que debería gustarle: bueno, gracioso, honesto. La clase de persona que te lleva a desayunar con sus abuelos y te hace reír con su forma de contar anécdotas. La clase de chico que no necesita pensar constantemente en cómo todo lo que hace afecta a una empresa, a un apellido o a una familia entera.

Con Héctor, Mia probablemente podría respirar tranquila. Conmigo no.

Golpeé el volante con el exterior del puño. Ridículo. Me estaba poniendo enfermo un tío que desayunaba Aquarius y olía a Axe. Tenía miedo de que Mia terminara cansándose de esperar algo que yo ni siquiera sabía explicarle todavía.

Aparqué cerca del puerto y apagué el motor. Silencio. Solo el mar al fondo y el tic metálico del coche enfriándose poco a poco. Apoyé la cabeza contra el asiento cerrando los ojos un segundo. No debería estar tan nervioso, no después de lo poco que hacía que la había conocido.

Aun así, llevaba semanas sintiendo que alguien me había desmontado el cerebro pieza por pieza desde que aquella chica madrileña apareció en el hotel mirándome como si yo fuera exactamente el tipo de problema que prometió no tocar jamás.

Empecé a fijarme en ella antes incluso de hablarle. No fue cuando tiró los mojitos, ni cuando empezó a discutir conmigo, ni siquiera aquella noche en el *rooftop*. Fue antes, su primera noche en Mallorca. Estaba en la terraza de la casa del personal, apoyada en la barandilla con una libreta entre las manos y el pelo recogido de cualquier manera. No llevaba nada especial, ni siquiera parecía consciente de que alguien pudiera estar mirándola.

Pero mientras todo el mundo alrededor intentaba llamar la atención constantemente —riendo alto, contando historias mejores de lo que realmente eran, interpretando versiones más interesantes de sí mismos— Mia parecía completamente metida dentro de su propia cabeza. Escribiendo, pensando, mirando el mar como si estuviera intentando entender algo. Como si hubiera una parte de ella viviendo en otro sitio incluso cuando seguía físicamente allí. Me transmitió paz en un momento en el que hacía mucho que no la sentía.

Y luego me miró. No como suelen mirarme. No evaluando el apellido, no intentando caerme bien, no midiendo cuánto podía ofrecerle, no actuando distinto porque sabía quién era. Parecía incómoda consigo misma incluso, por haberse quedado mirándome demasiado tiempo. Como si aquello le molestara más a ella que a mí.

Y fue probablemente la cosa más genuina que había visto en muchísimo tiempo. Porque todo mi mundo llevaba tiempo sintiéndose ensayado. Las cenas, las reuniones, las conversaciones recicladas. La gente riéndose un segundo más de lo normal de cualquier cosa que decía, aunque ni siquiera fuera graciosa.

Cuando tienes una vida como la mía, terminas entendiendo muy rápido que la mayoría de las personas escuchan el apellido antes que a ti. Que muchas veces no les interesas realmente tú, les interesa lo que representas. Y llega un punto donde ya ni siquiera sabes cuándo alguien te está mirando de verdad.

Incluso Victoria y yo funcionábamos un poco así ya. La relación más funcional de la historia de la humanidad. Mi madre adorándola porque “encaja perfectamente”. Mi padre hablando de ella como si ya formara parte de la familia desde hacía años. Todo el mundo

dando por hecho cosas que ninguno de los dos parecía tener ganas de discutir.

Y entonces apareció Mia sudando dentro del uniforme, insultando máquinas de hielo y mirándome como si pudiera detectar inmediatamente cada vez que estaba fingiendo algo.

Me pasé ambas manos por la cara. Dios. Ni siquiera sabía en qué momento exacto dejó de gustarme solo físicamente. Quizá fue cuando empezó a quedarse un poco más después de terminar conversaciones, como si todavía quisiera escuchar algo más. O cuando se ríe y luego se avergüenza un poco de haberse reído tan fuerte. O cuando se enfada conmigo y aun así sigue acercándose. O cuando habla de Madrid como si lo odiara y lo echara de menos al mismo tiempo. O cuando me mira como si todavía hubiera algo salvable debajo de todo lo demás.

Joder. La cala. Todavía podía recordar exactamente cómo sonó su voz aquella noche. "Creo que siempre termino esperando que un día decidan que hay otra vida donde yo no encajo". Eso me destrozó porque entendí inmediatamente de dónde venía ese miedo. Y porque una parte horrible de mí pensó exactamente lo mismo después.

Que terminaría descubriendo que mi vida es complicada. Demasiado llena de gente opinando, llena de cosas que nunca terminé de elegir realmente, de versiones de mí que ya no sé diferenciar.

El problema nunca fue besarla. Lo peligroso fue saber que no iba a ser capaz de hacerlo a medias. Abrí los ojos mirando el mar oscuro delante del puerto. Si besaba a Mia se acababa la distancia segura. Ya no podría fingir que aquello era solo tensión, solo verano, solo una chica que me gustaba. Porque la verdad era muchísimo más difícil: la estaba empezando a querer de una forma seria, de esa forma que cambia las cosas.

Toda mi vida me empujaba exactamente en dirección contraria a ella. Sin embargo, cada vez que Mia me miraba como si todavía hubiera algo bueno debajo de todo lo demás, sentía unas ganas peligrosísimas de romperlo todo. El apellido, las expectativas, la presión, la versión de mí que llevaba años interpretando sin pensar.

Solté una risa seca apoyando la cabeza otra vez contra el asiento. Perfecto. El hijo ejemplar de la familia Sureda completamente perdido por una chica que roba croquetas, odia el agua con gas y consigue que el resto de mi vida parezca muchísimo más pequeña cuando entra en una habitación.

Mi móvil vibró sobre el asiento. Nico.

Nico: donde coño estas?

Miré la pantalla unos segundos antes de responder.

Manu: En el puerto

Los tres puntos aparecieron inmediatamente.

Nico: ah vale crisis existencial entonces

Solté una risa breve. El mar era mi refugio en momentos de pánico.

Manu: Puede ser

Nico: es por la madrileña?

Cerré los ojos un segundo. Ni siquiera tenía fuerzas para negarlo ya.

Cinco minutos después, recibí otro mensaje suyo.

Nico: tranquilo hermano yo me ocupo tenemos plan para mañana

CAPÍTULO 13

—No puedo creer que vayamos a pasar nuestro día libre en un barco. Ni siquiera he estado en las barquitas de El Retiro.

Carla caminaba por el puerto con unas gafas de sol enormes y la actitud de alguien que acababa de ser invitada a su propio yate privado.

—Yo sí puedo creerlo perfectamente —dijo—. De hecho, siento que la vida me debía esto.

—La vida te debía dormir hasta las doce y lavar ropa.

—Eso también, pero prefiero empezar por el barco.

El puerto estaba lleno de turistas con la piel roja y los pies entre calcetines y chanclas. Había familias arrastrando neveras pequeñas, parejas haciéndose fotos delante de barcos que no eran suyos y hombres con polos ajustados hablando por teléfono como si estuvieran cerrando la compra de una isla.

Yo llevaba un vestido corto encima del bikini y una *tote bag* con una toalla, protector solar y una cantidad absurda de inseguridad metida dentro. El plan había nacido de Nico la noche anterior. Un audio de treinta y siete segundos en el grupo que él y Claudia habían creado sin preguntar a nadie. "Domingo familiar marítimo. Traed bañador, hambre y capacidad para perder al UNO con dignidad".

La última conversación con Manu había sido interrumpida por una llamada de su padre, que lo había apresurado para que se uniera a la mesa donde estaban el resto de los socios. Le había dicho que me besara y no había obtenido respuesta, así que volver a verlo se me hacía una montaña.

—¿Tú crees que esto es raro? —pregunté bajando un poco la voz.

Carla me miró por encima de las gafas.

—¿Que el amigo de Manu organice una excursión en barco claramente para que Manu deje de comportarse como un personaje de película francesa triste?

—Cómo eres...

—Un poco raro sí es. Pero también es gratis.

—Qué valores tan sólidos tienes.

—Gracias, me he criado con conciencia de clase.

Al fondo, junto a un barco blanco de tamaño innecesario, Claudia agitó ambos brazos como si fuéramos supervivientes que acababan de llegar a tierra.

—¡CHICAS!

Elena y Jaime estaban subiendo al barco. Nico estaba sentado en la borda con una camisa abierta, una bolsa de patatas en la mano y cero aspecto de haber organizado nada que no fuera caos. A su lado, Manu hablaba con un marinero mientras sujetaba una cuerda enrollada.

Cuando levantó la vista, su atención vino directa hacia mí. Primero me miró como si estuviera comprobando que realmente había ido. Después bajó los ojos un instante, lo justo para reparar en el vestido y volvió a mi cara con una expresión mucho más controlada de lo que debería. A mí, en cambio, se me olvidó caminar con normalidad.

—Mia —murmuró Carla a mi lado—, ¿te acaba de desvestir con la mirada o estoy loca?

—Cállate.

—Es que ha sido muy heavy.

—Carla.

—Vale, vale. Pero conste en acta.

Subimos al barco con ayuda de Claudia, que enseguida me abrazó como si no nos hubiéramos visto en años.

—Por fin. Necesitábamos más mujeres. Estamos rodeadas de hombres que creen que poner música alta cuenta como personalidad.

—Mentira —dijo Nico desde detrás—. Yo también tengo trauma familiar y carisma.

Carla dejó la bolsa en una esquina y lo observó de arriba abajo.

—Lo de carisma está por verificar.

Nico se llevó una mano al pecho.

—Me acabas de herir.

—Sobrevivirás.

Él sonrió. Una de esas lentas, descaradas, de chico que acaba de encontrar entretenimiento para todo el día.

El barco salió del puerto poco después. Las casas blancas de la costa empezaron a alejarse, el agua se volvió más azul y el viento me empezó a despeinar el cabello que, honestamente, tampoco había estado mucho más peinado. Carla parecía estar viviendo una revelación religiosa tumbada en la parte delantera.

—Ahora entiendo por qué el capitalismo existe.

Nico apareció con una nevera portátil.

—¿Quieres algo?

—¿Qué tienes?

—Agua, cerveza, refrescos, una cosa verde que Claudia dice que es saludable y yo no tocaría ni bajo amenaza.

—Cerveza.

—Esa es.

—No te emociones, guapo.

—Y tú no te enamores, guapa.

Carla lo miró con su mirada asesina.

—Vaya flipado.

Nico sonrió como si aquello fuera el mayor cumplido de su vida.

Manu se acercó a mí mientras ellos seguían discutiendo. Llevaba dos botellas de agua en una mano y una lata de Aquarius en la otra.

—No sabía qué querías —dijo—. Así que he traído opciones.

No era una frase importante, pero él siempre parecía recordar cosas pequeñas. Que odiaba el agua con gas. Que me mareaba si no comía. Que el calor me volvía irritable a niveles probablemente denunciabables.

Cogí la botella.

—Gracias.

—También hay croquetas en la nevera.

Se encogió de hombros, intentando parecer casual. El viento llenó el espacio entre los dos. No hacía falta que dijera más.

Últimamente con Manu muchas conversaciones parecían tener otras debajo, más bajas, más honestas y mucho menos fáciles de controlar.

Claudia nos salvó, o nos interrumpió, o ambas cosas.

—¡UNO! ¡Ahora! Antes de que Nico se ponga a hacer de DJ y destruya el ambiente.

—Mi gusto musical es excelente —protestó él.

—Tu gusto musical parece una despedida de soltero en Magaluf.

Nos sentamos en la parte trasera, alrededor de una mesa baja que alguien había convertido en campo de batalla. Elena repartió cartas con solemnidad. Carla se colocó enfrente de Nico, quizá por azar, quizá porque la vida a veces era muy poco sutil.

Manu quedó a mi lado. Su rodilla rozaba la mía cada vez que el barco se movía un poco. Su brazo descansaba detrás, sobre el respaldo acolchado. No me tocaba. Ni siquiera invadía mi espacio. Pero estaba ahí, lo suficiente para que yo supiera exactamente dónde empezaba él.

—Reglas básicas —anunció Claudia—. Nada de inventarse normas.

Todos miraron a Nico.

—Me ofende esta falta de confianza colectiva.

—A mí me ofende tu camisa —dijo Carla.

Nico bajó la vista hacia su camisa abierta.

—¿Qué tiene mi camisa?

—Demasiada fe en sí misma.

Claudia soltó una carcajada.

—Carla, por favor, ven a todos los planes.

Nico apoyó los codos en la mesa.

—Ten cuidado. Si sigues atacándome así voy a pensar que te gusto.

Carla le enseñó sus cartas sin querer y él aprovechó para mirar.

—¡Eh! —le dio un manotazo—. Tramposo.

—Reflejos.

—Caradura.

—También.

La partida empezó civilizada durante aproximadamente cuatro turnos.

Después Nico robó dos cartas, acusó a Elena de manipular el mazo, Carla le plantó un +4 con una sonrisa preciosa y él juró venganza mirando al cielo. Yo me reía tanto que casi se me cayeron las cartas. Nico robó las cartas sin apartar los ojos de ella.

—Me debes una cerveza por daños morales.

—Gánamela.

Claudia hizo un sonido agudísimo.

—Ay, Dios mío. Esto me interesa.

—No hay “esto” —dijo Carla.

—Todavía —añadió Nico.

Carla abrió la boca, la cerró y luego le lanzó una carta azul a la cara. Él la atrapó en el aire.

—Buen intento.

—Qué rabia me das.

—Eso suele ser el principio de muchas historias bonitas.

—En tu cabeza, seguro.

Manu se inclinó hacia mí.

—¿Siempre es así?

—¿Carla? Sí.

—Me cae bien.

—A Nico también, por desgracia.

Y, durante un rato, todo fue sorprendentemente fácil. Nico haciendo trampas, Carla descubriéndolo, Elena pasando del juego y bronceándose bajo el sol, Jaime cambiando la música cada diez minutos convencido de que estaba creando “la playlist chillout lounge definitiva del verano”, Claudia exagerando cada derrota como si estuviera perdiendo una herencia.

Y Manu riéndose más de lo que yo le había visto reírse nunca. Había algo precioso en verlo así, sin presión ni expectativas alrededor, solo Manu. Despeinado por el viento, con la camiseta arrugada y una carta amarilla entre los dedos. Mirándome cada vez que creía que nadie lo notaba.

A media tarde paramos en una cala pequeña. El agua era tan transparente que parecía imposible, como si alguien hubiese

limpiado el fondo del mar para nosotros. Claudia fue la primera en lanzarse. Nico la siguió haciendo un salto absurdo que salpicó a todos. Carla saltó justo después. Cuando salió a la superficie, Nico estaba tan cerca que ella le empujó la cara con la palma.

—Espacio personal.

—Me has saltado encima.

—El mar es grande. Muévete.

—Me estás enviando señales confusas.

—Te estoy enviando agua a los ojos.

Le salpicó. Él se rió y la salpicó de vuelta. Claudia nadó hasta mi lado.

—Estos dos...

—Probablemente.

—Me encanta.

Manu estaba todavía en el barco, apoyado en la barandilla, mirándonos desde arriba. Se había quitado la camiseta y el sol caía directamente sobre su piel, morena, marcándole el pecho y los abdominales. Las gotas del salpicon de Nico le recorrían la piel hasta desaparecer bajo la cintura del bañador.

Intenté no mirarlo, pero fracasé con una dignidad limitada. Él se dio cuenta y levantó las cejas apenas. Yo me hundí un poco más en el agua. Saltó del barco y nadó hacia mí con naturalidad. El agua nos movía despacio. No estábamos solos, pero por un momento la distancia con los demás pareció ampliarse. Manu tenía gotas en las pestañas. El pelo mojado le caía sobre la frente.

—¿Estás bien? —preguntó.

No había broma en su voz. Solo esa atención suya que aparecía cuando menos preparada estaba.

—Sí.

—¿Seguro?

—Estoy en una cala, en un barco, jugando al UNO con gente que grita demasiado. Podría estar peor.

—Eso no responde.

Sonreí un poco.

—Estoy bien, Manu.

Al fondo, Carla gritó porque Nico le había robado las gafas. Claudia exigía que alguien documentara aquello “por valor histórico”. El mundo seguía funcionando con normalidad.

Pero Manu y yo nos quedamos quietos en el agua unos segundos más. Sin tocarnos, sin acercarnos, sin hacer nada que pudiera contarse después.

Cuando volvimos al barco, Claudia me tendió una toalla y Nico empezó a repartir comida como si fuera un padre de excursión escolar. Comimos croquetas frías, patatas, fruta cortada y bocadillos envueltos en papel de aluminio. Carla insistió en que las croquetas eran “emocionalmente superiores” y Manu me miró de reojo con una satisfacción que intentó esconder fatal.

Más tarde, el sol empezó a caer, volviendo dorados los bordes del barco. Claudia se quedó dormida boca abajo con un sombrero tapándole media cara. Jaime y Elena compartían auriculares tumbados en lo que había aprendido que se llamaba “proa”, es decir, la parte delantera del barco. Carla y Nico seguían sentados juntos, muy juntos para dos personas que aseguraban odiarse. Él tenía una carta pegada en el brazo porque ella se la había colocado allí “para marcar territorio de guerra”.

Manu estaba a mi lado, mirando el horizonte. Esta vez no dijo nada. Yo tampoco. El silencio no pesaba, se apoyaba. Como el calor de la tarde, como la sal secándose en la piel, como una canción que no sabes cuándo ha empezado, pero ya estás tarareando.

Miré al grupo. Durante unos segundos me permití imaginar una versión imposible del verano. Una donde yo no era la trabajadora temporal que volvería a Madrid en septiembre. Una donde Manu no tenía una vida esperándolo en dirección contraria. Una donde sentarse en un barco al atardecer con sus amigos no significaba nada más que eso. Solo un día bonito.

Manu movió la mano sobre el asiento. Sus dedos quedaron cerca de los míos. No llegaron a tocarme, quizá por decisión, quizá por miedo. Quizá porque los dos sabíamos que algunos contactos no se deshacen tan fácilmente después. Aun así, ninguno apartó la mano.

Y mientras el barco empezaba a volver hacia el puerto, tuve la sensación absurda de haber cruzado una puerta invisible. Nadie me

había invitado oficialmente a entrar. Pero, esta vez, tampoco parecía que alguien fuera a pedirme que me marchara.

CAPÍTULO 14

El hotel llevaba tres días funcionando a un nivel de caos que probablemente violaba algún derecho humano básico. Recepción colapsada, niños llorando, maletas desaparecidas... Y yo llevaba tantas horas despierta que empezaba a sentirme espiritualmente separada de mi cuerpo.

—Mia, cuidado con esas copas —gritó Laura desde cocina mientras sacaba platos como si estuviera participando en una competición olímpica.

—La confianza que tenéis en mí es conmovedora.

—La semana pasada casi incendiaste una tostadora.

—Eso fue un accidente técnico.

Agarré la caja contra mi pecho y empujé la puerta de servicio con la cadera.

El pasillo estaba más fresco que fuera, pero olía a detergente industrial y estrés colectivo. Al fondo sonaba un walkie-talkie con alguien pidiendo refuerzos en piscina. Seguí andando, intentando mirar por encima de las copas. Mala idea.

Una puerta metálica se abrió de golpe delante de mí y mi reacción automática fue echarme hacia atrás. La caja se inclinó. Escuché cristal romperse. Y luego una punzada afilada me cruzó la palma.

—Joder.

Las copas chocaron con el suelo en una explosión de ruido. Miré mi mano. Sangre.

—Mia.

Manu apareció al final del pasillo con paso rápido y la expresión le cambió apenas llegó a mi altura.

—¿Qué ha pasado?

—Nada grave.

Mentí mientras la sangre seguía bajándome por la muñeca. Él miró primero el suelo lleno de cristales y luego mi mano.

—Claro. Todo controladísimo.

Intenté coger una servilleta de un carrito cercano, pero Manu me sujetó la muñeca antes.

—Quieta.

—De verdad, estoy bien.

—Mia, te estás desangrando encima del uniforme.

—Qué exagerado eres.

El botiquín llegó menos de un minuto después. Manu lo abrió apoyándolo sobre un carrito de lavandería.

—Esto va a escocer.

—Tu capacidad de consolar es increíble.

—Avísame si quieres que además te lea un cuento.

Empapó una gasa con desinfectante y me sostuvo la mano mejor antes de limpiar la herida. Solté aire entre dientes inmediatamente.

—Hostia.

—Sí.

—Creo que me has echado ácido.

—Creo que eres dramática.

—Creo que disfrutas esto.

Esa sonrisa apareció en su boca, otra vez. Ese pequeño cambio en él que solo aparecía cuando dejaba de pensar demasiado.

—Mi hermana se abría la cabeza constantemente de pequeña —dijo mientras seguía limpiando la sangre—. He desarrollado tolerancia al caos.

—Eso explica bastantes cosas sobre Claudia.

Esta vez sí se rió bajito. Y yo cometí el error de mirarlo. Porque de cerca Manu siempre era más magnético. El pelo despeinado, las mangas remangadas, la concentración absurda con la que me sujetaba la mano.

—Ya está.

El pasillo seguía lleno de ruido lejano, pero a nuestro alrededor parecía haberse formado una especie de pausa extraña.

—Gracias —dije más bajo.

Manu se quedó mirándome un segundo más de lo normal.

—No tienes que agradecerme esto.

Y lo dijo como si fuera obvio. Como si cuidarme hubiera sido automático. Como si ni siquiera hubiera tenido que decidir hacerlo.

Una voz masculina apareció al fondo del pasillo.

—Manuel. —Nos separamos apenas. Uno de los trabajadores de mantenimiento venía hacia nosotros—. Tu padre te está buscando.

Lo vi pasar de un estado a otro casi al instante. El Manu relajado que acababa de bromear conmigo desapareció detrás de otra versión mucho más ordenada de sí mismo.

—Voy ahora —respondió.

El trabajador asintió alejándose otra vez.

—Intenta no volver a pelearte con cristales hoy.

—No prometo nada.

Lo observé alejarse por el pasillo hasta desaparecer tras la esquina. Entonces observé la venda blanca alrededor de mi mano.

Seguía muy apretada. O quizá el problema no era la venda.

CAPÍTULO 15

Cuando terminé el turno, la venda ya tenía una mancha pequeña de color rosa en el centro. No era grave. Solo daba un poco de asco. Carla me dijo que parecía una superviviente de guerra y luego me pidió que le abriera una bolsa de patatas porque “para algo tienes la otra mano funcional”. Esa era su forma de cuidar.

Pasé por la cocina para buscar hielo. Dentro había luz y no esperaba encontrarme aquella escena. Victoria estaba sentada encima de la encimera, con las piernas cruzadas y un bol de uvas sobre su regazo. Llevaba un vestido verde clarito y el pelo recogido con un lápiz, como si hubiese combinado salir de fiesta con estudiar.

Me quedé en la puerta.

—Hola, ¿qué haces aquí? —pregunté.

—Escondiéndome.

Lo dijo con tal tranquilidad que tardé un segundo en entender que no estaba bromeando del todo. Entré y abrí el congelador. Cogí un cubito de hielo y lo envolví en un trapo de tela.

—¿De quién?

—De un hombre que lleva cuarenta minutos explicándome que el arte digital es “el futuro inevitable del coleccionismo contemporáneo”.

—Suenas duro.

—Ha dicho “blockchain” seis veces y “metaverso” unas cuantas más.

—Mis condolencias.

Victoria señaló mi mano con la barbilla.

—¿Te duele?

—Más mi orgullo.

No sabía muy bien qué hacer con ella. Era fácil odiarla cuando estaba lejos, cuando solo era una silueta perfecta al lado de Manu.

De cerca era más complicado. Tenía ojeras suaves bajo el corrector y una mancha mínima de vino en el bajo del vestido. Eso me molestó. Yo necesitaba que fuera impecable. Las personas impecables se colocan en una categoría cómoda. No tienes que entenderlas.

Me senté frente a ella y apoyé el hielo sobre la palma. El frío me subió hasta el codo.

—Uf.

—Sí —dijo Victoria—. Yo me he quemado con una bandeja esta tarde. Quiero aprender de repostería, pero no es lo mío, aparentemente.

—Tranquila. Yo igual.

Por un instante solo se oyó la nevera haciendo ese zumbido triste de electrodoméstico viejo. Fuera, alguien soltó una carcajada en el pasillo y luego una puerta se cerró de golpe.

—Manu me ha dicho que te has cortado —dijo.

La bolsa de hielo crujió bajo mis dedos.

—¿Te lo ha dicho él?

—Más o menos. Ha llegado a la terraza con cara de entierro, mi madre le ha preguntado qué le pasaba y él ha respondido “nada” de una manera muy poco convincente.

Me imaginé la escena sin querer. Manu en la terraza principal. Su padre cerca. Victoria mirándolo y sabiendo leerle la cara. Como si tuviera un diccionario antiguo escrito solo para él.

—No ha sido para tanto.

—Ya. También dijo eso cuando se cayó de una moto de agua con quince años y luego resultó que tenía una costilla fisurada.

—¿Se cayó de una moto de agua?

—Intentaba impresionar a unas suecas.

Solté una risa.

—Eso sí me lo creo.

—Tendrías que haberlo visto, fue bastante triste.

Hubo algo agradable en escucharla hablar de Manu así. Como de una persona. No como el chico imposible del hotel ni como el hijo de nadie. Solo un adolescente idiota intentando impresionar a chicas.

—Le pasa mucho.

—¿Caerse de motos de agua?

—Intentar que parezca que no le duele nada.

Ah, eso ya no era tan fácil de contestar. Miré mi mano, la venda húmeda en el borde, el hielo derriéndose despacio encima.

—Supongo que se le da bien.

—Mucho.

Victoria dejó el bol en la encimera, como si de pronto ya no le apetecieran las uvas.

—A veces pienso que Manu aprendió antes a comportarse en una cena que a decir que no quería ir.

Yo no dije nada. Ella tampoco parecía esperar respuesta.

—Perdón —añadió al cabo de un rato—. Esto suena muy dramático. He bebido unas cuantas copas de vino hoy.

—No, tranquila.

—Cuando éramos pequeños, nuestras familias venían juntas a Mallorca muy a menudo. Todo era bastante predecible. Los adultos cenaban, nosotros nadábamos, Claudia gritaba, Nico rompía algo, Manu desaparecía.

—¿Desaparecía?

—Siempre. Se iba al embarcadero, a la cala, al final del jardín... a cualquier sitio donde hubiera mar. Su madre decía que era porque era mallorquín. Yo creo que era porque allí nadie le preguntaba nada.

Pensé en Manu mirando el agua desde el coche, en la cala, en esa forma suya de quedarse en silencio cuando el mar estaba cerca. El hielo empezó a mojarme la muñeca.

—¿Y tú? —pregunté.

Victoria me miró.

—¿Yo qué?

—¿También desaparecías?

Tardó un momento en contestar.

—No. Yo era la niña buena que se quedaba en la mesa.

Lo dijo con una sonrisa, pero no sonaba orgullosa.

—La que saludaba a todo el mundo, no se manchaba el vestido y sabía qué tenedor usar antes incluso de tener edad para cortar bien un filete.

Me acordé de mi primera comida con mi padre y sus otros hijos. De las servilletas de tela. De mis manos pequeñas debajo de la mesa para no tocar nada.

—Qué horror.

Victoria se rió.

—Sí. Bastante.

Luego me miró de una forma distinta. Más directa, pero sin agresividad.

—Supongo que por eso Manu y yo quedamos tan bien en las fotos.

Sentí un pinchazo pequeño, feo. No en la mano.

—¿Porque sabéis qué tenedor usar?

—Porque sabemos quedarnos quietos.

La nevera volvió a zumbar. Victoria bajó la vista a su copa.

—Todo el mundo ha decidido que encajamos desde antes de que supiéramos si queríamos encajar. Mi madre habla de él como si fuese una inversión segura. Su padre habla de mí como si fuera parte del mobiliario familiar.

—¿Y vosotros?

—Nosotros hacemos lo que debemos hacer siempre.

—¿Qué?

—No corregimos a nadie.

Eso sí lo entendí. A veces no decir nada también era una forma de quedarse atrapada. Me moví para apoyarme en la encimera y el trapo se me resbaló. Victoria lo atrapó antes de que cayera al suelo.

—Gracias.

—De nada.

Sus dedos estaban fríos. Tenía las uñas cortas, pintadas de rojo oscuro, un poco desconchadas en el pulgar. Otra cosa que no encajaba con la imagen que yo había construido de ella.

—No estamos juntos, Mia.

Lo dijo sin prepararlo. Como quien deja una llave encima de una mesa. Me quedé muy quieta.

—No hace falta que me expliques nada.

—Sí hace falta.

—Victoria...

—No por ti. Por mí también.

Se apoyó en el respaldo de la silla.

—Manu y yo nos queremos. Mucho. Pero no así. O quizá alguna vez pensamos que sí porque era lo más fácil. Porque a todo el mundo le venía bien. Porque cuando llevas años escuchando la misma historia, a veces acabas creyéndotela sin darte cuenta.

Me costó tragar. Había imaginado muchas versiones de aquella conversación. Ninguna incluía que me diera pena Victoria.

—¿Y por qué no lo decís?

—Porque decir algunas cosas en nuestras familias no sirve solo para informar. Sirve para decepcionar. Mi madre decía que yo era muy buena poniendo cara de “no pasa nada”.

Esa noche Victoria llevaba exactamente esa cara.

—Mi padre cree que voy a abrir una galería —continuó—. Pero una galería bonita. Social. Rentable. Con apellidos conocidos en las inauguraciones y nada incómodo en las paredes.

—¿Y tú qué quieres?

—Una galería donde se expongan cosas que mi padre no pondría jamás en su salón.

Me gustó esa respuesta.

—Eso suena mucho mejor.

—A él le parecería una crisis estética.

—A veces las crisis estéticas son necesarias.

Nos reímos las dos. Y fue extraño porque la risa no borró nada. Manu seguía entre nosotras, aunque no lo nombráramos. Su ausencia ocupaba un espacio más en la cocina.

—Hoy, cuando le avisaron de que su padre lo buscaba —dije—, cambió de cara.

Ella no preguntó a qué me refería. Solo asintió despacio.

—Sí... —Victoria estiró la mano hacia la botella, pero no se sirvió más—. Su padre no es malo exactamente. Ojalá lo fuera. Sería más sencillo. Es de esos hombres que creen que amar a alguien consiste en prepararlo para ganar. Aunque para eso tengan que apretarle tanto el pecho que no pueda respirar.

La imagen me dio frío.

—Manu no habla mucho de él.

—Manu no habla mucho de nada de verdad.

Eso también era cierto. Pensé en la cala, en cómo había dicho “de todo” cuando le pregunté de qué quería desaparecer. Dos palabras. Nada más.

Victoria me miró la mano.

—Te ha vendado fatal.

Bajé la vista.

—¿Qué?

—Está demasiado apretado. Dame.

Antes de poder protestar, me quitó el trapo con hielo y empezó a deshacer la venda con bastante más habilidad de la que esperaba.

—¿También eras enfermera de pequeña?

—No. Pero Manu se hacía heridas cada verano. Claudia trepaba árboles. Nico se caía por imprudente. Yo era la que encontraba tiritas.

Sus dedos trabajaban rápido.

—Además, mi madre siempre decía que una mujer debe saber resolver discretamente cualquier desastre.

Aflojó la venda y la volvió a colocar mejor.

—Ahí.

Moví los dedos.

—Vale. Mucho mejor.

—Manu aprieta cuando se asusta.

Dijo la frase tan tranquila que casi pareció inocente. Victoria tampoco añadió nada. A veces una persona elegante también podía ser muy cruel sin levantar la voz, pero ella no estaba siendo cruel conmigo. Creo que solo estaba siendo honesta.

Se levantó y dejó el bol en el fregadero de la cocina.

—Creo que he bebido mucho esta noche. Debería volver antes de que mi madre mande a alguien a buscarme. Perdona si he hablado demasiado.

—No te preocupes —dije tímidamente—. Para eso estamos.

Antes de irse, se volvió hacia mí.

—No sé qué va a hacer Manu.

El estómago se me encogió un poco.

—Ya.

—A veces tarda en elegir porque cree que así no hace daño a nadie.

La miré, esperando una advertencia. Algo sobre no ilusionarme, no acercarme, no meterme en una historia que no era mía.

—Pero cuando te mira —dijo—, por un momento deja de parecer obediente.

No supe qué hacer con esa frase. Ella sonrió apenas.

—Buenas noches, Mia.

—Buenas noches, Victoria.

La vi alejarse por el pasillo hasta que desapareció al girar la esquina. Me quedé allí un rato más hasta que el hielo terminó de derretirse.

CAPÍTULO 16

Manu

La noche en que Mia se cortó la mano terminé sentado en la terraza privada del hotel con una carpeta abierta delante y la sensación de no haber leído ni una sola palabra.

Mi padre hablaba con un inversor alemán sobre permisos, plazos y márgenes de beneficio. Yo asentía cuando tocaba, bebía agua cuando alguien brindaba y sonreía con la precisión suficiente para que nadie pudiera acusarme de estar ausente. Pero seguía viendo la venda alrededor de la mano de Mia. No podía dejar de pensar en cómo había intentado bromear mientras le limpiaba la herida, como si dejarse cuidar le resultara más incómodo que sangrar sobre el uniforme.

—Manuel.

Levanté la cabeza. Mi padre me miraba desde el otro lado de la mesa. No necesitaba alzar la voz. Nunca la necesitaba. Tenía esa clase de autoridad que hacía que los demás bajaran el volumen por instinto.

—La semana que viene quiero que vengas a Barcelona. Dos días. Hay una reunión con los socios nuevos y otra con el equipo legal. Es hora de que empieces a estar presente de verdad.

De verdad, como si todo lo que había hecho hasta entonces fuera una versión infantil de obedecer.

—Tengo turnos aquí —dije, aunque los dos sabíamos que era una excusa ridícula. Yo no tenía turnos. Tenía apariciones, favores, reuniones que podía saltarme porque seguía siendo el hijo del dueño y no el dueño de nada.

Mi padre cerró la carpeta con calma.

—El hotel no necesita que estés en todas partes. La empresa sí necesita que empieces a entender dónde está tu sitio.

Ahí estaba siempre la palabra. Sitio. Lugar. Futuro. Dirección. Todo ordenado por otras manos antes de que yo pudiera tocar nada.

Victoria, sentada dos sillas más allá, dejó la copa en la mesa con suavidad. Me miró de reojo. No dijo nada, pero la conocía lo suficiente para entender la frase que no había pronunciado: no uses el hotel como excusa si el verdadero problema es ella.

Mi madre intervino con esa sonrisa que utilizaba cuando quería que algo pareciera menos grave.

—Barcelona te vendrá bien, cariño. Además, Victoria también estará allí unos días en agosto, ¿verdad?

Victoria levantó las cejas.

—Todavía no lo sé.

Mi madre fingió no notar el tono.

—Sería bonito que coincidierais.

Nico se atragantó con el vino justo en el peor momento. Claudia, a su lado, le dio una patada por debajo de la mesa con una precisión admirable.

—Perdón —dijo Nico, tosiendo—. El vino tiene personalidad.

Mi padre lo miró como si estuviera calculando cuánto dinero haría falta para enviarlo a otro continente. Por primera vez en toda la cena, casi sonreí.

Después del postre, escapé al pasillo exterior. El aire olía a jazmín, cloro y sal. Saqué el móvil sin pensar. No tenía ningún mensaje de Mia. No tenía por qué tenerlo. La había dejado en el pasillo hacía unas horas, con la mano vendada y esa forma suya de mirarme como si pudiera distinguir exactamente qué parte de mí era cuidado y qué parte miedo.

—Estás haciéndolo fatal.

No tuve que girarme para saber que era Victoria.

—Gracias por el apoyo.

Se apoyó a mi lado en la barandilla. Llevaba el vestido verde que mi madre había alabado durante diez minutos y los zapatos en la mano. Victoria siempre parecía perfecta hasta que encontraba un sitio donde dejar de serlo.

—No es apoyo. Es diagnóstico.

—No sabes de qué hablas.

—Manu, por favor.

Su voz no fue dura. Eso lo empeoró.

—No juegues con ella si vas a esconderte detrás de tu padre cada vez que alguien te pida elegir algo.

La frase me dio justo donde más dolía.

—No estoy jugando con ella, pero tampoco es tan fácil.

—Ya lo sé. Por eso te lo digo yo, que llevo media vida dejando que nuestras familias escriban conversaciones por nosotros.

Miré hacia la terraza. Mi madre reía con la madre de Victoria. Mi padre hablaba con un hombre al que probablemente odiaba, pero necesitaba. Claudia discutía con Nico porque había robado todos los bombones del plato central. Desde fuera parecía una familia normal. Privilegiada, brillante, ordenada. Desde dentro parecía más una sala llena de puertas cerradas.

Victoria siguió mirando el jardín.

—Mia me cae bien.

—Lo sé.

—Y no lo digo porque sea simpática. Lo digo porque, cuando está delante, tú dejas de hacer esa cosa horrible de convertirte en una estatua educada.

No contesté.

—Si te asusta, admítelo. Si no puedes prometerle nada, díselo. Pero no la conviertas en una pausa bonita dentro de una vida que luego vas a seguir como si nada.

La miré entonces.

—¿Eso piensas que estoy haciendo?

Victoria tardó en responder.

—Pienso que todavía no sabes qué estás haciendo. Y que ella sí va a pagar el precio si tardas demasiado en averiguarlo.

Eso fue lo peor: que tenía razón.

Cuando Victoria volvió dentro, Nico salió con dos bombones envueltos en una servilleta.

—He venido a ofrecer carbohidratos emocionales.

Cogí uno.

—Eres idiota.

—Pero un idiota útil. Además, Claudia me ha dicho que si no te sacaba de esta cara de entierro iba a lanzarme a la piscina.

—Tu vida está llena de amenazas muy concretas.

—Y de mujeres con carácter. Me estoy formando.

Sonreí a mi pesar. Nico se puso serio durante tres segundos, que en él equivalía a una declaración institucional.

—Hermano, tu padre no va a dejar de empujar. Eso no va a cambiar porque esperes en silencio a que el universo te mande una señal con luces de neón.

—¿Desde cuándo das consejos?

—Desde que tú estás tan perdido que hasta yo parezco adulto.

Miré el mar al fondo, oscuro entre las palmeras.

—No quiero hacerle daño.

Nico soltó aire por la nariz.

—Entonces deja de decidir por ella. Es bastante insultante. Además, la chica parece perfectamente capaz de mandarte a la mierda si hace falta.

Eso sí me hizo reír.

—Lo es.

—Pues ya está. Dale información real y que ella decida si quiere meterse en el incendio contigo.

El problema era que Mia ya estaba demasiado cerca del fuego. Y yo, que llevaba años convencido de que sabía controlar la temperatura de todas las cosas, no sabía ni por dónde empezar a apagarme.

Aquella noche no subí a mi habitación enseguida. Me quedé un rato caminando por el hotel vacío, cruzando pasillos de servicio, zonas de clientes, terrazas apagadas. En cada sitio había una versión distinta de mí: el hijo del dueño, el amigo de Nico, el chico que hacía una pareja estupenda con Victoria, el hermano de Claudia, el futuro heredero que mi padre estaba intentando fabricar a base de reuniones.

Y luego estaba el chico que se había asustado al ver sangre en la mano de Mia. Ese era el único que últimamente me parecía verdadero.

Antes de dormir, abrí la agenda que mi padre me había mandado por correo. Barcelona. Reunión legal. Cena con inversores. Visita a oficinas. Todo ordenado en bloques de una hora, como si mi vida pudiera aceptarse por invitación de calendario. La cerré sin contestar.

Al día siguiente busqué a Mia antes de que terminara su turno. No tenía un plan inteligente. Tenía unas llaves de coche, una bolsa de croquetas y una idea bastante mala: enseñarle un sitio desde donde el hotel pareciera pequeño.

Quizá si conseguía verlo pequeño durante un rato, también podría dejar de tener tanto miedo.

CAPÍTULO 17

El día empezó con una señora alemana llorando porque su habitación no tenía “la luz correcta”. No la luz de la bombilla. La luz natural, la del sol.

—Es demasiado blanca —me dijo, señalando la ventana como si yo pudiera ajustar el cielo desde recepción. Asentí con la seriedad de alguien que estaba a tres minutos de perder la fe en la humanidad.

—Voy a comentarlo con mantenimiento, a ver si tienen algunas cortinas que maten el color.

Carla, que pasaba detrás de mí con un carrito del servicio de habitaciones, tosió para esconder una risa. La señora alemana no se rió. Yo tampoco, al menos por fuera.

A media tarde ya había visto a un niño meter una concha dentro de una tostadora, a un huésped pedir “agua que sepa bien” y a Héctor discutir con una sombrilla que se negaba a cerrarse.

—Creo que estoy perdiendo contra un objeto —dijo cuando pasé cerca.

—Te está humillando bastante, sí.

Tenía la camiseta pegada al cuello y esa cara suya de cansancio simpático. La sombrilla se cerró de golpe justo después y lo tragó hacia adentro. Héctor salió de la sombrilla con ambos brazos levantados.

—Victoria moral.

—Has sobrevivido por pura suerte.

—La historia la escriben los ganadores, madrileña.

Me reí. Con Héctor era fácil hacerlo. Tenía una forma tranquila de estar en el mundo, como si nunca necesitara complicar lo que podía ser sencillo. A su lado, las cosas tenían las esquinas redondeadas: podías acercarte sin miedo a hacerte daño. No había dobles sentidos en sus silencios ni preguntas escondidas debajo de cada frase. Decía

lo que pensaba, sonreía cuando algo le hacía gracia y nunca me hacía sentir que había llegado a mitad de una conversación que solo él entendía.

A veces me preguntaba si eso era lo que se suponía que debía buscar. Algo que no te dejara agotada después. Algo que no tuviera apellido. Algo que no te obligara a preguntarte todo el rato si estabas entrando en una habitación donde nadie te había invitado de verdad.

—Mis abuelos dicen que lo pasaron muy bien en la cena.

—¿En serio? Son muy majos.

—Sí, de verdad que creo que quieren adoptarte.

Eso me gustó. Esa familia era como cuando encuentras sombra después de caminar mucho rato al sol.

—Diles que acepto, ¿cuándo hacemos los papeles?

Héctor se rió y durante un segundo pensé que quizá mi vida habría sido mucho más sencilla si él hubiera llegado primero. O si Manu no hubiera llegado nunca.

• • •

A las nueve estaba recogiendo para irme, no sin antes intentar despegarme del antebrazo una pegatina de inventario que llevaba allí desde hacía tres horas. Por la forma en que Laura, desde recepción, dejó de hablar medio segundo, entendí que Manu había entrado. Eso pasaba mucho con él, la gente hacía una pausa mínima cuando entraba en un sitio.

—Son las nueve. ¿Terminas ya? —preguntó.

Llevaba vaqueros cortos y una camisa beige. El pelo algo húmedo, como si se hubiera duchado con prisa. Tenía las llaves del coche en una mano. No me dijo hola. Últimamente Manu entraba en conversaciones conmigo como si ya lleváramos un rato hablando.

—Depende —dije—. ¿Vienes a secuestrarme otra vez o esta vez traes autorización firmada?

—Tengo coche.

—Eso no es autorización.

—También tengo croquetas.

Lo miré.

—Eso se acerca más.

—Venga, quiero enseñarte un sitio.

La frase cayó entre nosotros sin hacer ruido, pero yo la sentí igual. Miré hacia recepción. Laura estaba fingiendo ordenar papeles con una concentración sospechosa.

—Estoy trabajando.

—He hablado con Laura.

—No puedes seguir haciendo esto, me van a echar.

—Sé que llevas una hora extra. Además, hablaré con los jefes si te quieren echar.

Me quité por fin la pegatina del brazo y la tiré en la papelería hecha una bolita.

—Tengo que cambiarme.

—Te espero.

No preguntó si quería ir. Tampoco lo dio por hecho. Se quedó ahí, con las llaves en la mano y el pelo cayéndole un poco sobre la frente, esperando mi decisión como si de verdad fuera mía. Eso fue lo que me hizo decir:

—Diez minutos.

• • •

Tardé quince. No por hacerme esperar ni por dramatismo. Tardé quince porque no sabía qué ponerme para ir a un sitio desconocido con un chico que no era mi novio, no era mi amigo y no era exactamente nada que supiera explicar sin parecer idiota.

Al final me puse una falda blanca, una camiseta de tirantes negra y chanclas también negras. Carla estaba tumbada boca abajo en su cama viendo vídeos en el móvil.

—¿Sales?

—Un rato.

—¿Con quién?

No respondí.

Ella levantó la cabeza.

—Ah.

—No hagas “ah”.

—Ni siquiera lo he hecho con intención. Ha sido un “ah” orgánico.

Me miré en el espejo pequeño de la pared. Tenía el pelo raro por la humedad y una marca roja en el brazo donde había estado la pegatina.

—No es nada.

Carla dejó el móvil.

—Mia.

—Vamos a dar una vuelta.

—Claro.

—De verdad.

—Te creo.

Eso me hizo girar.

—No suena a que me creas.

—Sí te creo. Lo que no creo es que tú te creas a ti.

No tuve una respuesta buena para eso. Cogí mi bolso intentando esconder una sonrisa emocionada.

• • •

El coche de Manu olía a nuevo y a él. Me puse el cinturón y dejé el bolso sobre mis piernas.

—¿Dónde vamos?

—A un mirador.

—¿Un mirador mirador?

—Sí, un mirador. Donde se mira.

—Qué bien te explicas. Deberías dedicarte al turismo.

Arrancó el coche.

—Lo tendré en cuenta.

El coche avanzó por la carretera que subía entre pinos. El hotel fue quedando atrás, con sus luces perfectas y sus huéspedes cenando frente al mar. Bajé la ventanilla. El aire entraba con sabor a sal. Durante un rato, la radio llenó el silencio con *Stereo Love*, una de esas canciones antiguas que conocía de memoria sin saber muy bien desde cuándo.

Manu conducía con una mano en el volante y la otra apoyada cerca del cambio de marchas. La luz del salpicadero le marcaba la mandíbula. Parecía cansado. No cansado de sueño. De otra cosa. Victoria había dicho que Manu apretaba su cuerpo cuando se asustaba. Yo miré sus manos. Los nudillos estaban relajados, pero no del todo.

—Hablé con Victoria —dije.

No sé por qué lo solté así. Quizá porque el silencio en un coche tiene algo que obliga a confesar. Manu no apartó la vista de la carretera.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Me lo dijo.

—Ah.

La carretera hizo una curva. A un lado, entre árboles, apareció el mar oscuro.

—Me cae bien —dije.

Eso sí hizo que me mirara lo justo.

—¿Te sorprende?

—Un poco.

—A todo el mundo le cae bien Victoria.

—Eso también me molesta.

Manu sonrió por primera vez desde que habíamos subido al coche.

—Tiene ese efecto.

—Me contó que no estáis juntos.

El coche pareció quedarse más silencioso. O quizá fui yo.

—No lo estamos.

—Ya.

—Nunca lo hemos estado de verdad.

Miré por la ventanilla. Había casas pequeñas desperdigadas en la ladera, luces amarillas encendidas como luciérnagas quietas.

—Todo el mundo parece opinar lo contrario.

—Todo el mundo opina muchísimo.

—Eso es verdad.

Manu redujo la velocidad al tomar otra curva.

—Victoria y yo... somos complicados, pero no de esa forma.

—Qué alivio. Por fin algo sencillo en esta historia.

Lo dije en broma, más o menos. Él lo notó.

—Mia.

—¿Qué?

—No querría que pensaras que te estaba metiendo en medio de algo.

Me concentré en mis manos. La venda del corte ya era más pequeña, pero seguía ahí.

—No sé dónde estoy metida —dije—. Ese es el tema.

Manu no contestó enseguida. La radio pasó a estática durante unos segundos y luego volvió la música.

—Yo tampoco lo sé.

Esta vez no sonó a excusa. Sonó a verdad. Y las verdades, en su boca, siempre me dejaban sin saber qué contestar.

El mirador estaba vacío. Había un banco de piedra, pinos y el mar extendido abajo, enorme, oscuro, con las luces de la costa dibujando una línea temblorosa. Manu aparcó junto a un muro bajo.

Al bajar, el aire me apartó el pelo de la cara y me erizó la piel.

—Vale —dije—. Admito que el sitio está bien.

—¿Solo bien?

—No quiero alimentar tu ego.

—Mi ego está muy herido.

—Seguro.

Nos sentamos los dos en el banco. Desde allí el Bellamar parecía pequeño. Una maqueta brillante junto al agua.

Me gustó verlo así, pequeño. Durante semanas aquel hotel había sido mi mundo entero. Horarios, turnos, bandejas, Manu apareciendo en pasillos, Héctor guardándome bebidas, Carla robando croissants. Desde arriba todo parecía menos definitivo. Como si pudieras marcharte en cualquier momento. Como si no doliera.

Manu sacó una bolsa de papel del coche y la dejó entre los dos.

—Lo prometido.

Abrí la bolsa. Croquetas frías en un tupper de plástico.

—Eres una persona de recursos.

—Tengo contactos.

Comí una croqueta mirando el mar. Estaba un poco blanda y sabía increíble. Quizá todo sabe mejor cuando alguien lo ha pensado para ti. Pero no dije eso, ni loca.

—¿Siempre vienes aquí? —pregunté.

—A veces.

—¿Cuándo quieres desaparecer?

Manu apoyó los antebrazos en el muro.

—A veces.

Me acordé de esos libros que leía cuando iba al instituto, de esas chicas que esperaban todo el año para vivir de verdad en verano. Me parecía exagerado cuando lo leía. Ahora entendía un poco la trampa. El verano tenía una forma muy cruel de convencerte de que las cosas podían ser distintas solo porque olían a sal.

—Mi padre quiere que me vaya a Barcelona a finales de agosto —dijo Manu.

No lo miré de inmediato. Dejé que la frase respirara.

—¿Definitivamente?

—Sí.

—¿Y tú quieres?

Se rió sin humor.

—Esa pregunta me persigue últimamente.

—A lo mejor porque sigues sin contestarla.

Esta vez sí me miró.

—No lo sé.

—Pues di que no lo sabes.

—Lo acabo de decir.

—No a mí. A ellos.

El viento movió la bolsa de papel. Manu la sujetó antes de que saliera volando. Tenía una forma de cuidar cosas pequeñas que me desconcentraba.

—En mi familia decir “no lo sé” no sirve —dijo—. Si no tienes una respuesta, te dan una.

Miré las luces del hotel. Pensé en mi padre eligiendo siempre otras habitaciones, otras mesas, otras familias. En mi madre

intentando enseñarme a no esperar. En mí haciendo justo lo contrario en un mirador con un chico que probablemente no sabía quedarse ni aunque quisiera.

—Entonces quizá tienes que empezar a dar respuestas malas.

—¿Respuestas malas?

—Sí. Respuestas que no les gusten.

—Lo dices como si fuera fácil.

—No he dicho que lo fuera.

Nos quedamos callados. Manu me rozó el brazo con el suyo al cambiar de postura. No fue nada. Solo piel contra piel. Aun así, me acordé de todas las veces que no me había besado. Qué forma más absurda de coleccionar ausencias.

—¿Qué somos? —pregunté.

Manu cerró los ojos un segundo. Me arrepentí durante medio latido. Luego no. Ya estaba cansada de girar alrededor de la misma pregunta como si fuera una piscina de agua helada.

—No lo sé —dijo.

Me reí bajito, sin humor.

—Estás abusando de esa respuesta.

—Mia.

—No, está bien. Es bastante clara dentro de su confusión.

—No quiero darte una respuesta que luego no pueda sostener.

—Eso suena muy responsable.

—No lo digas así.

—¿Cómo?

—Como si fuera una cobardía.

Lo miré entonces. Tenía la cara seria. Apretaba la mandíbula. Su pelo se movía suavemente con el viento. Podía parecer tantas cosas desde fuera. Seguro. Guapo. Intocable. Un chico con coche caro y vida fácil. Pero desde cerca, desde dentro, las cosas eran muy distintas.

—¿Y no lo es? —pregunté.

Manu apartó la vista hacia el mar.

—Puede.

La respuesta me dejó sin aire porque no intentó defenderse.

—Yo no puedo prometerte septiembre —dijo después.

Las luces de abajo parpadearon. O quizá fueron mis ojos.

—No te he pedido septiembre.

—Pero existe.

—Ya lo sé.

—No creo que lo sepas de verdad.

Eso sí me molestó.

—¿Perdona?

—No quería decirlo así.

—No, dilo. Me encanta cuando los chicos ricos me explican cómo funciona el calendario.

—Mia.

—Sé perfectamente que septiembre existe. Sé que tengo que volver a Madrid, que tú tienes Barcelona, que tu padre te está esperando con una carpeta llena de planes y que yo no encajo en ninguno. No soy idiota.

—Nunca he pensado que lo seas.

—Pero actúas como si tuvieras que decidir por mí.

Manu se pasó una mano por el pelo.

—Actúo como alguien que no quiere verte sufrir.

—Pues vas regular.

Le vi la cara. Me habría gustado retirarlo. No pude.

—Ya —dijo.

Silencio. El mar seguía igual. Eso era lo injusto del mar. A la gente podía estar partiéndosele algo por dentro y él ni se enteraba.

—Héctor no te haría pasar por esto —dijo Manu.

Me giré hacia él despacio.

—No metas a Héctor.

—Es verdad.

—No tienes ni idea.

—Tengo bastante idea.

—No.

—Mia, Héctor es buen tío.

—Lo sé.

—Te cuida.

—También lo sé.

—Te hace reír.

—Manu.

—Y no tiene media vida empujándole en otra dirección.

Lo miré sin hablar. Ahí estaba. No eran celos normales. No era solo verme con otro chico y enfadarse porque sí. Era algo más frustrante, más difícil de discutir. Manu no parecía creer que Héctor pudiera quitarme de su lado. Parecía creer que yo estaría mejor si lo hacía.

Eso me enfadó más que cualquier escena de celos.

—No soy un premio de consolación para el chico que menos problemas tenga —dije.

—No he dicho eso.

—Lo estás diciendo de otra manera.

—Estoy diciendo que él puede darte algo más fácil.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiera fácil?

Manu se quedó quieto. La pregunta salió fuerte, llenando todo el mirador.

Yo tampoco sabía si quería fácil. La verdad era que había días en que sí. Días en los que Héctor me parecía una casa con las luces encendidas y Manu una puerta abierta a un sitio donde podía perderme.

Pero no quería que Manu lo decidiera por mí.

Eso era mío.

Mi miedo.

Mi deseo.

Mi caída, si tocaba caer.

CAPÍTULO 18

Veinticuatro horas antes de acabar discutiendo con Manu frente al mar, estaba visitando a los abuelos de Héctor, riéndome como si mi vida sentimental no fuese un desastre.

—Te estás enamorando un poco de mi abuelo.

—Tu abuelo me ofrece comida cada vez que me ve. Eso genera vínculo emocional. Es literalmente condicionamiento clásico de Pavlov.

Héctor soltó una risa mientras empujaba la verja blanca de la casa. Había buganvillas trepando por media fachada y una radio antigua sonando dentro de la cocina. Olía a tomate, aceite y algo al horno que me hizo recordar inmediatamente que llevaba demasiadas horas sobreviviendo a base de café y patatas de máquina.

—Abuela —gritó Héctor entrando—. He traído a tu nueva nieta favorita.

—¡Pero bueno! —gritó una voz desde dentro.

La mujer apareció secándose las manos en un paño y sonrió al verme.

—Mia, cariño. Entra. No me había dicho nada de que veníais.

—Porque si te avisaba hacías comida para veinte personas.

—¿Y cuál es exactamente el problema de eso?

Héctor la abrazó por detrás mientras ella protestaba sin ninguna intención real de apartarlo. Me gustaba verlos juntos. Todo allí parecía funcionar a otro ritmo. Más lento. Más pequeño. Como si las cosas importantes fueran cenar, abrir las ventanas cuando entraba fresco y discutir sobre tomates como si fueran política internacional.

La abuela de Héctor me señaló una fuente enorme sobre la mesa.

—Come antes de que este niño se lo termine todo.

—Calumnias —dijo Héctor sentándose.

—Te he visto comerte veinte sardinas seguidas.

—Eso fue entrenamiento.

Me reí mientras dejaba el bolso junto a la silla.

La cocina estaba llena de luz naranja de final de tarde. Había plantas en las ventanas y dibujos viejos pegados con imanes en la nevera. Uno de ellos parecía un pez azul hecho por un niño pequeño.

—¿Eso es tuyo? —pregunté señalándolo.

Héctor miró la nevera.

—Tenía una etapa marina muy fuerte.

—Tenías seis años —dijo su abuela.

—El arte no entiende de edades.

Ella puso los ojos en blanco y me sirvió comida sin preguntarme si quería más. Aquello también me gustó. Nadie allí parecía preguntarse constantemente qué debía decir o cómo debía comportarse. Simplemente te hacían hueco.

La conversación pasó de la comida al hotel, del hotel a turistas extraños y de ahí a una discusión bastante seria entre Héctor y su abuelo sobre si las sandalias con calcetines eran “un crimen visual”.

—Lo son —dije.

—Gracias —murmuró el abuelo señalándome con el tenedor—. Esta chica sí tiene sentido común.

Héctor se llevó una mano al pecho.

—Me siento atacado en mi propio hogar.

—Y con razón —dijo su abuela.

Me reí tanto que terminé con lágrimas en los ojos.

Y quizá era eso lo que me desarmaba de Héctor. Que cerca de él nunca sentía que tuviera que pensar demasiado. No analizaba cada mirada. No repasaba conversaciones después. No salía de cada momento preguntándome qué acababa de pasar exactamente entre nosotros. Con Héctor todo ocurría en presente.

Él me pasó la jarra de agua por encima de la mesa.

—Bebe antes de que mi abuelo empiece otra vez con la guerra civil y ya no salgamos de aquí.

—Oye —protestó el hombre—. La historia hay que conocerla.

—La conocemos, abuelo. Nos la cuentas cuatro veces por semana.

—Porque ninguno escucha bien.

La abuela suspiró dramáticamente.

—Llevamos casados cincuenta y tres años. Ya no escucha ni el microondas.

Me apoyé en el respaldo de la silla mirándolos.

Cuando terminamos de cenar, su abuelo desapareció “a buscar una cosa importante” y volvió diez minutos después con un manuscrito enorme lleno de hojas subrayadas.

—No puedes decir que no —murmuró Héctor mientras el hombre se sentaba emocionado a mi lado.

—Traidor.

—Supervivencia.

Acabé pasando casi media hora escuchando una historia sobre pescadores mallorquines, tormentas y un personaje llamado Lorenzo que parecía sufrir muchísimo innecesariamente.

Y sinceramente... me lo pasé bien. Mucho. Porque el abuelo gesticulaba tanto contando las escenas que parecía el protagonista de la misma él solo. Porque Héctor me miraba riéndose cada vez que su abuelo se emocionaba. Porque la abuela seguía trayendo comida aunque nadie pudiera físicamente comer más. Y porque, por primera vez en días, mi cabeza dejó de correr tan rápido.

Después ayudé a recoger la mesa mientras Héctor sacaba las sillas a la terraza pequeña de fuera. El cielo empezaba a oscurecerse. Se oían grillos entre los árboles y alguien tenía música puesta en alguna casa cercana.

—Para mi abuela, eres la nieta que siempre deseó —dijo Héctor cuando salí con él.

—Lo he notado.

El silencio llenó el espacio durante unos segundos.

—Mia.

Me volví a mirarlo. Tenía esa expresión seria que le aparecía muy pocas veces. Como si normalmente escondiera demasiadas cosas detrás de bromas.

—Entre tú y Manu... ¿qué?

Mi corazón dio un golpe incómodo. No respondí enseguida.

—Hay algo, ¿verdad?

Abrí la boca. La cerré otra vez. No sabía qué decir. Porque cualquier respuesta sonaba mal en voz alta.

“Sí, me gusta el hijo del dueño del hotel aunque probablemente vaya a romperme el corazón antes de septiembre. Y no, no nos hemos besado ni ha pasado absolutamente nada entre nosotros”.

Se acercó un paso y me apartó suavemente un mechón de pelo de la cara. El gesto fue lento, cuidadoso. Como si estuviera dándome tiempo para apartarme. No lo hice. Y eso me hizo sentir un poco culpable.

—Solo... asegúrate de que te dé paz más días de los que te dé dudas, ¿vale?

La frase me golpeó directamente en el centro del pecho.

Antes de que pudiera responder, el móvil vibró dentro de mi bolso. Lo saqué. Un mensaje de Manu.

Manu: ¿Mañana a qué hora terminas?

Manu: Quiero enseñarte algo.

Miré la pantalla demasiado tiempo. Héctor también la vio. No dijo nada. Solo bajó la vista un segundo y soltó aire por la nariz, como alguien que acababa de entender algo que ya sospechaba igualmente.

Guardé el móvil despacio. La culpa empezó a extenderse dentro de mí como agua fría. Porque Héctor estaba ahí. Realmente ahí.

Y, de todas formas, mi corazón acababa de acelerarse por un mensaje de otra persona.

CAPÍTULO 19

—No quiero hacerte daño —repitió.

Esta vez no sonó como excusa. El viento se intensificaba en el mirador y un pequeño escalofrío recorrió mi cuerpo.

—No me hables de Héctor como si él fuera la elección correcta y tú la equivocada. No me hagas eso. No me conviertas en alguien a quien tienes que salvar de ti.

Me temblaba la voz y odié que pasara. Odié mucho más que Manu lo notara. Se alejó un paso.

—Yo no sé salvar a nadie.

—Entonces deja de intentarlo.

El viento me movió el pelo sobre la boca. Me lo aparté con rabia.

—Además, tú tampoco eres tan terrible.

—No me conoces tanto.

—Te conozco lo suficiente.

—No.

—Sí.

—Conoces la parte que me sale contigo.

—¿Y esa no cuenta?

No contestó. Eso fue una respuesta.

—Qué cómodo.

—No es cómodo.

—Sí lo es. Puedes decir que conmigo eres distinto, pero luego volver a tu vida de siempre como si nada.

—No es como si nada.

—¿Entonces cómo es?

Manu apoyó las manos en el muro y bajó la cabeza. Por primera vez desde que lo conocía, parecía no tener ningún gesto preparado. Ni media sonrisa. Ni frase ingeniosa. Ni esa calma suya que a veces

me sacaba de quicio. Solo un chico mirando el mar porque mirarme a mí le costaba demasiado.

—Es como estar todo el día haciendo lo correcto —dijo— y que aparezcas tú y de pronto lo correcto me parezca una vida que no he elegido.

La frase me dejó quieta. Manu levantó la cabeza.

—Eso eres tú para mí.

El ruido de la carretera desapareció. O yo dejé de oírlo.

—No sé qué hacer con eso —dije.

—Yo tampoco.

Solo sabía que había croquetas frías, una bolsa de papel, sal en mis labios y un chico delante que me miraba como si yo acabara de abrir una ventana dentro de una habitación cerrada desde hacía años.

Manu alargó la mano. No me tocó. La dejó sobre el muro, cerca de la mía.

—Me pongo celoso de Héctor —dijo.

—Ya me había dado cuenta.

—No solo porque esté contigo.

—¿No?

Negó despacio.

—Porque con él pareces descansar.

Aquello me dolió más que si hubiera dicho que no soportaba verle cerca.

—Y contigo no —murmuré.

—Conmigo estás siempre en guardia.

No dije nada porque era verdad. También era verdad que con él me sentía más despierta que con nadie. Pero eso no suena tan seguro cuando lo dices en voz alta.

—A veces descansar está sobrevalorado —dije.

Manu soltó una risa breve. Pequeña. Casi sin querer.

—Eso es una estupidez.

—Puede. Pero es mía.

Por fin sonrió un poco. No se arregló nada. Seguíamos en el mismo sitio, con las mismas dudas y el mismo septiembre

esperándonos en alguna parte. Pero durante un segundo dejé de tener ganas de pelear.

Manu miró mi mano vendada.

—¿Te duele?

—No mucho.

—Victoria la dejó mejor que yo.

—Sí.

Sonreí mirando al mar. Luego sentí sus dedos. Esta vez sí. Entrelazamos nuestras manos y dejamos que estuvieran ahí, juntas sobre la piedra templada del mirador. Abajo, la costa seguía iluminada.

Pensé en los veranos que una recuerda años después sin saber exactamente por qué. A veces no son los días grandes. No son las fiestas ni las fotos ni las cosas que luego cuentas. A veces es un coche con la ventanilla bajada. Una bolsa de croquetas frías. Una mano que te agarra con fuerza.

—Mia —dijo Manu.

—¿Sí?

Tardó un poco.

—No quiero que Héctor sea mejor para ti.

Miré nuestros dedos.

—Pues deja de intentar convencerme.

No respondió, pero sus dedos se cerraron un poco más alrededor de los míos. No fuerte, no para retenerme. Como si simplemente necesitara comprobar que seguía ahí. El viento seguía moviendo mi pelo hacia la cara y, por alguna razón, ninguno de los dos apartaba la vista.

Había tenido ganas de besar a Manu tantas veces durante las últimas semanas que casi se había convertido en algo abstracto. Una idea constante. Como el calor o el mar o septiembre acercándose aunque intentaras no mirar el calendario.

Pero aquello no se parecía a ninguna de las veces anteriores. No había música, no había tensión divertida, no había coqueteo escondiéndolo todo. Solo nosotros dos en un mirador, con las defensas hechas polvo y demasiadas cosas dichas ya para fingir que aquello era un juego.

Manu dio un paso hacia mí, pequeño. Lo justo para que el calor de su cuerpo desplazara el aire fresco de la noche. Me soltó la mano despacio. Y eso, extrañamente, hizo que el corazón me golpeará todavía más fuerte. Porque ahora podía irme. Y los dos lo sabíamos.

Sus ojos bajaron a mi boca un instante antes de volver arriba.

—Dime que pare —murmuró.

La voz le salió ronca, cansada. Como si llevara mucho tiempo aguantando algo. Sentí un nudo enorme justo debajo de las costillas. Porque todavía podía hacerlo. Todavía podía dar un paso atrás, volver al coche, fingir que aquello no estaba pasando y seguir viviendo dentro de la versión segura de mi verano.

Pero Manu seguía mirándome como si la respuesta le importara de verdad. No como alguien acostumbrado a conseguir lo que quiere. Como alguien que estaba dejando algo importante en mis manos. Y yo llevaba semanas perdiendo contra él de formas muchísimo más peligrosas que un beso.

Negué muy despacio con la cabeza. Eso fue todo. El cambio en su cara fue mínimo. Pero vi algo cediendo, algo dejando de luchar. Manu me tocó la cara con una mano, apartándome el pelo detrás de la oreja. Sus dedos me rozaron el cuello y un escalofrío me recorrió entera. Después apoyó la frente contra la mía. Su respiración chocó con mi boca, lenta, irregular, como si él también estuviera intentando entender cómo habíamos llegado hasta allí.

—Mia —dijo bajito.

Cerré los ojos. Y entonces Manu me besó. Lento al principio, como si todavía existiera una parte de él comprobando que aquello era real. Su boca rozó la mía una vez y sentí literalmente cómo algo se rompía dentro de mí. Porque llevaba mucho tiempo imaginándolo, viendo cómo se acercaba y se detenía. Cómo me miraba antes de apartarse, cómo dejaba siempre un espacio mínimo entre los dos. Ya no había espacio. Le agarré la camisa sin pensar y eso bastó.

Manu soltó el aire contra mi boca como si acabara de perder la poca calma que le quedaba y volvió a besarme de verdad esta vez. Con hambre, con frustración, con todas las conversaciones que no habíamos sabido terminar. Me besó como si hubiera intentado no

hacerlo durante mucho tiempo y yo le devolví el beso exactamente igual.

Solo notaba sus manos. Una en mi cintura acercándome contra él. La otra todavía en mi cuello, sujetándome como si tuviera miedo de que me apartara. Sus labios hicieron que todo el resto perdiera sentido durante unos segundos.

Manu me besó otra vez y otra y otra, más desesperado cada vez que yo volvía a acercarme, como si ninguno de los dos supiera ya dónde terminar. Le pasé las manos por el pelo y sentí cómo soltaba una respiración temblorosa contra mi boca.

—Joder —murmuró apenas separándose.

Nunca había escuchado a alguien sonar tan afectado por mí. Me miró como si acabara de hacer algo irreversible. Y quizá acabábamos de hacerlo. Porque ya no había forma de fingir después de aquello. Ya no éramos tensión. Ni casi. Ni posibilidad. El pecho me subía y bajaba rápido. Manu apoyó la frente otra vez contra la mía, todavía sujetándome la cintura. Ninguno hablaba. No hacía falta.

La noche seguía igual alrededor. El mar seguía abajo. Las luces del hotel seguían encendidas a lo lejos. Pero yo sentía que acabábamos de mover algo enorme. Algo que llevaba semanas creciendo entre nosotros y que ya no cabía dentro de silencios, miradas o manos rozándose por accidente.

Manu abrió los ojos primero. Su pulgar seguía moviéndose despacio sobre mi cintura, casi distraído.

—Esto es una mala idea —dije en voz baja.

Todavía podía notar su boca sobre la mía.

—Sí. —No sonó convencido en absoluto—. Pero creo que me arrepentiría más de no besarte.

CAPÍTULO 20

A la mañana siguiente, Carla me miró por encima de su taza de café con la misma expresión con la que una persona observa una grieta en el techo y decide que, tarde o temprano, va a caérsele la casa encima.

—Estás rarísima.

Yo tenía una tostada delante, el pelo recogido de cualquier manera y la dignidad intentando sobrevivir a tres horas escasas de sueño, así que elegí no darle demasiada importancia.

—Estoy cansada.

Dejé el cuchillo sobre el plato con más cuidado del necesario. Carla siguió mirándome, tranquila, muy despierta para alguien que acababa de levantarse y con esa paciencia peligrosa que utilizaba cuando no necesitaba preguntar porque ya estaba sacando conclusiones sola.

Me habría gustado hacerme la ofendida, pero la verdad era que ni siquiera sabía qué cara estaba poniendo desde que me había despertado. Sabía que me dolía la boca de tanto apretarla para no sonreír. Sabía que había tardado quince minutos en ponerme una camiseta porque cada vez que metía la cabeza por el cuello volvía a pensar en el mirador, en las manos de Manu en mi cintura, en la manera en que me había besado primero con rabia y luego con una especie de cuidado que me había dejado peor que la rabia.

—No me pasa nada —dije, que era la frase oficial de todas las personas a las que les pasaba absolutamente todo.

Carla dio un sorbo a su café.

—Vale.

—No me mires así.

—No te estoy mirando de ninguna manera.

—Me estás mirando con cara de saber cosas.

—Es que sé cosas.

—No sabes nada.

—Sé que anoche llegaste tarde.

Nos quedamos mirándonos por encima de la mesa pequeña de la cocina de la casa del personal. A nuestro alrededor, la mañana avanzaba con su caos habitual: alguien maldecía porque no encontraba calcetines limpios, una chica de recepción calentaba leche en el microondas mientras contestaba un audio, Héctor discutía con Irene sobre si era legal desayunar sobras de pizza y un ventilador en la esquina hacía lo que podía contra el calor pegajoso que se colaba incluso tan temprano.

Todo seguía igual que el día anterior, y precisamente eso era lo raro, porque yo no me sentía igual. Me sentía mal colocada dentro de mi propia piel, muy consciente de mis manos, de mi boca, de mi cintura.

Carla bajó la voz.

—¿Pasó algo con él?

Antes de que pudiera responder, Héctor apareció a nuestro lado con una botella de agua en una mano y una manzana en la otra. Tenía el pelo húmedo, la camiseta del uniforme doblada sobre el hombro y esa energía fácil de quien no necesitaba pelearse con su propio corazón antes de desayunar.

—Mia, hoy estás en terraza, ¿no?

Asentí, agradecida por el cambio de tema. Necesitaba procesar la noche anterior antes de contárselo todo a Carla.

—Hasta las cinco.

—Que Dios te pille confesada. Hay entrada de grupo alemán a las once y anoche dejaron el bar temblando.

—Maravilloso.

El turno confirmó todas mis sospechas: el grupo de alemanes tenía una capacidad espeluznante para pedir toallas, beber los cócteles más tediosos de preparar y arruinar el oasis de calma que intentaba vender el hotel.

Por si no fuese poco, esa noche se terminaba el plazo para entregar la documentación para la beca de la universidad y parecía

que la página web del curso de septiembre había sido diseñada por una persona que odiaba a los seres humanos.

Lo intenté en mi descanso desde el móvil, sentada en un rincón de sombra junto a las máquinas de hielo, con el uniforme pegado a la espalda y un vaso de agua medio derretido entre las rodillas.

Rellené nombre, apellidos, DNI, dirección, estudios previos, adjunté una foto del documento, busqué el justificante que mi madre me había mandado por WhatsApp y, justo cuando pulsé enviar, la pantalla se quedó blanca. Durante unos segundos no hice nada. Ni siquiera respiré. Luego volví atrás y comprobé que el formulario había desaparecido entero.

—No —susurré.

La página, indiferente a mi sufrimiento, me pidió iniciar sesión otra vez.

A las tres y media, después de dos intentos más, estaba limpiando una mesa con tanta energía que probablemente iba a quitarle el barniz cuando Manu apareció junto a la barandilla de la terraza.

No hizo nada especial. No dijo mi nombre. Solo se quedó ahí, con gafas de sol, una camisa clara remangada y esa forma suya de parecer fuera de lugar en cualquier sitio que no hubiese sido construido específicamente para él. Ayer, antes del beso, verlo me habría puesto nerviosa. Hoy me dejó directamente sin instrucciones.

—Vas a romper la mesa —dijo.

Seguí pasando el paño por la superficie.

—Puede que la mesa se lo merezca.

—¿Qué te ha hecho?

—Existir cerca de mí en un mal momento.

Manu se apoyó en la barandilla, tranquilo en apariencia, pero sus ojos no dejaban de moverse por mi cara, por mis manos, por mi boca, y yo odié notar cada mirada con una precisión ridícula.

Nos habíamos mandado un par de mensajes absurdos de madrugada, uno suyo preguntando si estaba ya en la cama y uno mío contestando que sí, aunque técnicamente había llegado sin saber muy bien dónde tenía el cuerpo. Después ninguno había sabido decir mucho más que buenas noches.

—¿Mal momento? —preguntó.

—A nivel administrativo.

—¿Qué te pasa?

—Estoy intentando enviar unos documentos importantes y la página se bloquea cada vez que llego al final. La wifi de la casa del personal lleva dos días funcionando por lástima y mi móvil ha decidido que hacer un trámite importante es un concepto demasiado ambicioso para él.

Manu hizo una mueca divertida, pero también concentrada, como si ya estuviera ordenando soluciones en la cabeza.

—¿Tienes plazo?

—Esta noche.

—¿Sales a las cinco?

Asentí, todavía con el paño en la mano.

—Mi plan es ducharme, llorar un poco y volver a intentarlo hasta perder la voluntad de vivir.

—Tengo que pasar por casa antes de una cena con mi padre. Ven conmigo y lo haces allí.

La frase quedó entre los dos con una sencillez tan peligrosa que casi habría preferido que la hubiera adornado con alguna excusa peor. Manu no sonrió, no intentó venderme la idea, no puso cara de estar llevándome a ningún sitio importante. Solo lo dijo porque podía ayudarme y porque, quizá, aunque ninguno de los dos fuera a admitirlo en plena terraza del hotel, quería que fuese con él.

—¿A tu casa? —pregunté, esforzándome por sonar más escéptica que emocionada.

—Sí.

—¿Con internet de rico?

—Con internet normal.

—Eso es algo que diría alguien que nunca ha visto cargar una página durante ocho minutos para luego perder el formulario entero.

—También tengo ordenador.

—Presumido... No sé si puedo ir así —dije, mirándome el uniforme—. Parezco una persona que ha perdido una pelea contra una bandeja de vasos.

—Pasa por casa primero. Te espero en el aparcamiento.

—¿Y si tardo?

—Te espero igual.

Durante un segundo se me ocurrió hacer un chiste, cualquier cosa que bajara la temperatura extraña de la conversación, pero Manu ya se había apartado de la barandilla y caminaba hacia el interior del hotel.

Una parte de mí quería terminar el turno cuanto antes para subirme al coche con él y otra parte, más cobarde, habría preferido que alguien me obligara a limpiar todas las mesas de la terraza hasta septiembre con tal de no descubrir qué hacíamos ahora con todo aquello.

Intenté distraerme mirando la aplicación del banco. Por primera vez, la cifra empezaba a parecerse de verdad a la cantidad que necesitaba ahorrar. Todavía me faltaba, pero ya no parecía imposible.

A las cinco y media llegué al aparcamiento con el pelo húmedo, el portátil invisible de mis esperanzas en una carpeta bajo el brazo y el estómago comportándose como si fuese a un examen. Manu estaba apoyado en el coche, mirando el móvil.

—Hola, guapa —dijo.

—Hola —respondí intentando con todas mis fuerzas disimular lo mucho que me había gustado oír eso.

Me subí antes de que pudiera mirarme con atención, aunque fue inútil porque Manu rodeó el coche, se sentó al volante y durante unos segundos ninguno de los dos hizo nada.

—¿Vas a poner música? —pregunté para no decir otra cosa.

—¿Quieres música?

—Quiero que esto no parezca una escena en la que dos personas se han besado y ahora no saben comportarse.

Manu giró la cabeza hacia mí. Había una risa escondida en sus ojos, pero también algo más inquieto que me dio ganas de acercarme y de salir corriendo en la misma proporción.

—¿Y lo estamos consiguiendo?

—Fatal.

No sé quién se movió primero. De verdad que no. Solo sé que la distancia se volvió ridícula de golpe y que Manu tenía una mano en el volante y la otra en mi nuca, suave, como si todavía estuviera pidiéndome permiso incluso después de haberme besado en un mirador con medio verano ardiendo alrededor.

Esta vez no hubo discusión antes. No hubo viento, ni frases que dolieran, ni miedo disfrazado de prudencia. Solo su boca encontrando la mía con una naturalidad que me dejó sin defensa, como si lleváramos semanas haciendo eso y no apenas unas horas queriendo repetirlo.

El beso duró poco porque estábamos en el aparcamiento del hotel y porque, aunque el coche tenía cristales tintados, mi suerte no era tan generosa.

—Hola —dijo.

Solté una risa baja, ridícula, nerviosa.

—Hola.

—Ya está. Ahora podemos comportarnos normal.

—Qué alivio.

—¿Verdad?

Nos miramos un segundo más y yo tuve la certeza absoluta de que, si no arrancaba el coche en ese momento, no íbamos a llegar nunca a su casa. Manu debió pensar lo mismo, porque soltó aire, se echó hacia atrás y puso el motor en marcha con una seriedad que no le creí ni un poco.

El camino hasta la casa Sureda bordeaba una parte de la costa que yo todavía no conocía. Manu conducía con una mano relajada en el volante y la otra cerca de la palanca de cambios. Me había dado su móvil para que eligiese la música y puse una de sus playlists. *capaz (merenguetón)* de Alleh y Yorghaki llenó el coche mientras la carretera se abría entre muros bajos de piedra, pinos verdes y curvas donde el mar aparecía de repente.

La casa apareció al final de un camino privado, detrás de una verja discreta que se abrió antes de que Manu tocara nada. Yo había imaginado algo enorme y exagerado, columnas absurdas, fuentes, dorado, alguna estatua de mal gusto vigilando la entrada.

En lugar de eso, encontré una construcción baja de piedra clara y líneas limpias, rodeada de olivos, lavanda y unos ventanales enormes que reflejaban el cielo de la tarde. Manu aparcó junto a una pared cubierta de buganvilla y apagó el motor.

—No pongas esa cara.

—No estoy poniendo ninguna cara.

—Mia.

—Estoy intentando encontrar algo feo.

Él soltó una risa, abrió la puerta y salió antes de que pudiera seguir mirándolo. Yo tardé un segundo más, no porque quisiera impresionarme, sino porque necesitaba acostumbrarme a la idea de que aquel sitio existía de verdad y de que Manu caminaba hacia la entrada como quien vuelve de comprar pan.

El interior era todavía peor, porque no había nada que pudiera odiar con facilidad. El salón era amplio y luminoso, con suelos de piedra, sofás claros, una mesa de madera enorme y estanterías empotradas con libros perfectamente colocados. Había cuadros grandes, pocos, todos en tonos suaves y una escalera sin barandilla visible que subía hacia una segunda planta abierta. En una esquina, junto al ventanal, un piano negro con un jarrón de lirios encima.

—Vale —dije, dejando la carpeta contra mi pecho—. Esto es ofensivo.

Manu dejó las llaves en un cuenco de cerámica.

—¿El qué?

—Que ni siquiera sea hortera.

—Perdón.

—No, en serio. Me habría sentido mejor si hubiera un tigre de porcelana o una lámpara con lágrimas de cristal.

Se rió mientras caminaba hacia una puerta lateral. Yo lo seguí por pura inercia, intentando no tocar nada por miedo a que mi torpeza arruinara la estética del lugar.

—Puedes hacerlo aquí o en el despacho —dijo Manu—. El ordenador está arriba.

—Mi móvil y yo estamos oficialmente peleados. Acepto ordenador de rico.

—No digas ordenador de rico delante de él. Se viene abajo.

—Seguro que tiene terapeuta.

Manu me guió por la escalera hasta un despacho en la planta superior. Era menos frío que el resto de la casa, quizá porque allí sí había señales de vida: papeles sobre la mesa, una chaqueta colgada en el respaldo de una silla, libros abiertos, un casco de moto en una esquina y una foto pequeña apoyada junto a la pantalla. No la cogí, pero me acerqué lo suficiente para verla. Manu tendría unos diez años. Estaba en una piscina, empapado, con el pelo pegado a la frente y una sonrisa enorme. A su lado había una niña más pequeña, seguramente su hermana, subida a sus hombros.

—No mires eso —dijo desde la puerta.

—Ya lo he mirado.

—Qué rápida.

—Eras mono.

—Era insoportable.

—Ah, pues no has cambiado tanto.

Manu me lanzó una mirada por encima del hombro mientras encendía el ordenador. Había algo distinto en verlo allí, en una habitación que no estaba pensada para invitados, rodeado de cosas que no parecían escogidas por una decoradora.

—Voy a buscar unos documentos, ahora vuelvo —dijo—. Tú haz lo tuyo y si me necesitas, llámame.

Se fue dejándome sola en el despacho. Durante un rato logré concentrarme. La página cargó rápido, lo cual casi me emocionó. Rellené otra vez todos los campos con una mezcla de esperanza y rencor.

Nombre: Mia

Apellidos: Martín

Grado universitario: Estudios Ingleses

Beca solicitada: Ayudas propias UCM

Mes de inicio: septiembre

La palabra apareció en la pantalla sin dramatismo, una fecha más dentro de un formulario, pero me quedé mirándola un segundo. Septiembre en Madrid. Septiembre con mi madre preguntando cómo

había ido el verano. Septiembre sin la casa del personal, sin Carla ocupando media cama con ropa limpia, sin Héctor apareciendo con horchata de máquina, sin la terraza del hotel al caer la tarde.

Cuando Manu volvió, traía una carpeta bajo el brazo y una botella de agua que dejó junto a mí sin decir nada.

—¿Va bien?

—Tu internet es obsceno.

—Me alegro.

—No te alegres tanto. Estoy a un clic de terminar y todavía puede traicionarme.

Se apoyó en el marco de la puerta mientras yo adjuntaba el último documento. Era imposible no notarlo ahí. Manu tenía esa presencia pesada, no por ocupar espacio, sino por hacer que mi cuerpo se enterara de dónde estaba incluso cuando yo intentaba mirar la pantalla. Pulsé enviar y me quedé inmóvil, preparada para la decepción. La página tardó dos segundos en cambiar.

Solicitud enviada correctamente.

Me eché hacia atrás en la silla.

—Lo he conseguido.

—Enhorabuena.

—No, no lo entiendes. Acabo de vencer al sistema. Cada año me paso dos horas para hacer lo que acabo de hacer en diez minutos.

—Estoy orgulloso.

—Deberías.

Giré la silla hacia él con una sonrisa que no pude contener. Manu me miró de esa manera suya, con la cabeza un poco inclinada, como si estuviera memorizando algo absurdo. Luego entró en el despacho, dejó la carpeta sobre la mesa y se acercó despacio. No había nadie en casa, pero igualmente bajé la voz.

—¿Qué?

—Nada.

Manu apoyó una mano en el respaldo de la silla y la otra en el escritorio, encerrándome sin tocarme del todo. La broma se deshizo despacio. Yo levanté la cara. Él bajó la mirada a mi boca. Y todo lo

demás, la inscripción, septiembre, la casa, el ordenador, quedó al otro lado de una puerta que nadie había cerrado.

—No deberíamos besarnos en el despacho de tu padre — murmuré.

—No es el despacho de mi padre.

—¿De quién es?

—Mío.

—Ah, claro. Tonta de mí. Obviamente tienes un despacho solo para ti.

Su sonrisa apareció justo antes de besarme y esa vez no fue rápido ni torpe ni robado. Fue lento, casi tranquilo, aunque la tranquilidad duró lo que tardé en agarrarle la camisa para acercarlo más. Manu hizo un sonido bajo, apenas una respiración distinta y me levantó de la silla sin separarse de mi boca.

No sé cómo acabé sentada en el borde de la mesa ni cuándo la carpeta cayó al suelo. Solo sé que sus manos estaban en mi cintura y que yo no podía parar de besarle porque ahora que sabía hacerlo, ahora que tenía permiso para buscarlo, parecía imposible volver a fingir que podía vivir sin esa parte del día.

Y entonces sonó el teléfono. Los dos bajamos la vista hacia la pantalla, donde aparecía una sola palabra.

Papá.

Manu cerró los ojos.

—Ahora no.

La llamada paró, hubo un silencio y Manu dejó el móvil sobre la mesa. Pero volvió a sonar. Nos quedamos los dos en silencio, esperando a qué, no sé exactamente. La llamada terminó de nuevo. Y dos segundos después volvió a empezar.

—¿Tu padre sabe cosas?

—Mi padre siempre sabe cosas.

—Qué miedo.

—No tienes ni idea.

Contestó al tercer intento.

—Sí.

Pausa.

—Ya los tengo.

Otra pausa.

—Sí.

—...

—Voy para allá.

—...

—Papá.

—...

—Voy para allá.

Colgó.

—¿Siempre es así?

—Hoy está especialmente relajado.

—No quiero imaginar cómo es cuando está estresado.

Recogió la carpeta de documentos y guardó el móvil en el bolsillo.

—Tenemos que irnos.

—¿No me harás un tour antes?

Manu levantó la cabeza.

—¿Qué tour?

—El de la mansión Sureda.

—No es una mansión.

—Es una mansión.

—Mia.

—Domingo.

Se quedó mirándose unos segundos, luego soltó aire por la nariz, derrotado.

—Cinco minutos.

Sonreí inmediatamente. Él dejó la carpeta en una mesa de la entrada y yo lo seguí hacia el jardín. La piscina estaba al otro lado de la cristalera, larga, perfecta, con el agua quieta y el mar extendiéndose detrás en una línea limpia. Había tumbonas blancas, una ducha exterior y una mesa baja. Todo era precioso, sí, pero también demasiado correcto, como si el único propósito de esa casa fuese salir en una revista de decoración, no para ser un sitio donde personas puedan vivir y disfrutar en compañía.

—¿Sabes qué le falta a esta casa? —dije—. Un tobogán.

Manu cruzó los brazos.

—Tarde, yo creo. Ahora ya estamos creciditos, ¿no crees?

—¿Y?

—La gente adulta no tiene toboganes en la piscina.

—Corrección: la gente aburrida no tiene toboganes en la piscina.

—Bueno, meditaré tu propuesta.

En el trayecto de vuelta hablamos poco, pero ya no era el mismo silencio de la ida. Yo iba con una sonrisa que no podía quitarme de encima, mirando por la ventanilla mientras el paisaje cambiaba de casas tranquilas a carreteras más transitadas y luego al perfil conocido del hotel.

A medida que nos acercábamos, el mundo volvía a ordenarse: turnos, uniformes, horarios, gente mirando, habitaciones compartidas, cenas familiares, septiembre. Todo lo que en su casa había parecido lejano regresaba con una puntualidad desagradable.

Manu aparcó en una zona más apartada, detrás del edificio de mantenimiento. No apagó el motor enseguida. Yo tampoco abrí la puerta.

—Gracias por lo del ordenador —dije.

—De nada.

Ninguno se movió. Manu soltó una risa apenas audible y bajó la mirada un segundo, derrotado por la misma evidencia que yo: después de cruzar media isla, enviar formularios, discutir sobre toboganes y besarnos en su despacho, seguíamos sin saber despedirnos. Entonces se inclinó hacia mí y esta vez fui yo quien terminó de acortar la distancia.

Manu me sujetó la cara con una mano, sin apretar, y yo dejé mi móvil entre los asientos para poder tocarle el cuello, la línea de la mandíbula, el pelo corto de la nuca. Nadie nos veía. Nadie podía decir nada. Durante unos minutos no existió el hotel al otro lado, ni su cena, ni mi habitación, ni Carla esperando con cara de saber cosas.

Solo la manera en que Manu respiraba contra mi boca cuando se separaba lo justo para volver a besarme.

Al final fui yo quien apoyó la frente en su hombro y se rió bajito, porque si no lo hacía podía decir algo peligroso.

—Esto es muy poco profesional.

—Muchísimo.

—Podrían despedirme.

—No voy a dejar que te despidan por besarme en un coche.

Levanté la cabeza.

—Qué caballeroso.

—Tengo mis momentos.

—Pocos.

—Pero buenos.

Sonreí y Manu me besó una vez más, rápido, como si ya supiera que alargarlo era una mala idea.

Antes de cerrar la puerta, me incliné un poco.

—Piénsate lo del tobogán. Y que sea amarillo, que es aún más divertido.

Manu apoyó el brazo en el volante y me miró desde dentro del coche con una sonrisa cansada, de esas que no parecían fabricadas para nadie más.

—Buenas noches, Mia Mojitos.

—Buenas noches, Manuel Domingo.

CAPÍTULO 21

Subí las escaleras despacio, intentando ordenar la cara antes de entrar en la habitación. No lo conseguí. Carla estaba sentada en mi cama, pintándose las uñas de los pies con una concentración que no engañaba a nadie, y levantó la vista en cuanto abrí.

—Ay, madre.

Carla dejó el pintauñas sobre la mesilla.

—No empieces.

—Acabas de estar con Manu, ¿verdad?

Se me escapó una pequeña sonrisa que me delató. Carla abrió mucho los ojos.

—Madre mía.

—No grites.

—¡Lo sabía!

—Carla.

—¡Os habéis besado!

—Que no grites, que no quiero que se entere toda Mallorca.

—Perdón. No grito. Estoy tranquila. Soy una persona tranquila.

—No lo eres.

—No, no lo soy. ¿Cómo fue?

Durante un segundo pensé en mentirle. Decirle que no había sido nada, que solo nos habíamos besado, que las cosas seguían igual. Pero estaba cansada de guardar todo lo que me importaba en sitios pequeños para que nadie pudiera tocarlo.

—Pues primero ayer, en el mirador —dije al fin—. Después de discutir. O no sé si fue discutir. Con Manu todo empieza pareciendo una discusión y termina pareciendo otra cosa.

Carla no sonrió. Solo me escuchó.

—Y fue... —dejé la frase en el aire porque no sabía cómo decirlo sin sonar ridícula—. Fue de película.

—Tía qué fuerte, es que lo sabía.

—Y hoy me ha llevado a su casa para que pudiese pedir la beca de la uni desde su ordenador.

—Claro, la beca... ¿Algo más que quieras contarme?

—Quizás nos hemos vuelto a besar un par de veces —dije apartando la vista, como si no fuese tan importante lo muy patas arriba que se me había puesto el mundo—. Pero solo nos hemos besado, te lo juro.

Carla no paraba de sonreír.

—¿Y ahora?

La gran pregunta. Ahora era precisamente el problema. Ahora tenía que bajar a trabajar, verle cruzar la terraza, fingir que no sabía cómo sonaba su respiración justo antes de besarme y no hacer el ridículo delante de medio hotel. Ahora sabía que me gustaba de verdad, no de esa manera controlable que una podía convertir en broma, sino de una forma que empezaba a tocar sitios más blandos.

—Ahora no sé —admití.

Carla estiró la mano y me apretó los dedos.

—Por cierto, puedes utilizar mi pintauñas, gracias por preguntar.

—Te he escrito un WhatsApp, pero como no me contestabas he entendido telepáticamente que sí que me lo dejabas. ¡Gracias!

—De nada —respondí sonriendo mientras ella se alejaba hacia su habitación con todos los dedos en alto, como si fuese un patito aprendiendo a andar por primera vez.

Me tiré en mi cama boca arriba, con los sentimientos apretándome el pecho y una sonrisa idiota que ya ni siquiera intenté esconder.

Cerré los ojos y pensé en la pantalla diciendo solicitud enviada correctamente, en la casa de revista, en Manu escuchándome hablar de un tobogán como si fuera una decisión importante, en su boca dentro del coche y en el modo en que se había quedado mirándome antes de arrancar.

Había pasado toda la tarde con él. Y aun así, de una forma bastante injusta, ya quería volver a verle.

CAPÍTULO 22

Manu

Llegué tarde a la cena con mi padre. No lo bastante tarde como para que pudiera acusarme delante de los demás, pero sí lo justo para que me mirara por encima de la copa cuando entré en la terraza del restaurante.

—Manuel —dijo.

—Perdón. Había tráfico.

Mi padre no contestó. No le hizo falta. Señaló la silla vacía junto a él y siguió hablando con un hombre de chaqueta beige sobre licencias, plazos y algo que, en teoría, debería haberme importado.

Yo dejé la carpeta sobre la mesa, saludé a todos, pedí agua y me obligué a escuchar. Lo hice fatal. Porque, mientras mi padre explicaba una previsión de inversión con esa seguridad suya de quien jamás había dudado en voz alta, yo solo podía pensar en Mia y en su seriedad absurda al decir que necesitábamos un tobogán. Me llevé el vaso a la boca para ocultar una sonrisa, pero mi padre me vio de todas formas.

—¿Te parece divertido?

La conversación seguía entre el resto de los comensales mientras mi padre me hablaba bajo.

—No —dije, dejando el vaso—. Estaba pensando en otra cosa.

—Eso ya lo he notado.

Mi padre volvió a la conversación como si nada, y yo asentí en los momentos adecuados, hice dos preguntas correctas, fingí interés por una reforma que llevaba meses encima de la mesa y firmé un documento que probablemente ya habría revisado tres veces antes de llegar allí. Hice todo lo que se esperaba de mí con una eficacia casi automática.

Ese era el problema. Que podía hacerlo sin estar allí. Podía sentarme junto a mi padre, usar la voz que él había ido enseñándome sin decirlo, recordar nombres, fechas, cifras, sonreír poco y no equivocarme nunca en público, y aun así tener la cabeza en otro sitio. En un coche aparcado. En los dedos de Mia rozándome la nuca. En su forma de cerrar la puerta y volver la vista atrás justo cuando yo ya estaba intentando convencerme de arrancar.

Mi padre dejó la servilleta sobre la mesa al terminar el postre.

—Mañana quiero que vengas conmigo a Palma.

No era una propuesta, era una orden.

—¿A qué hora?

—A las tres.

Asentí.

—De acuerdo.

Me miró un momento más de lo necesario. Mi padre no era un hombre torpe. Nunca lo había sido. Podía oler una distracción a kilómetros, sobre todo si la distracción amenazaba con apartarme de algo que él ya había decidido por mí hacía años.

—Necesito que estés centrado, Manuel.

Rara vez necesitaba levantar la voz para que todo el mundo recordara dónde estaba el límite.

—Lo estoy.

—No lo pareces.

Podría haber dicho muchas cosas. Que había entregado los documentos, que había ido a la cena, que conocía los números, que no había fallado en nada importante. En cambio, pensé en Mia riéndose dentro de mi coche, con la mano fuera acariciando el aire entre los dedos y los labios un poco hinchados por mi culpa.

—Lo estaré —dije.

Mi padre aceptó esa versión porque era la única que le servía.

Cuando volví a casa, mi madre estaba en el salón leyendo. Se giró hacia mí al escucharme entrar.

—No sé a quién has conocido últimamente —dijo sonriendo—, pero contigo pasa algo.

Le di un beso de buenas noches en la frente y me fui sonriendo, sin decir nada. Subí hacia mi habitación y paré en la puerta de mi despacho, donde la silla estaba un poco girada, el ordenador todavía encendido y la botella de agua que ella no había terminado sobre la mesa.

Era una estupidez. Una botella, una silla. Nada. Sin embargo, la habitación parecía menos mía que unas horas antes. Apagué la pantalla, recogí la botella y miré la foto que Mia había visto. Claudia subida a mis hombros, yo con diez años y una sonrisa que no recordaba haber llevado puesta con tanta facilidad. Casi pude oír su voz.

Eras mono.

“Insoportable”, había dicho yo.

Una cosa no excluye la otra.

Me reí solo en mitad del despacho y entonces entendí que estaba mucho peor de lo que quería admitir.

Porque no era solo que me gustara besarla. Eso habría sido manejable de alguna manera primitiva, incómoda, fácil de guardar en un cajón con el resto de errores que uno comete en verano y luego finge no recordar.

Lo que no sabía manejar era que Mia se hubiera colado en los sitios donde yo llevaba años funcionando sin mirar demasiado. En mi coche. En mi casa. En mi piscina aburrida. En la cena con mi padre. En una foto vieja donde no tenía nada que ver con ella.

A la mañana siguiente, entré en el hotel y Nico ya me esperaba en la recepción. Por su sueño de convertirse en DJ, me había convencido para que hablásemos con el gerente de eventos del hotel para organizar una fiesta en la que pudiese estrenarse a lo grande.

—Tienes una cara horrible —dijo.

—Buenos días a ti también.

Nico se apoyó en el mostrador y siguió mi mirada con una falta absoluta de respeto. Mia estaba al otro lado de la cristalera, recogiendo vasos de una mesa con el uniforme del hotel. Héctor pasó junto a ella, le dijo algo, y Mia se rió. No una risa enorme, solo una de esas risas pequeñas que se le escapaban cuando alguien la pillaba con la guardia baja.

Me obligué a mirar la pantalla de recepción. Nico sonrió.

—Ah.

—No.

—Yo no he dicho nada.

—Me estoy arrepintiendo de haberte conseguido la reunión.

—Tranquilo que verás el éxito y se te pasará. Además, será mi culpa ahora que te hayas enamorado.

Lo empujé hacia la sala de reuniones del hotel, donde ya nos esperaba el equipo de eventos. Intenté centrarme: un evento de grandes dimensiones, el equipo técnico, la decoración extravagante...

El problema era que la palabra se había quedado rondando. Enamorado. Así, tan vulgar. Tan grande. Tan de gente que escribía mensajes largos y hacía planes sin calcular primero el coste de perderlos. No podía ser eso. No todavía. No con Mia.

A las tres fui a Palma con mi padre. La reunión duró dos horas y media y tuvo el tipo de conversación que siempre parecía diseñada para que nadie dijera lo que realmente quería decir.

Socios que se felicitaban, cifras que subían y bajaban sobre una pantalla, café que nadie terminaba, mi padre usando mi nombre cada vez que quería recordarme que yo también formaba parte de aquello.

Yo participé. Claro que participé. Hice comentarios sensatos, corregí una proyección, propuse retrasar una firma hasta revisar una cláusula y vi la aprobación breve en los ojos de mi padre. Ese gesto habría bastado durante años.

Antes, cuando era más pequeño, una mirada así podía ordenarme el día entero. Había vivido mucho tiempo esperando que mi padre me mirara como si yo hubiera entendido por fin el idioma de la familia. Y quizá lo había entendido. El problema era que ahora ya no me bastaba.

Al salir, mi padre y yo caminamos hacia el coche sin prisa. Palma estaba caliente todavía, con las terrazas llenas y las calles brillando bajo las luces de los escaparates.

—Has estado bien —dijo.

—Gracias.

—Cuando quieres, puedes ser muy útil.

—Siempre tan amable.

—No hago esto para fastidiarte, Manuel.

—Ya lo sé.

—Algún día todo esto será responsabilidad tuya. Y cuando llegue ese día, nadie va a preguntarte si estás cansado, enamorado o confundido. Van a esperar que sepas qué hacer.

No lo dijo con mala intención. Para mi padre, prepararme para asumir la empresa era una forma de quererme. Aun así, sus palabras cayeron donde siempre, en el mismo lugar antiguo.

—Mañana comeremos con los Ortega —añadió.

Me detuve junto al coche.

—¿Para qué?

—Para comer.

—Papá.

Mi padre me miró con paciencia.

—No pongas esa cara. Los Ortega son importantes para nosotros.

—Victoria no es un acuerdo comercial.

—No he dicho que lo sea.

No hacía falta. Con mi padre, muchas cosas existían mejor cuando nadie las decía.

—Tengo planes mañana —mentí.

—Cámbialos.

Sentí el impulso absurdo de decirle que no. No por la comida. Ni siquiera por Victoria, que no tenía culpa de nada. Por Mia. Por la posibilidad de que ella me preguntara luego qué había hecho y yo tuviera que contarle media verdad. Por imaginar su cara entendiendo, otra vez, que mi vida siempre traía una mesa puesta para alguien que encajaba mejor.

—Lo intentaré —dije, porque aún no era lo bastante valiente para decir otra cosa.

Mi padre aceptó esa respuesta como aceptaba casi todas las concesiones pequeñas: sin agradecerlas.

Volví al hotel más tarde de lo previsto. No necesitaba pasar por allí, pero conduje hasta el aparcamiento igual. Me dije que tenía que revisar una cosa con recepción. Luego que había olvidado una

chaqueta. Luego dejé de inventar excusas porque ni siquiera me estaba escuchando.

Encontré a Mia en la zona de servicio, sentada en un escalón junto a Carla, compartiendo una bolsa de patatas. Tenía el pelo suelto, la cabeza apoyada contra la pared y los pies estirados delante. Carla decía algo y Mia se reía, con una patata entre los dedos y los ojos medio cerrados.

No me vio. Me quedé parado al otro lado del pasillo más tiempo del que habría sido razonable. Y ahí, sin ninguna escena preparada, sin música, sin beso, sin que ella hiciera nada especial, me pasó.

No fue una revelación limpia. No hubo una frase exacta dentro de mi cabeza ni un golpe de luz. Fue más molesto que eso. Más evidente. La vi reírse con Carla, despeinada y agotada, con el uniforme arrugado y una mancha en la rodilla, y pensé que quería verla mañana. También pasado. También cuando no hubiera turnos ni habitaciones de hotel ni excusas para llevarla a mi casa a usar un ordenador.

Quería verla en sitios donde aún no estaba. En una mañana cualquiera. En mi coche, dormida de copiloto. En mi casa, criticando la piscina.

El final del verano no era una idea nueva. Había estado ahí desde el primer día, escrito en cada contrato temporal, en cada conversación sobre dinero, en cada vez que Mia hablaba de Madrid como si fuera una estación a la que tarde o temprano tendría que volver. Pero hasta entonces septiembre había sido una fecha. De pronto era un lugar sin ella.

Carla me vio primero. Levantó las cejas y Mia me miró también.

—Hola —dijo.

No me acerqué demasiado. No podía. No con Carla allí mirándonos como si estuviera viendo una serie especialmente buena.

—Hola.

—¿Vienes de la cena misteriosa?

—Reunión.

—Qué divertido.

—Muchísimo.

Carla se puso de pie con una lentitud nada inocente.

—Voy a... hacer algo lejos.

—Carla —dijo Mia.

—¿Qué? Tengo una vida muy ocupada.

Se fue con la bolsa de patatas en la mano, aunque ambos sabíamos que su única ocupación era dejarnos solos y luego exigir detalles a Mia durante media noche. Me senté en el escalón de arriba.

—¿Ha sido muy horrible? —preguntó.

—Lo normal.

Mia me miró de lado.

—¿Quieres hablar de ello?

La pregunta era sencilla. Nadie me preguntaba eso con tanta facilidad. Normalmente la gente esperaba que yo informara, decidiera, resolviera. Hablar era otra cosa. Hablar implicaba poner las cosas en un sitio donde alguien podía verlas.

—Mañana tengo una comida con Victoria y su familia —dije.

No sé por qué lo dije. Quizá porque una parte de mí estaba empezando a entender que ocultarle cosas a Mia se parecía a perderla antes de tiempo.

Ella bajó la vista a sus manos.

—Ah.

Ese ah fue peor que cualquier pregunta.

—Es cosa de mi padre.

—Ya.

—Victoria no...

—No tienes que explicármelo.

Pero sí tenía. Lo noté en el modo en que no me miraba.

—No es eso, Mia.

No sonó enfadada. Eso lo habría hecho más fácil. Sonó tranquila, y la tranquilidad de Mia dolía más porque parecía una puerta cerrándose con cuidado. Durante unos segundos ninguno dijo nada. Luego ella apoyó la cabeza contra la pared y sonrió sin mucha alegría.

—Victoria es maja.

—Sí.

—Y guapa.

—Mia.

—No, si lo digo objetivamente. Es muy elegante. Seguro que nunca se le bloquea una página web.

Me reí, aunque no era exactamente gracioso.

—Probablemente tiene a alguien que se la bloquea por ella.

—Qué vida.

La miré. Tenía una patata rota entre los dedos y los labios un poco salados. Quise besarla allí mismo.

No lo hice porque podía aparecer cualquiera, porque estábamos en un pasillo de servicio y porque, si empezaba, no sabía si iba a poder parar con la misma facilidad que antes.

—Mañana después de la comida te escribo —dije.

—No tienes que darme explicaciones.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué?

Porque me importas, pensé. Porque no quiero que imagines cosas que no son. Porque si mi padre pone a Victoria en una mesa delante de mí, quiero que tú sepas que yo estoy pensando en ti. No dije nada de eso. Aún no.

—Porque quiero —respondí.

Mia giró la cabeza hacia mí. Esta vez sí me miró de verdad, y algo en su expresión se ablandó un poco.

—Vale.

Me gustaba. Eso ya lo sabía. La quería cerca. Eso también. Pero lo que me dio miedo no fue querer besarla ni echarla de menos cuando acababa de verla. Lo que me dio miedo fue entender que, si Mia se marchaba en septiembre, mi vida no iba a volver simplemente a estar como antes. Porque antes ya no existía.

Y yo, que llevaba años cumpliendo con todo, haciendo lo correcto, entrando en las salas adecuadas y diciendo las frases que tocaban, me descubrí pensando una cosa imposible, sencilla y completamente imprudente.

Que si alguien me preguntara en ese momento qué quería de verdad, por primera vez no tendría que mirar a mi padre antes de contestar.

CAPÍTULO 23

Hay momentos que parecen completamente normales hasta que pasan semanas, meses o años y descubres que sigues recordándolos con una precisión absurda. Y hay momentos que sabes que serán importantes mientras ocurren y desearías grabar todo lo que pasa en tu cerebro para no olvidarlo nunca. El día empezó como el primero y terminó como el segundo.

Atender preguntas estúpidas y peticiones imposibles se me hacía un poco más llevadero sabiendo que libraba el día siguiente. Mi primer domingo libre. Hasta entonces había librado los martes y algún miércoles, pero me había ganado la confianza de la coordinadora y supongo que ese era el premio.

Manu me había abordado por detrás mientras colocaba las latas de Coca-Cola en la nevera invitándome a un plan secreto por la noche y claramente no me había podido resistir. Desde la tarde en su casa las cosas habían cambiado de una forma extraña. A veces era un beso rápido en un pasillo vacío. Otras, una excusa absurda para coincidir cinco minutos detrás del restaurante. Habíamos desarrollado una habilidad preocupante para encontrarnos en cualquier rincón del hotel y una habilidad todavía más preocupante para acabar besándonos cuando lo hacíamos. Una mano rozando la mía cuando nadie miraba. Su cuerpo apareciendo a mi lado en momentos completamente aleatorios del día. Una sonrisa al otro lado de la piscina que solo parecía tener sentido para nosotros. Era como si, después de aquel primer beso, nos hubiéramos vuelto incapaces de mantener las distancias. Como si cada vez que pasábamos demasiado tiempo sin vernos, acabáramos encontrando una excusa cualquiera para acercarnos otra vez.

A las nueve, lo único que sabía era que Manu me esperaba en el aparcamiento y que yo llevaba veinte minutos fingiendo que no tenía

prisa. Me cambié en la habitación intentando no parecer una persona que se arreglaba para alguien, lo cual fue bastante difícil porque Carla estaba tumbada boca abajo en mi cama, comiendo cereales de una taza y observándome a través del espejo.

—No digas nada —le advertí.

—No he dicho nada.

—Lo estás pensando muy fuerte.

—Estoy pensando que te has puesto rímel y lencería a juego para ir a “dar una vuelta”.

—Lo hago para sentirme bien conmigo misma.

—Claro. Y yo me depilo las piernas por amor al arte.

Le lancé una camiseta, pero la esquivó riéndose. Al final me dejé el pelo suelto, me puse unos shorts tejanos y una blusa de tirantes amarilla y cogí una bolsa de patatas del armario común.

Cuando salí, Carla no dijo nada más. Solo levantó el pulgar desde la cama, y por alguna razón aquel gesto me dio más vergüenza que todos sus comentarios anteriores.

Manu estaba apoyado en el coche. Levantó la cabeza al oírme llegar, y hubo algo en su mirada que hizo que el aparcamiento entero pareciera quedarse un poco más lejos. No sonrió enseguida. Primero me miró, de arriba abajo, sin descaro pero sin esconderse, y luego sí, entonces sonrió.

—Traes provisiones.

Levanté la bolsa de patatas.

—No pienso compartir si no me dices adónde vamos.

—Entonces no compartas.

—Qué misterioso.

—Es una cala.

—Eso no es misterioso. En Mallorca todo acaba siendo una cala.

—Esta es distinta. —Abrió la puerta del copiloto—. Sube, anda.

La cala estaba más lejos de lo que esperaba. Dejamos el coche en un camino de tierra y bajamos andando por un sendero estrecho entre pinos, con la luz del atardecer colándose entre las ramas y el mar apareciendo abajo, oscuro y brillante. Manu llevaba una mochila en un hombro y una manta bajo el brazo. Yo llevaba las patatas como si fueran mi contribución fundamental a la expedición.

—¿De verdad tienes una manta en el coche? —pregunté.

—No es tan raro.

—Es bastante raro.

—Vivo cerca de playas.

—Yo vivo cerca de un Mercadona y no llevo un carro plegable en el bolso.

Manu se rió, y yo me quedé un segundo detrás de él, mirándole bajar por las rocas con facilidad.

Cuando llegamos abajo, la cala estaba casi vacía. Quedaban dos chicas recogiendo toallas al otro lado y una pareja sentada sobre una roca, pero el sitio tenía esa calma rara de los lugares que no parecen hechos para durar. La arena era gruesa, mezclada con piedrecitas. El agua entraba despacio, transparente en la orilla y oscura más allá. Manu extendió la manta en una zona plana y dejó la mochila encima.

—Vale —dije, mirando alrededor—. Admito que esta es distinta.

—Qué generosa.

—No te acostumbres.

Cenamos cualquier cosa. Patatas, aceitunas que él había metido en un táper, pan con queso, dos refrescos poco fríos y unas galletas que, según Manu, no eran robadas, sino redistribuidas de una despensa familiar demasiado grande.

Hablamos de tonterías al principio, que era nuestra forma más segura de acercarnos. Discutimos sobre si las aceitunas con anchoa eran una maravilla o un crimen, sobre si Nico tenía posibilidades reales con Carla o si Carla estaba utilizando a Nico como entretenimiento de verano, sobre si el tobogán de su piscina debía ser amarillo o si, según él, no debía existir en absoluto.

—La diversión no debería tener fecha de caducidad —dije, cogiendo otra patata.

—Eso suena a frase de taza motivacional.

—Y tú sueñas a señor de cincuenta años que se queja de los jóvenes.

—Tengo veintidós.

—Y una piscina sin tobogán.

—No voy a ganar esta discusión, ¿verdad?

—No.

Me gustaba cuando se rendía así, no porque yo ganara, sino porque parecía más ligero. Menos pendiente de todo.

Cuando terminó de oscurecer nos bañamos. Nadie me había avisado de que era necesario llevar bikini, así que, para no dejarme sola, Manu también se bañó en ropa interior pese a llevar un bañador en la bolsa.

No fue una escena perfecta. Yo grité al meterme porque el agua parecía mucho más fría de lo que prometía desde fuera, Manu se rió de mí, yo le salpiqué, él fingió una ofensa enorme y luego terminó tirándose al agua de golpe, levantando una ola que me empapó la cara. Le llamé imbécil. Me dijo que yo había empezado. Volví a salpicarle. En algún punto dejé de notar el frío.

El mar de noche daba un poco de miedo y mucha paz a la vez. No se veía el fondo. Solo nuestros cuerpos moviéndose cerca, la luna reflejada en la superficie y la línea oscura de las rocas alrededor.

Manu nadó hasta quedar frente a mí, el pelo mojado hacia atrás, gotas resbalándole por el cuello. Yo intenté no mirarle demasiado.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada.

—Siempre dices nada cuando es algo.

—Estaba pensando que tienes pinta de haber nacido en el agua.

—Qué bonito.

—No era un cumplido. Lo digo porque pareces un monstruo marino.

—Contigo nunca lo son.

—A veces sí.

—¿Cuándo?

No respondí. Él se acercó un poco más. Yo podría haberme alejado, pero no lo hice. Nos besamos en el agua, despacio al principio, con el mar moviéndonos apenas, y luego un poco menos despacio, hasta que tuve que apoyar una mano en su hombro para mantenerme a flote y Manu sonrió contra mi boca.

—Nos vamos a ahogar —murmuré.

—Probablemente.

—Sería una muerte muy idiota.

—Bastante bonita.

—No confundas bonita con ridícula.

Volvimos a la manta tiritando y riéndonos. Manu me pasó la sudadera antes de que yo se la pidiera y se sentó a mi lado mientras pequeñas gotas se deslizaban sobre su torso y abdomen.

La noche se había quedado sin gente. Las dos chicas se habían ido, la pareja de la roca también, y de pronto la cala pareció existir solo para nosotros, que era una idea preciosa y peligrosa.

No sé en qué momento dejamos de bromear tanto. Supongo que las conversaciones hacen eso cuando nadie tiene prisa: se van moviendo solas de un sitio a otro hasta llegar a lugares que no habías planeado. Manu me preguntó cuál había sido mi mejor verano de pequeña y yo le hablé de uno en el que mi madre y yo fuimos cuatro días a Peñíscola porque ella había encontrado una oferta absurda en un hotel con buffet. Le conté que desayunábamos como si alguien fuera a quitarnos la comida, que nos quemamos el primer día, que una noche vimos fuegos artificiales desde la playa y mi madre lloró un poco fingiendo que le había entrado arena en el ojo.

—¿Por qué lloró? —preguntó Manu.

—Porque estaba cansada, supongo. Porque hacía mucho tiempo que no hacíamos vacaciones. Porque a veces las cosas bonitas también te pillan sin defensas.

Manu no dijo nada, pero giró el rostro hacia mí. Tenía los brazos apoyados sobre las rodillas y la mirada más suave de lo habitual.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Mejor verano?

Tardó en contestar.

—Uno que pasé con mis abuelos y Claudia. Mis padres tuvieron que viajar no sé dónde. Mi abuelo nos llevaba cada mañana a comprar ensaimadas y luego a bañarnos. Claudia se empeñaba en que yo era su caballo marino.

—Pobre Claudia, con tan pocas opciones de transporte.

—Era muy exigente.

Sonreí imaginándome a una versión adolescente de Manu cargando con su hermana pequeña en el agua. No sabía por qué me

gustaba tanto imaginarlo de niño. Quizá porque todos los adultos complicados resultaban más fáciles de querer cuando pensabas que antes habían sido niños esperando algo.

La conversación siguió así durante horas. Hablamos de comidas favoritas, de canciones que nos daban vergüenza, de lo que nos asustaba de pequeños. Yo confesé que durante una temporada dormía con la luz del pasillo encendida porque estaba convencida de que si la casa se quedaba completamente a oscuras mi padre nunca sabría encontrarme. Lo dije riéndome un poco, porque era una frase demasiado triste si se decía seria.

Manu no se rió.

—¿Cuántos años tenías?

—No sé. Siete. Ocho. Bastantes para saber que era una tontería y pocos para dejar de hacerlo.

—No era una tontería.

Me miré las manos, llenas de arena.

—Lo parece ahora.

—No.

Lo dijo sin adornos. Sin intentar arreglarlo. Sin convertirme en alguien frágil. Solo no. Y, por alguna razón, eso bastó para que el pecho se me aflojara un poco.

—¿Tú tenías miedo de algo? —pregunté.

Manu soltó una risa breve.

—De muchas cosas.

—Dime una.

—De que Claudia se hiciera daño cuando estaba conmigo. Mi madre me repetía todo el tiempo que la vigilara, que tuviera cuidado, que era mi responsabilidad. Una vez se cayó en el jardín y se abrió la barbilla. No fue nada, dos puntos, pero me pasé meses soñando que se me perdía en sitios enormes.

—Eso es mucha carga para un niño.

—Bueno.

Lo dijo sin dramatismo, igual que otras personas dirían hace calor. Pero yo le vi la mandíbula tensa, la forma en que se quedó mirando la línea negra del mar. Le toqué la mano con dos dedos. No fue un gesto enorme. Ni siquiera estoy segura de haberlo decidido.

Solo lo hice. Manu miró nuestros dedos, luego a mí, y entrelazó su mano con la mía sin decir nada.

Así estuvimos un rato. Con las manos unidas sobre la manta, los hombros rozándose y el mar llenando los huecos que ninguno de los dos sabía ocupar.

—¿Qué hora es? —pregunté cuando la noche ya parecía haberse quedado quieta.

Manu sacó el móvil del bolsillo de la mochila.

—Las dos y veintisiete.

Me incorporé.

—¿Las dos y veintisiete?

—Sí.

—Deberíamos volver.

—Sí.

Ninguno se movió.

La subida hasta el coche estaba allí, oscura y empinada, esperando nuestra madurez. El hotel también. La casa del personal. Carla despierta o fingiendo dormir. Su casa perfecta. Su padre. Mi alarma de las siete. Todo existía en algún lugar, pero no allí abajo. Allí solo había una manta vieja, una bolsa de patatas medio vacía, la sudadera que me cubría las piernas y Manu mirándome como si tampoco tuviera ninguna prisa.

—Cinco minutos más —dije.

—Cinco.

Fue una mentira evidente desde el principio.

Seguimos hablando. Más bajo, como si la noche nos hubiera pedido que no la molestáramos. Me contó que a veces conducía sin rumbo cuando necesitaba salir de su propia casa y que el mar siempre le transmitía un sentimiento de calma y libertad. Yo le conté que ponía vídeos de gente ordenando cocinas para dormir, porque escuchar a desconocidos hablar de botes herméticos me parecía tranquilizador.

El sueño llegó despacio. Primero como una pesadez en los párpados. Luego como una comodidad rara en el cuerpo. Me apoyé en su hombro porque estaba cerca, porque tenía frío, porque sí.

Manu no dijo nada. Solo cambió un poco de postura para que pudiera estar mejor.

—Gracias —murmuré.

Noté su risa más que oírla. Me vibró cerca de la mejilla, cálida y baja. Cerré los ojos un momento, solo para descansar.

Su brazo terminó alrededor de mí en algún punto que no recuerdo, y yo, que debería haber pensado en volver, en levantarme, en todas las razones por las que quedarse dormida con Manu Sureda en una playa era una idea absurda, pensé solamente que estaba bien.

Y luego dejé de pensar.

Cuando desperté, el mundo era naranja.

No entendí nada durante unos segundos. Tenía arena en una pierna, la boca seca y una piedra clavándoseme en alguna parte de la cadera. Oía el mar muy cerca y notaba algo firme y caliente bajo mi mejilla. Abrí los ojos despacio, con esa confusión espesa de quien ha dormido más de la cuenta en un sitio que no toca.

Estaba encima de Manu.

Mi cabeza descansaba sobre su pecho, una pierna abrazaba la suya y su brazo seguía alrededor de mi cintura. Él dormía todavía. Tenía el pelo revuelto, la camiseta arrugada y una pequeña línea entre las cejas que casi desaparecía con cada respiración.

Me quedé inmóvil. Primero por no despertarlo. Luego porque no quería moverme.

La playa estaba vacía. El sol aún no había salido del todo, pero el horizonte empezaba a encenderse y la luz le tocaba la cara a Manu de una manera casi injusta. Pensé que nunca lo había visto tan guapo.

Sin el apellido, sin la camisa perfecta, sin esa tensión que parecía acompañarlo incluso cuando reía. Solo un chico dormido sobre una manta vieja, con arena en el pelo y una mano abierta sobre mi espalda.

Había dormido toda la noche. No cuatro horas malas. No esos sueños rotos en los que una se despierta y mira el móvil con la sensación de haber estado peleando contra algo. Toda la noche. En

una playa incómoda, sin almohada, con frío a ratos y una piedra clavada en la cadera. Y de todas formas no recordaba la última vez que me había despertado tan descansada.

Manu abrió los ojos despacio, parpadeando contra la luz. Tardó un segundo en entender dónde estaba y otro en darse cuenta de que yo seguía apoyada sobre él. En lugar de apartarse, bajó la mirada hacia mí y sonrió con una somnolencia tan íntima que sentí que la mañana acababa de cambiar de sitio.

—Hola —dijo, con la voz ronca.

—Hola.

Miró alrededor. El mar, la manta, la mochila, mis piernas enredadas con las suyas.

—Creo que nos hemos quedado dormidos.

—Buena deducción, Sherlock.

—Gracias.

Sonreí sin moverme. Manu tampoco lo hizo. Durante unos segundos seguimos igual, como si ninguno quisiera reconocer que despertar implicaba volver. Su mano se movió apenas en mi espalda, un gesto pequeño, más sueño que intención, y yo apoyé la barbilla sobre su pecho para mirarlo mejor.

—Carla va a matarme —dije.

—Probablemente.

—Y luego va a pedir detalles.

—También. —Manu apartó un mechón de pelo que se me había quedado pegado a la mejilla—. Tienes arena por todas partes.

—Tú también.

—Seguro que me queda mejor.

—Qué insoportable eres por la mañana.

Sonrió. Me incliné sin pensarlo y le di un beso breve, suave, casi de buenos días. Manu cerró los ojos un segundo antes de responder, y me devolvió el beso con la misma suavidad.

Cuando nos separamos, los dos miramos hacia el mar.

No dije que no quería irme. Él tampoco.

Pero nos quedamos un rato más. Lo suficiente para que el sol subiera un poco, para que el frío de la madrugada desapareciera de

la manta, para que yo memorizara los primeros rayos de sol en su cara.

Más tarde tendríamos que levantarnos. Sacudir la arena. Subir hasta el coche. Inventar alguna excusa ante Carla. Volver a las vidas que nos esperaban fuera de aquella cala.

Pero todavía no.

Durante unos minutos más, el mundo fue solo eso: Manu, el mar, mi cuerpo descansado contra el suyo y la sensación imposible de haber encontrado un lugar al que no sabía que necesitaba volver.

CAPÍTULO 24

Los días felices tienen una costumbre horrible: pasan rapidísimo mientras los estás viviendo.

Al llegar a casa quería entrar directamente en la ducha, no sin antes tener a Carla mirándome durante diez segundos seguidos mientras yo intentaba quitarme arena del pelo delante del espejo del baño.

—No pienso preguntar.

—Gracias.

—Porque ya sé la respuesta.

—Vale.

—Dormiste con él.

—Exacto, dormimos.

Carla apoyó una mano en el marco de la puerta.

—Ay, madre.

—No pongas esa cara.

—¿Me lo tengo que creer?

—¡Lo digo en serio!

—¿Estáis esperando al matrimonio o qué?

Me reí. Ella negó con la cabeza.

—No, de verdad. Intento entender vuestra estrategia.

—No hay ninguna estrategia.

—Claro que la hay.

Me empezó a cepillar el pelo para ayudarme a desenredar lo que una noche durmiendo en el suelo había causado.

—Os habéis escapado a una cala. No paráis de besaros. Os habéis vuelto a escapar a una cala. Habéis dormido juntos en una playa.

—Dormimos.

—Exacto. Dormisteis.

—¿Y?

—Que a este ritmo vais a necesitar un permiso municipal para dar el siguiente paso.

Solté una carcajada.

—Eres idiota.

—No, de verdad. Me parece admirable.

—¿El qué?

—La paciencia.

Me encogí de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? Cada vez que estamos juntos acabamos teniendo conversaciones profundas. Siento que, en lugar de vivir un lío de verano, nos estamos conociendo de verdad.

—Qué horror.

—A mí me gusta.

—Lo sé. Ese es el problema.

Sonrió satisfecha. Antes de que pudiera responder, el móvil vibró sobre la encimera.

Verano o muerte

Nico: tengo plan

Carla: No

Nico: ni siquiera lo has leído

Carla: Me ahorro tiempo :)

Nico: barco

Carla: No

Nico: sol, comida gratis

Carla: Sigues sin venderlo

Nico: tambien va Manu

Carla: Eso empeora bastante la propuesta

Nico: a la una en el puerto ;)

Levanté la vista.

—¿Vamos?

—Obvio.

• • •

El barco era lo bastante grande para pasar el día cómodamente y lo bastante pequeño para que todo el mundo acabara en la misma conversación.

La mañana transcurrió entre música, comida y discusiones completamente innecesarias. Especialmente las de Nico y Carla.

—¿Sabes cuál es tu problema? —preguntó Carla.

—Que soy demasiado atractivo.

—No.

—Qué pena.

—Que llevas todo el día hablando como si fueras el dueño del Mediterráneo.

—Solo de esta parte.

—Escucharte es agotador.

—Aun así, aquí estás.

Manu y yo nos reímos y durante unos segundos observé algo que llevaba semanas viendo. Nico y Carla se peleaban constantemente. Pero también se buscaban constantemente. Si Carla estaba en proa, Nico acababa apareciendo en proa. Si Nico desaparecía a buscar algo, Carla tardaba cinco minutos en preguntar dónde estaba. Era bastante evidente. La pregunta era si ellos se habían dado cuenta todavía.

A media mañana terminé sentada en una de las colchonetas junto a Carla. Nico estaba al otro extremo del barco discutiendo con Manu sobre música.

—Te gusta.

Carla giró la cabeza.

—¿Perdón?

—Nico.

—Espero que me estés vacilando, Mia.

—Vale.
—Nada.
—Vale.
—Pero cero, ¿eh?
—Cero, cero.
—Es insoportable.
—Muchísimo.
—No escucha.
—Nunca.
—Y cree que es graciosísimo.
—Súper.
Carla cruzó los brazos.
—Además, siempre está molestando.
—Sí.
—Siempre.
—Siempre, siempre.
Se quedó pendiente de mí unos segundos.
—¿Por qué me das la razón en todo?
—Porque te gusta muchísimo.
—No me gusta.
—Vale.
—Lo digo en serio.
—Y yo también.
—Mia.
—Carla.
Ella soltó aire.
—Es guapo.
Sonreí.
—Ajá.
—Pero eso no significa nada.
—Claro que no.
—Y además es imbécil.
—Provocador, digamos.
—Está igual de bueno que de capullo.
—Las dos cosas pueden ser verdad.

Carla cogió una aceituna y me la lanzó. Yo la intenté atrapar con la boca, pero me rebotó en la nariz y cayó por el suelo hasta el agua.

—Muy madura.

—Cállate.

Más tarde anclamos frente a una cala. Nos bañamos. Comimos. Volvimos a bañarnos. Y el tiempo empezó a desaparecer de esa forma extraña que tienen algunos días de verano.

En algún momento Carla y Nico estaban discutiendo porque él insistía en que sabía hacer surf, ella decía que no y que además los surferos estaban buenos y él no, y él le replicaba que estaba buenísimo y que le tocara los bíceps y los abdominales.

Yo me alejé riéndome y terminé sentándome en la parte trasera del barco junto a Manu. Por primera vez en todo el día estábamos solos. Bueno, tan solos como podían estar dos personas en un barco con Nico y Carla a veinte metros. El mar estaba tranquilo, la música llegaba desde la cubierta principal. Y durante unos minutos simplemente observamos el agua.

—Creo que Nico y Carla van a matarse antes de septiembre.

—O besarse.

—También.

Sonrió. La conversación derivó, de alguna manera, hacia comida. No recuerdo cómo.

—Yo creo que la tortilla de patatas es la mejor comida del mundo —dije.

—Tienes razón —respondió Manu.

Lo miré.

—¿Tú también?

—Claro.

—Pensaba que dirías algo con más clase como caviar o algo así.

—Yo hago una tortilla increíble.

Levanté una ceja.

—Vale. ¿Y tú sabes hacer tortilla?

—Claro.

Me reí.

—No me lo creo.

—¿Por qué?

—No tienes pinta de saber pelar patatas.

—Me ofendes —dijo Manu mientras negaba con la cabeza. Luego levantó la voz—. ¡Nico!

Al otro lado del barco apareció una cabeza.

—¿Qué?

—¿A que mi tortilla está buenísima?

Nico ni siquiera dudó.

—La mejor tortilla del mundo.

—¡Gracias!

—No exageres —grité.

—¡Va en serio! —respondió Nico.

—¿Ves? —dijo Manu.

Manu sonrió y se quedó observándome un segundo, satisfecho.

—Mañana mis padres no están. Si no haces nada por la noche, puedes venir y te lo demuestro.

Intentó decirlo como si fuera una conversación completamente inocente, pero no le salió especialmente bien.

—¿Una demostración oficial?

—Con pruebas.

—¿Y si la tortilla es mala?

—Entonces podrás burlarte de mí el resto del verano.

—Eso es una oferta bastante seria.

—Lo sé.

Lo observé unos segundos.

—Vale.

Una pequeña sonrisa apareció en su cara.

Y durante el resto de la tarde, mientras Nico y Carla seguían discutiendo sobre cualquier cosa que encontraran a mano, dejé de pensar en el día siguiente como de costumbre.

Estaba pensando en la noche.

CAPÍTULO 25

Mi turno empezaba a las diez de la mañana y terminaba a las seis, tiempo suficiente para ducharme y arreglarme antes de la cena, pero no tanto como para pasarme horas alimentando los nervios.

Aun así, me acompañaron durante todo el día. Mariposas revoloteaban en mi estómago como si hubieran decidido instalarse allí de forma permanente. A ratos conseguía olvidarme de ellas: cuando algún cliente parecía incapaz de encontrar el ascensor sin ayuda o cuando tenía que perseguir a niños que corrían alrededor de la piscina con vasos de cristal en las manos.

Pero en cuanto el ritmo aflojaba y tenía un segundo para respirar, volvían. Siempre volvían. Y cada vez parecían más grandes, más insistentes y mucho más difíciles de ignorar.

Estaba terminando de colocar unas toallas cuando escuché una voz detrás de mí.

—Mira quién sigue viva.

Me giré.

—¡Héctor!

Hacía varios días que no coincidíamos. No porque hubiera pasado nada raro. Simplemente porque los turnos del hotel parecían diseñados por alguien que no quería que nos juntásemos.

—Pensaba que te habías fugado con los turistas ingleses.

—Lo estuve valorando.

—¿Y?

—Demasiados ingleses.

Soltó una risa.

—Hace siglos que no hablamos.

—Lo sé.

Y era verdad. Antes coincidíamos prácticamente todos los días. Ahora parecía que siempre uno entraba cuando el otro salía.

—Tendríamos que quejarnos.

—¿A quién?

—No sé. A quien haga los horarios, a la coordinadora.

—¿Y decirle qué?

—Que nos ponga más turnos juntos.

Lo dijo sonriendo, como si fuera una broma. Seguimos hablando unos minutos más; de clientes, de una pareja francesa que había conseguido perder tres veces la misma llave, de un camarero nuevo que parecía vivir permanentemente confundido. Nada importante, solo una conversación normal. Y, por alguna razón, muy agradable. Antes de irse señaló mi botella de agua.

—¿Ves? Eso sí que es crecimiento personal.

—¿El qué?

—Llevas agua. Has aprendido a negociar con el calor. Te lo dije.

—Y tenías toda la razón.

Cuando terminé el turno llamé a mi madre. Contestó al segundo tono, como siempre.

—Hola.

—Mira quién se acuerda de que tiene madre.

—Hablamos hace cuatro días.

—Una eternidad.

Estaba en la cocina, por supuesto. Mi madre siempre estaba en la cocina. Hablamos durante un rato. Me contó sobre la cafetería, una clienta pesada, el calor, una vecina nueva que aparentemente estaba en guerra con las palomas...

Salí de la ducha cuando Carla llegó de su turno, sonrojada por el sol y con gotitas de sudor en la frente. Durante unos minutos hablamos de cómo había ido el resto del turno y de los horarios que teníamos la semana siguiente. Y después terminamos hablando del verano, como siempre.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo Carla.

—¿Qué?

—Que este verano me está gustando muchísimo más de lo que esperaba.

Asentí, porque yo sentía exactamente lo mismo.

—Yo pensaba que iba a ser trabajar, dormir y volver a trabajar.

—Yo también.

—Y ahora resulta que me va a dar pena irme.

—A mí también.

Hubo un pequeño silencio. Carla se sentó en mi cama mientras yo rebuscaba en mis cajones.

—Bueno, ¿te apetece una pizza y Netflix esta noche?

—No puedo.

—¿Por qué?

Abrí la boca. Y entonces recordé que todavía no se lo había dicho. Carla frunció el ceño.

—Espera.

—He quedado.

—¿CÓMO?

La miré.

Carla abrió mucho los ojos.

—¡NO!

—Sí.

—¿CON MANU?

—Sí.

—¿Y NO ME LO HABÍAS DICHO?

—Se me olvidó.

—¿SE TE OLVIDÓ?

—No grites.

—¿PERO CÓMO QUE NO GRITE?

Se levantó de la cama y empezó a caminar por la minúscula habitación.

—Ahora todo tiene sentido.

—¿Qué?

—Llevas todo el día rara.

—No llevo todo el día rara.

—Llevas todo el día mirando el móvil como si esperases un comunicado oficial del presidente.

Me tapé la cara con las manos.

—No sé qué me pasa.

—Sí lo sabes.

Suspiré.

—He estado con chicos antes.

—Lo sé.

—Entonces no debería estar tan nerviosa.

Carla me miró con atención unos segundos.

—Eso no tiene nada que ver.

—¿No?

—No.

Esta vez nos sentamos las dos en la cama.

—Con los otros chicos no habías generado tanta conexión.

Y tenía toda la razón. Carla sonrió satisfecha.

—Y ahora escucha. Si algo te gusta, dilo.

—Carla, por favor.

—Lo digo en serio.

—Qué vergüenza.

—La vergüenza es una tontería.

Se cruzó de brazos.

—Y segundo consejo.

—A ver.

—Deja de pensar tanto.

—Imposible.

—Mia.

—¿Qué?

—He tomado suficientes malas decisiones por las dos.

No pude evitar reírme.

—Eso sí me lo creo.

—Pues hazme caso.

Y por primera vez en todo el día los nervios aflojaron un poco.
Solo un poco. Lo suficiente para levantarme y abrir el armario.

—Ayúdame a elegir qué me pongo.

Carla sonrió.

—Ahora sí estamos hablando de cosas importantes.

CAPÍTULO 26

Manu: Ya estoy pelando patatas

Me quedé mirando el mensaje unos segundos antes de responder.

Mia: Espero pruebas

Los tres puntos aparecieron casi al instante.

Manu: Qué poca fe

Una hora más tarde, salía de la casa del personal mientras el sol empezaba a esconderse detrás de los pinos. Manu estaba apoyado contra su Range Rover, con una mano en el bolsillo y la otra sujetando el móvil. La camiseta de manga corta dejaba al descubierto sus brazos tonificados y la piel morena por el sol. Parecía completamente ajeno a todo hasta que levantó la vista y me vio acercarme. Nunca entendí cómo conseguía que una sonrisa tan pequeña cambiara tanto una cara. Guardó el teléfono y me abrió la puerta del copiloto.

—Su carruaje la espera, princesa.

—Vaya, ¿el restaurante de tortillas también incluye servicio de chófer?

—Solo para ti.

—¿Y si la tortilla no está a la altura? —pregunté intentando disimular el calor que me subía por las mejillas.

—Te devuelvo el dinero.

Negué con la cabeza mientras subía al coche.

—Qué listo eres cuando quieres.

—Siempre.

Condujo con una mano apoyada en el volante y la ventanilla medio bajada. Charlamos mientras la radio sonaba tan baja que apenas se distinguían las canciones. Cuando las puertas de la casa Sureda se abrieron, extrañamente, las mariposas empezaron a bajar. Sí, estaba en el coche con un chico guapísimo. Sí, estaba a punto de entrar en su casa, donde estaríamos solos. Sí, había puesto detalle y atención en prepararme una cena, sólo para mí.

Sin embargo, había algo en el ambiente que hacía todo más fácil. Quizás era que cada vez fluía mejor la conversación entre los dos. Quizás era que él parecía más relajado cuando estábamos solos y alejados. Quizás era simplemente que ya me había acostumbrado a la fina tensión que había siempre entre los dos.

La cocina olía a cebolla pochándose lentamente y a patata recién frita.

—Bueno... —dije aspirando exageradamente—. De momento el marketing funciona.

Manu se dirigió hacia la sartén y encendió el fuego. Había dos platos preparados, dos copas, una botella de vino blanco dentro de una cubitera y una tabla con tomate aliñado. Todo parecía colocado con ese cuidado que intenta hacerse pasar por improvisación.

—¿Has preparado todo esto tú?

Se encogió de hombros.

—Tenía ventaja. Sabía a qué hora llegabas.

El guiño que me dedicó me deshacía por dentro.

Durante unos minutos solo se escuchó el metal golpeando el cristal, el chisporroteo del aceite y alguna broma tonta sobre mi supuesta incapacidad para reconocer una buena tortilla. Cuando llegó el momento de darle la vuelta, cogió un plato llano con una seguridad insultante.

—Como se te caiga al suelo...

—No se va a caer.

—¿Seguro?

—Confía un poco en mí.

La giró de un movimiento limpio. Perfecto. Ni una gota fuera. Lo miré con una mezcla de sorpresa y decepción.

—Vaya.

—¿Qué pasa?

—Estaba deseando reírme de ti.

Él soltó una carcajada.

—Tendrás que buscar otra excusa.

Y la verdad era que no me importó en absoluto haberme quedado sin ella.

Tras unos minutos más al fuego, con la mesa preparada y dos copas a medio beber, llegó el gran momento.

—No me gusta admitirlo.

—Adelante.

—No.

—Lo necesitas.

—Jamás.

—Venga, dilo.

—Está buena.

Manu sonrió con la satisfacción de un hombre que acababa de ganar una guerra.

—¿Está buena o está muy buena?

—Está muy buena... Creo que es de las mejores tortillas que he probado nunca.

—Lo sabía.

—Eres una caja de sorpresas.

—Gracias.

—Pero tampoco te flipes.

—Es tarde para eso.

Cuando terminamos, Manu apagó la luz de la cocina y salimos a la terraza.

La temperatura había bajado lo suficiente para que la noche resultara agradable. Desde allí se veía el jardín completamente vacío y la piscina reflejaba la luz cálida de la casa con una calma casi perfecta.

Me senté en el borde, descalzándome antes de meter los pies en el agua. Manu hizo lo mismo a mi lado. Durante un rato ninguno habló, no porque no hubiera nada que decir, sino porque el silencio empezaba a sentirse tan cómodo como las conversaciones.

—Mira esta casa. Es perfecta. —Hice un gesto alrededor—. Pero le falta algo.

—¿El tobogán?

—La diversión.

No respondió enseguida. Miró la piscina. Después el jardín. Y finalmente volvió a mirarme.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Creo que tienes razón.

Aunque hablábamos de una piscina, los dos sabíamos que no era exactamente de eso de lo que estábamos hablando.

Apoyé las manos detrás de mí y levanté la vista hacia el cielo. Desde allí apenas se veía contaminación lumínica y las estrellas parecían mucho más cerca que en Madrid.

—No quiero que esto se acabe.

No estaba segura de haber querido decirlo en voz alta, pero ya era tarde. Manu tardó unos segundos en responder.

—Yo tampoco.

La respuesta quedó suspendida entre los dos. No hacía falta preguntar a qué nos referíamos. El verano, Mallorca, nosotros. Todo era lo mismo.

—Hace unas semanas no nos soportábamos.

—Tú no me soportabas, yo siempre fui encantador.

—Claro.

Me reí, él también, y aquella risa consiguió aflojar algo en mí.

No recuerdo quién se acercó primero. Quizá fui yo. Quizá fue él. Probablemente los dos. Solo recuerdo que un segundo estábamos sentados hablando y al siguiente me estaba besando, despacio, sin prisas. Como si la noche no tuviera hora de terminar. Como si nadie fuera a interrumpirnos. Como si no existieran los turnos de trabajo ni las reuniones familiares ni los billetes de vuelta. Solo aquello, sus manos, las mías. La sensación absurda de haber llegado por fin a algún sitio después de semanas caminando en círculos.

Me aparté apenas unos centímetros para recuperar el aire.

—¿Sigues nerviosa?

La sonrisa apareció antes de que pudiera evitarlo.

—Muchísimo.

Esta vez fue él quien se rió.

—Yo también.

Y no sé por qué aquella confesión me gustó tanto. Quizá porque era Manu, el chico que siempre parecía seguro de todo. Quizá porque me gustaba descubrir cuando no era así.

Me besó otra vez y ya no hubo ninguna conversación que interrumpiera el momento, ninguna excusa ni ninguna razón para seguir esperando.

Cuando se separó de mí, apoyó la frente contra la mía durante unos segundos.

—Ven.

Se levantó y me tendió la mano. La cogí sin pensar. Entramos en la casa despacio, todavía con los dedos entrelazados. La terraza quedó atrás y el silencio del pasillo parecía distinto al de fuera, más íntimo, como si la propia casa supiera que no debía interrumpirnos.

Habíamos recorrido apenas unos pasos cuando me detuve. Él también lo hizo. Se giró hacia mí con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Estás bien?

Asentí, pero no avancé. Solo me quedé mirándolo, intentando grabarme aquella expresión en la memoria. La forma en que me observaba como si quisiera asegurarse de que cada decisión seguía siendo mía, la forma en que esperaba, sin presionarme, sin dar nada por hecho.

Y por primera vez desde que llegué a Mallorca dejé de preguntarme qué podía salir mal. Porque aquella noche no quería pensar en septiembre, ni en Madrid, ni en nada que existiera fuera de aquella casa. Solo quería quedarme.

Así que di el último paso que quedaba entre nosotros. Y fui yo quien lo besó esta vez. Manu respondió de inmediato, pero no intentó apresurarme. Me rodeó la cintura y me acercó a él con una lentitud que me hizo demasiado consciente de cada centímetro que desaparecía entre los dos.

Caminamos de aquella manera hasta su habitación, tropezando alguna vez porque ninguno parecía dispuesto a dejar de besar al

otro el tiempo suficiente para mirar por dónde iba. Cuando la puerta se cerró detrás de nosotros, el sonido hizo que mi corazón latiera todavía más deprisa.

Manu se apartó apenas unos centímetros.

—Mia.

No fue una pregunta, pero sonó como una. Lo miré. La tenue luz que entraba por la ventana iluminaba solo una parte de su cara, y por primera vez desde que lo conocía no había rastro de ironía en ella. Solo aquella atención absoluta que me dedicaba cuando quería asegurarse de que estaba bien.

—No quiero que hagamos nada que tú no quieras.

—Lo sé.

—Y puedes cambiar de opinión.

—Manu.

—En cualquier momento.

Apoyé las manos en su pecho.

—Lo sé.

Se quedó mirándome unos segundos más, como si necesitara encontrar la respuesta en mi cara y no únicamente en mis palabras.

—No quiero cambiar de opinión —añadí.

Algo en su expresión se deshizo.

Me besó de nuevo, esta vez con menos contención. Mis dedos se deslizaron hasta su nuca y él me acercó más, hasta que sentí su cuerpo entero contra el mío. El beso dejó de ser lento. Se volvió torpe por momentos, urgente en otros, lleno de todas las veces que nos habíamos apartado cuando ninguno quería hacerlo.

Sus manos se movieron por mi espalda, despacio al principio, como si estuviera aprendiendo el camino. Cuando alcanzaron el borde de mi camiseta, se detuvo.

—¿Puedo?

Asentí. Levanté los brazos y dejó la prenda en algún lugar del suelo que no me molesté en comprobar.

Durante un instante no hizo nada. Solo me miró. El impulso de cubrirme apareció casi de forma automática. Manu debió de notarlo porque tomó una de mis manos antes de que pudiera hacerlo y entrelazó sus dedos con los míos.

—No tienes que esconderte de mí.

La frase fue tan sencilla que dolió un poco. Había pasado muchos años fingiendo que no necesitaba que nadie dijera algo así. Que me bastaba conmigo misma. Que no me importaba ser siempre la parte de la vida de alguien que resultaba más fácil ocultar.

Pero Manu me observaba como si no existiera ningún lugar en el que prefiriera estar.

—No me mires así —murmuré.

—¿Así cómo?

—Como si...

No terminé la frase. Como si fuera importante. Como si pudiera quedarse mirándome toda la noche. Como si yo fuera algo que había elegido y no una complicación que tendría que resolver más adelante.

Su pulgar acarició el dorso de mi mano.

—No sé mirarte de otra manera.

El aire se me quedó atrapado en el pecho. Lo besé para no tener que responder.

Esta vez fui yo quien tiró del borde de su camiseta. Manu levantó los brazos para ayudarme y la lanzó junto a la mía. Deslicé las manos por su pecho tonificado, sintiendo cómo tensaba los músculos bajo mis dedos. Había imaginado tocarlo más veces de las que estaba dispuesta a admitir, pero la realidad superaba mis expectativas.

Él cerró los ojos un instante cuando mis labios rozaron su cuello. Aquella mínima pérdida de control me dio un valor que no sabía que tenía.

—Pensaba que tú no te ponías nervioso —susurré contra su piel.

Sentí su risa baja.

—Contigo, constantemente.

Me besó debajo de la mandíbula y después descendió despacio por mi cuello. Cerré los ojos. Cada roce parecía quedarse durante más tiempo del necesario, como si quisiera memorizarme. Sus manos recorrieron mis costados, sin prisa, deteniéndose cada vez que mi respiración cambiaba.

Cuando sus dedos alcanzaron el cierre de mi pantalón, volvió a mirarme. Asentí antes de que preguntara. La ropa fue desapareciendo lentamente, entre besos interrumpidos y alguna risa nerviosa cuando casi perdí el equilibrio intentando quitarme una sandalia. Manu me sostuvo por la cintura.

—Muy elegante —murmuró.

—Cállate.

—Estás preciosa.

Bajé la mirada, pero él colocó dos dedos bajo mi barbilla y consiguió que volviera a mirarlo.

—De verdad.

No sabía qué hacer con alguien que parecía empeñado en decir justo las cosas que más miedo me daba creer.

Me llevó hasta la cama sin dejar de besarme. Cuando mi espalda tocó el colchón, se quedó sobre mí, apoyando parte de su peso en un brazo. El otro lo utilizó para apartarme un mechón de pelo de la cara.

—¿Sigues bien?

—Si vuelves a preguntármelo, voy a empezar a pensar que quieres que me vaya.

—No quiero que te vayas nunca.

Lo dijo deprisa. Los dos nos quedamos quietos. Fue apenas un segundo. Una frase nacida del momento, probablemente. Algo que no debía guardar en ningún lugar demasiado importante. Aun así, mi corazón no pareció entenderlo.

Manu bajó la mirada hacia mis labios.

—Me refiero a esta noche.

—Ya.

Los dos sabíamos que mentía un poco. Ninguno decidió señalarlo. Lo atraje hacia mí.

A partir de entonces, todo sucedió despacio. Con sus labios recorriendo mi piel y sus manos aprendiendo qué caricias me hacían contener la respiración. Con preguntas susurradas contra mi cuello y respuestas que a veces no fui capaz de pronunciar. Con pausas en las que Manu me miraba para comprobar que seguía allí y otras en

las que fui yo quien tuvo que detenerse, abrumada por la intensidad de sentirme tan expuesta y, al mismo tiempo, tan segura.

No fue perfecto. Chocamos las rodillas. Nos reímos en el peor momento. Él tuvo que buscar un preservativo en dos cajones distintos mientras yo lo observaba desde la cama, intentando no sonreír ante la primera prueba real de que Manuel Domingo Sureda no lo tenía todo bajo control.

—No digas nada —advirtió.

—Quizá deberías organizar mejor tus pertenencias.

—Recuérdame que no vuelva a invitarte.

Regresó a mi lado y la risa se desvaneció poco a poco cuando volvió a besarme.

Después solo quedaron su respiración mezclándose con la mía, mis dedos aferrados a sus hombros y la manera en que redujo la distancia entre nosotros con una lentitud casi insoportable.

Al principio sentí una pequeña molestia. Manu se detuvo en cuanto mi cuerpo se tensó.

—¿Paramos?

Negué con la cabeza.

—Solo... espera un segundo.

No se movió. Me besó la frente, la mejilla, la esquina de los labios.

—Tenemos toda la noche.

Aquella frase consiguió relajar algo dentro de mí.

Lo abracé con más fuerza y volví a besarlo. Cuando comenzó a moverse, lo hizo despacio, dejando que encontráramos juntos un ritmo que no se pareciera a nada excepto a nosotros.

No hubo música de fondo ni estrellas visibles desde la ventana. No hubo ninguna frase perfecta que consiguiera convertir aquello en una escena de película.

Solo Manu mirándome como si necesitara comprobar que yo también estaba sintiendo lo mismo. Solo su mano buscando la mía sobre las sábanas y entrelazando nuestros dedos. Solo aquella mezcla de deseo y ternura que hizo que todo resultara mucho más íntimo de lo que había imaginado.

Cuando pronuncié su nombre, escondió la cara en mi cuello y dejó escapar una respiración rota que me recorrió entera. Después me besó como si quisiera contener el momento entre sus labios, como si así pudiera impedir que terminara.

Y durante un rato, casi llegué a creer que podíamos quedarnos allí para siempre.

Más tarde, permanecemos tumbados uno frente al otro, todavía cerca sin que nada pudiera pasar entre los dos. Manu dibujaba círculos distraídos sobre mi cintura mientras yo intentaba recuperar una respiración normal.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En que tu tortilla estaba sobrevalorada.

Soltó una risa baja y me acercó más.

—Eres insoportable.

—¿Te arrepientes de haberme invitado?

Manu dejó de acariciarme. Su expresión cambió de inmediato.

—No.

La respuesta fue firme. Se inclinó y me besó despacio, de una forma que no tenía nada que ver con lo que acabábamos de hacer y, al mismo tiempo, resultaba todavía más íntima.

—De ti nunca —añadió contra mis labios.

Apoyé la cabeza sobre su pecho y Manu tiró de la sábana para cubrirnos. Su brazo me rodeó la cintura con una naturalidad peligrosa, como si ya hubiera dormido de aquella manera conmigo cientos de veces.

—Quédate —murmuró.

Y mientras escuchaba su corazón bajo mi oído, dejé que aquella palabra significara mucho más de lo que cualquiera de los dos estaba preparado para admitir.

CAPÍTULO 27

Dicen que una rutina se consigue repitiendo una acción de forma constante durante veintiún días. La nuestra necesitó exactamente tres.

La primera mañana me desperté completamente desorientada. Durante unos segundos no entendí dónde estaba. Después vi el techo blanco de la habitación de Manu, escuché el rumor del mar colándose por la ventana entreabierta y todo volvió de golpe. La noche anterior seguía pegada a mi piel, como si todavía pudiera sentir el calor de sus manos.

Él ya no estaba.

Me incorporé despacio y salí de la habitación todavía descalza. La puerta permanecía entreabierta y desde la planta de abajo subía el olor inconfundible del café recién hecho.

Lo encontré en la cocina, de espaldas, terminando de servir dos tazas. Iba descalzo y sin camiseta. La luz de la mañana entraba por los ventanales y dibujaba sombras sobre su espalda bronceada. Durante un instante me quedé allí, apoyada en el marco de la puerta, observándolo sin hacer ruido.

Había algo dulce en esa escena, como si despertarme en su casa y encontrarlo preparándose el café fuera algo que lleváramos haciendo toda la vida, en lugar de ser la primera vez.

Al oírme entrar levantó la vista.

—Buenos días.

—¿Qué hora es?

—Demasiado temprano para ser tu día libre.

Me acerqué bostezando. Empujó una taza hacia mí.

—Sin azúcar y con leche de avena.

La cogí con mirada sospechosa.

—¿Cómo lo sabes?

Me hizo un guiño y se apoyó en la encimera. Probé el café, estaba exactamente como me gustaba.

Los días siguientes empezaron a parecerse entre sí. Sin darnos cuenta, habíamos empezado a actuar como si aquello fuera nuestra vida normal. Él aparecía con cualquier excusa por recepción. Yo encontraba siempre un motivo para pasar por donde estaba él. Si coincidíamos en el almacén, robábamos un beso rápido antes de que alguien doblara la esquina. Si nos cruzábamos por un pasillo vacío, nuestras manos se encontraban durante dos segundos y volvían a separarse antes de que nadie pudiera verlo. Por las noches, nos escapábamos a la cama donde pasamos la primera noche juntos y hacíamos el amor sin ningún otro testigo que las estrellas y el mar. No había marcha atrás, necesitaba estar con él a todas horas. Y, al mismo tiempo, una simple caricia por el pasillo parecía bastar para aguantar unas horas más.

—¿Me estás evitando?

Levanté la vista. Manu estaba apoyado en el marco de la lavandería.

—Estoy trabajando.

—Yo también.

—No tienes ninguna toalla en la mano.

Miró sus manos.

—Buen argumento.

Me acerqué un paso.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba una excusa para verte. —Apareció su sonrisa cautivadora—. La otra opción era robar una sábana y salir corriendo.

No pude evitar reírme. Él aprovechó esos dos segundos. Se inclinó, me besó, y cuando volvió a separarse seguía sonriendo.

—Mucho mejor.

—Como entre alguien...

—Entonces cogeré una toalla.

—Eres idiota.

—Pero ya sonríes otra vez.

Y tenía razón.

Unos días después estaba sirviendo cafés en la terraza cuando vi a Manu salir del edificio principal. Esta vez no iba solo, su padre caminaba a su lado. Hablaban de algo que no alcanzaba a escuchar.

Manu parecía responder con la atención justa, hasta que levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron al otro lado de la terraza. No hizo falta nada más. Sonrió de esa forma pequeña, casi imperceptible. La misma que ya empezaba a reservar solo para mí.

Su padre siguió la dirección de la mirada de Manu. Después me miró a mí y volvió a mirar a su hijo. No dijo nada, solo carraspeó. Lo suficientemente alto para romper aquel momento. Manu apartó la vista inmediatamente y su expresión cambió de forma radical. Su padre apoyó una mano en su espalda.

—Tenemos que irnos.

Aquello sonó más a una orden que a una propuesta. Manu dudó un momento mínimo. Después volvió a mirarme, lo justo para dedicarme un gesto casi invisible con la cabeza antes de seguir caminando junto a él. Los vi alejarse.

Y, por primera vez desde que habíamos aprendido a querernos a escondidas, tuve la sensación de que alguien más había entrado en nuestra historia.

Aquella noche tardó mucho más de lo habitual en responder. Siempre tenía un mensaje suyo al terminar un turno. Y cuando yo le escribía, él solía responder antes de los cinco minutos, excepto si estaba en una reunión. En ese caso, siempre me mandaba un mensaje antes de entrar y después al salir. Pero no me había escrito desde antes de habernos visto en la terraza.

Mia: ¿Has sobrevivido?

Cinco minutos.

Quince.

Treinta.

Nada.

Cuando el móvil vibró ya estaba metida en la cama.

Manu: Perdón

Manu: Acabo de llegar

Sonreí al leerlo.

Mia: ¿Todo bien?

Pasaron varios minutos.

Manu: Sí

Otros tres puntos.

Desaparecieron.

Volvieron.

Manu: Te echo de menos

Miré la hora. Llevábamos separados menos de ocho horas.

Mia: Han pasado ocho horas

La respuesta llegó enseguida.

Manu: Lo sé

Manu: Se me ha hecho largo

Me quedé unos segundos mirando la pantalla antes de escribir.

Mia: A mí también

Dejé el móvil sobre la mesilla. Era la primera vez desde que había llegado a Mallorca que mi cama me parecía muy grande para mí sola.

CAPÍTULO 28

El lunes esperé a Manu en la cafetería antes de empezar el turno. No porque hubiéramos quedado expresamente, sino porque últimamente siempre aparecía con un café, con cualquier excusa, con una sonrisa que conseguía que madrugar dejara de parecer un crimen.

Aquella mañana no apareció. Tampoco le di demasiada importancia. Pensé que se habría quedado dormido. Que Nico habría vuelto a convencerlo para acostarse a las tres de la mañana. O que simplemente habría entrado por otra puerta del hotel.

No fue hasta casi el mediodía cuando empecé a preguntarme dónde estaba.

—¿Buscas a alguien?

Héctor acababa de entrar en la recepción con una caja de kits para el baño.

—No.

—Vale.

Dejó la caja sobre el mostrador. Esperó dos segundos.

—Estás buscando a alguien.

Solté una risa.

—¿Se me nota tanto?

—Un poco.

Cogió una botella de agua de la nevera.

—Si estás buscando a Manu, ha salido.

—¿Ha salido?

Asintió.

—Con su padre.

Fruncí el ceño.

—¿Otra vez?

Héctor abrió la botella.

—Creo que llevan unos días reuniéndose con gente por lo del grupo hotelero o algo así.

Grupo hotelero. Aquellas dos palabras sonaban enormes. Le quedaban mejor a un hombre de cincuenta años que a Manu.

Al terminar el turno tenía un mensaje suyo.

Manu: Perdón

Manu: Me han liado toda la tarde

Le respondí mientras caminaba hacia la casa del personal.

Mia: No pasa nada

Mentía un poco; sí pasaba. Había echado de menos el café, los besos robados, encontrarlo de repente en un pasillo como si el hotel fuera demasiado pequeño para mantenernos separados.

Me respondió enseguida.

Manu: ¿Puedo verte cinco minutos?

Sonreí sin querer.

Mia: Cinco minutos sí

Cinco minutos acabaron siendo siete. Lo encontré esperándome detrás del restaurante, donde nadie pasaba a esas horas. Llevaba camisa. No recordaba haberlo visto nunca con camisa fuera de algún evento. La tenía remangada hasta los codos y el primer botón desabrochado, como si hubiera intentado quitarle formalidad a un día que no la había tenido.

Nada más verme caminó hacia mí. No dijo hola. Me besó. Un beso corto pero apasionado, con esa urgencia de quien lleva mucho tiempo esperando.

—Hola.

Sonreí.

—Hola.

Me acarició la mejilla con el pulgar.

—Perdón.

—Ya me has pedido perdón tres veces por mensaje.

—Pues cuatro.

—No hace falta.

Bajó la vista un segundo. Parecía cansado, mucho más cansado que otros días.

—Mi padre está organizando reuniones casi todos los días. Están trabajando en la adquisición de un resort en Ibiza.

—¿Y tú estás bien?

Asintió rápido.

—Sí.

No insistí. No porque le creyera. Porque entendí que, si quería contármelo, lo haría. Me abrazó por encima de los hombros y nos quedamos unos segundos en silencio. Él seguía sujetándome, como si no quisiera soltarme todavía.

Volvió a besarme y luego apoyó la frente contra la mía.

—Tengo que volver.

Aquellas cuatro palabras me gustaron menos de lo que esperaba. Fue en ese momento cuando entendí que había cosas capaces de llevárselo de mi lado por mucho que ninguno de los dos quisiera.

CAPÍTULO 29

El primer día que Manu volvió a la cafetería después de unos días desaparecido, casi conseguí convencerme de que todo seguía igual. El desayuno de los huéspedes ya había terminado y yo estaba terminando de preparar las mesas para la comida cuando apareció por la puerta lateral con el pelo todavía húmedo, una camisa blanca y esa cara de haber dormido poco que últimamente le veía demasiado.

—No sé si esto cuenta como soborno o como disculpa —dijo, dejando el vaso delante de mí.

Lo miré.

—Depende de lo bueno que esté.

No debería haberme hecho tanta ilusión. Era un café. Y venía unas cinco horas tarde, ya eran las doce. Pero Manu lo empujó hacia mí con una naturalidad que me hizo acordarme de la mañana en su casa, de él preparándose una taza como si lleváramos años repitiendo esa tradición, y algo en mí quiso agarrarse a eso con ganas.

—¿Has dormido algo? —pregunté.

—Lo suficiente.

—Eso significa que no.

—Significa que estás muy observadora para ser tan temprano.

—Son las doce.

—Para ti sigue siendo temprano.

Sonreí a pesar de todo. Manu se inclinó hacia mí, me acarició el cabello y estuvimos hablando unos minutos que me pasaron muy deprisa. Era fácil. Tan fácil que me dio rabia haber pasado la noche anterior inquieta.

—Hoy a las siete ya no tengo nada más —dijo, bajando un poco la voz.

Levanté la vista.

—¿Ah sí?

—Eso creo.

—Qué frase tan poco fiable.

—Hoy a las siete no tengo nada más —repitió, con más firmeza

—. Mejor.

—Mucho mejor.

—Podríamos vernos luego.

—Podríamos —respondí.

Manu sonrió, y fue una de esas sonrisas pequeñas que tanto había echado de menos esos últimos días.

Entonces sonó su móvil. El gesto le cambió antes incluso de mirar la pantalla. No necesitó decirme quién era. Lo supe por la manera en que se enderezó.

—Tengo que cogerlo.

—Claro.

Se apartó unos pasos.

—Sí.

Pausa.

—Estoy en el hotel.

Otra pausa.

—Sé lo de la tormenta, pero ahora no puedo, tengo...

Se calló. Miró hacia la puerta.

—Vale. Voy.

Colgó despacio. No dijo nada durante un segundo, y ese segundo fue suficiente para que todo lo fácil que acababa de ocurrir empezara a parecer prestado.

—¿Otra reunión? —pregunté.

—Sí. Mi padre necesita que lo acompañe a Palma. Había que ir mañana, pero viene un temporal.

—¿Seguirás estando libre esta tarde?

Una mueca breve apareció en su cara.

—Eso espero.

Intenté sonreír. Lo intenté de verdad.

—Bueno, luego nos vemos.

—Luego nos vemos —repitió.

Pero no sonó como antes. No sonó a promesa. Sonó a esperanza. Y yo ya había aprendido, aunque todavía no quisiera reconocerlo, que las esperanzas eran mucho más frágiles que los planes.

El día se hizo largo después de eso. No porque pasara nada terrible. Ojalá. Las cosas terribles al menos tienen la decencia de ocuparlo todo. Aquello fue peor porque siguió siendo un día normal.

Clientes que pedían cafés con leche vegetal y luego se enfadaban porque sabían a leche vegetal. Niños descalzos entrando en zonas donde claramente había carteles de prohibido. Héctor apareciendo con un platito de empanadillas robadas de cocina.

—Toma, unas empanadillas para coger fuerzas —dijo, acercándome el plato.

Cogí una.

—Gracias.

Se apoyó a mi lado, mirando la terraza.

—Oye... ¿te preocupa algo? Te veo rara.

Suspiré antes de poder evitarlo.

—No... bueno. Un poco cansada, supongo.

—Ajá.

No sonó a que se lo creyera del todo, pero si algo caracterizaba a Héctor era su discreción.

—Bueno, pues estoy dispuesto a compartir todas las empanadillas contigo —añadió, señalando la bandeja—. Ya verás, esto para el cansancio, mano de santo.

Hizo un guiño divertido.

—¿Esto te lo han dado o lo has robado?

—Rescatado, diría yo.

Lo dijo con una sonrisa fácil. Héctor siempre había tenido esa forma de estar sin exigir demasiado. Me daba conversación, me robaba una risa, me ofrecía comida de procedencia dudosa y luego seguía su camino. Con él todo parecía menos complicado, y quizá por eso me sentí culpable al pensar que, si Manu me hubiera escrito en ese momento, habría dejado a Héctor con la frase a medias. Pero Manu no escribió hasta las ocho de la tarde.

Manu: Perdón, se ha alargado

Me quedé mirando la pantalla en el vestuario, con la camiseta del uniforme a medio desabrochar y el pelo pegado al cuello por el calor.

Mia: No pasa nada

Era mentira, sí pasaba. No algo enorme. No algo que pudiera reclamar sin sentirme ridícula. Pero pasaba. Pasaba que llevaba días acostumbrándome a encontrarlo en cualquier rincón y, de pronto, su vida volvía a tener puertas que se cerraban antes de que yo pudiera cruzarlas. Pasaba que cada vez que su padre llamaba, Manu desaparecía un poco. Pasaba que yo entendía perfectamente que tuviera responsabilidades y, al mismo tiempo, empezaba a cansarme de sentirme comprensiva.

El mensaje siguiente tardó casi media hora.

Manu: ¿Puedo verte luego?

Manu: Cinco minutos

Miré la pantalla. Cinco minutos. Había empezado a odiar esa medida. Porque cinco minutos eran suficientes para perdonarle casi cualquier cosa y demasiado pocos para preguntarle nada de verdad.

Yo: Vale

Nos vimos detrás de la casa del personal. Manu llegó tarde. No mucho. Diez minutos. Pero yo había llegado cinco minutos antes, ansiosa, por lo que en realidad llevaba quince fingiendo que no esperaba. Venía con camisa. Otra vez. El pelo un poco revuelto, las mangas remangadas y esa expresión cansada que no desapareció del todo cuando me vio. Se acercó enseguida y me besó antes de decir nada. Yo le respondí. Claro que le respondí. Eso era parte del problema. Cuando se apartó, apoyó la frente contra la mía.

—Perdón.

—Ya me lo has dicho.

—Lo sé.

—Entonces no hace falta que lo repitas.

Se separó un poco para mirarme.

—Pero estás enfadada.

—No estoy enfadada.

—Mia.

Suspiré, porque odiaba que dijera mi nombre así, como si pudiera desarmarme solo con pronunciarlo.

—No estoy enfadada. Estoy... cansada.

Su expresión cambió.

—Lo sé.

—No, creo que no lo sabes.

No lo dije fuerte. Ni siquiera sonó como una acusación. Quizá por eso dolió más. Manu se quedó quieto, con las manos todavía cerca de mi cintura, sin saber si tocarme o apartarse.

—No te estoy pidiendo que dejes de trabajar —seguí—. Ni que plantes a tu padre. Ni que me expliques cada hora de tu vida como si tuvieras que pedir permiso. No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

La pregunta era sincera. Eso fue lo peor. Porque si hubiera sonado a defensa, a excusa o a enfado, me habría resultado más fácil responder. Pero Manu parecía de verdad perdido, de pie frente a mí con la camisa arrugada y los ojos cansados, intentando entender qué parte de todo aquello se nos estaba escapando.

Tardé unos segundos.

—Que cada vez que pasa algo desapareces.

Frunció el ceño.

—No desaparezco.

—Sí.

—Estoy en reuniones.

—No estoy hablando solo de las reuniones.

—¿De qué hablas entonces?

Miré hacia la puerta, aunque no había nadie.

—De que no sé nada.

—Mia...

—No, déjame acabar, por favor.

Se calló.

—No sé a dónde vas. No sé cuánto tiempo vas a estar. No sé qué está pasando con tu padre ni por qué de repente te necesita todos los días. No sé si cuando me dices "luego nos vemos" significa

“luego nos vemos” o significa que me escribirás a las once para decirme que no puedes.

Algo pasó en su cara. Algo pequeño. Culpa, quizá. O cansancio. O las dos cosas.

—No quiero meterte en eso.

—¿En qué?

—En mis cosas.

Solté una risa corta, sin humor.

—¿Tus cosas?

—Ya sabes a qué me refiero.

—No, Manu. No lo sé. Ese es el problema. Nunca me cuentas nada. Siento que solo conozco un diez por ciento de ti.

Se pasó una mano por el pelo y miró hacia la calle, como si necesitara encontrar una respuesta escrita en alguna parte.

—Mi padre está insistiendo con unas reuniones. Quiere que esté más presente, que empiece a asumir cosas, que vaya con él a todas partes. Es temporal.

Temporal. La palabra cayó entre los dos con un peso que no esperaba.

—¿Y cuánto dura lo temporal?

No respondió.

—¿Una semana? ¿Dos? ¿Hasta que termine agosto? ¿Hasta que yo me vaya?

Levantó la mirada.

—No digas eso.

—¿El qué?

—Como si fuera tan sencillo.

—No estoy diciendo que sea sencillo. Estoy preguntando.

—No lo sé.

Tuve que mirar hacia otro lado. Verlo dolido me hundía todavía más. Tragué saliva. Noté una presión incómoda en la garganta y me enfadó sentirla allí, tan cerca de convertirse en algo que no quería mostrar.

—Entonces dime qué quieres que diga.

—Lo que estás pensando.

Lo miré. Y durante un segundo estuve a punto. A punto de decirle que me asustaba empezar a depender de alguien que podía desaparecer con una llamada. Que había algo en verlo marcharse detrás de su padre que me dejaba una sensación vieja en el cuerpo. Que no quería convertirme en una espera más, en un hueco entre reuniones, en algo que se atendía cuando quedaba tiempo.

—No quiero ser algo que tengas que encajar en los ratos libres — dije al final.

Manu cerró los ojos un instante.

—No eres eso.

—Pues a veces se siente así.

—No es justo.

—Ya lo sé.

—No, quiero decir... —se interrumpió, frustrado consigo mismo—. No sé cómo hacerlo todo a la vez.

—No te estoy pidiendo todo.

—Pero siento que todo el mundo me lo pide.

La frase salió más baja, rota. Y, por un momento, dejé de verlo como el chico que me estaba fallando y volví a verlo como Manu. Cansado. Atrapado. Intentando llegar a sitios que se alejaban cada vez que daba un paso.

Casi me ablando. Si su móvil no nos hubiese interrumpido, habría conseguido esconder todo ese miedo de nuevo y seguir disimulando. Pero su móvil sonó y no hizo falta mirar. Los dos supimos quién era. Manu no se movió. El teléfono siguió vibrando dentro de su bolsillo.

—Cógelo —dije.

—No.

—Manu.

—No voy a cogerlo.

El móvil dejó de sonar. Durante dos segundos respiré. Luego volvió. Manu apretó la mandíbula. Y ahí estuvo la respuesta, aunque ninguno quisiera verla. No importaba que no quisiera irse. Algo en él ya se estaba yendo.

—Cógelo —repetí, más bajo.

Esta vez sí sacó el móvil. Miró la pantalla y cerró los ojos un momento antes de contestar.

—Sí.

Silencio.

—Estoy en el hotel.

Otro silencio.

—Papá, ahora no...

Se interrumpió. Yo aparté la mirada.

—Sí. Voy.

Colgó. Ninguno habló. Era casi absurdo que todo se hubiera reducido a eso. A una llamada. A dos palabras. Voy. Manu guardó el teléfono y dio un paso hacia mí.

—Mia...

—Tienes que irte.

—No quiero.

—Pero vas a ir.

No respondió. Y esa falta de respuesta fue peor que cualquier discusión. Asentí despacio, como si alguien acabara de explicarme algo que en realidad ya sabía.

—Vale.

—No es así.

—¿No?

—Solo necesito un poco de tiempo.

Me quedé quieta. No sé si se me notó en la cara. Supongo que sí, porque Manu frunció el ceño enseguida, como si hubiera entendido que acababa de romper algo sin saberlo. Un poco de tiempo.

—Mia.

—Está bien.

—No, no está bien. Acabo de decir algo y tú has cambiado la cara.

Forcé una sonrisa pequeña.

—No he cambiado nada.

—Sí.

—Tienes que irte.

—No quiero dejar esto así.

No hablábamos solo de esa noche, ni de esa conversación, ni de una llamada. Estaba hablando de todo. Pero él no podía quedarse. O no sabía. O no se atrevía. Dio otro paso hacia mí, pero esta vez fui

yo quien se apartó apenas un poco. No lo suficiente para hacerlo evidente. Lo justo para que ambos lo notáramos.

—Hablamos luego —dijo.

—Claro.

La palabra salió limpia. Manu la odió, lo vi en su cara. Me dio un beso en la frente y se subió al coche. Me quedé allí un rato, en la luz amarilla que seguía parpadeando sobre la acera, con la sensación ridícula de que no había pasado nada grave y, al mismo tiempo, algo se había movido de sitio.

Cuando volví a subir, Carla estaba en la cocina con el pelo recogido en un moño mal hecho y un plato de pasta recalentada delante.

—¿Todo bien? —preguntó.

Asentí.

—Sí.

No me creyó, pero tampoco tuvo tiempo de descubrir por qué. Me encerré en la habitación, me quité la ropa y me metí en la cama antes de que nadie pudiera preguntarme nada más. El móvil vibró cuando ya tenía la luz apagada.

Manu: Perdón

Lo miré durante mucho tiempo. Escribí una respuesta. La borré. Escribí otra. También la borré. Al final dejé el móvil boca abajo sobre la mesilla. Aquella noche dormí sola, como la mayoría de las noches. Pero esta vez con una sensación que creía haber dejado muchos años atrás.

CAPÍTULO 30

El día que cumplí nueve años me desperté antes de que sonara el despertador.

Durante un momento me quedé mirando el techo de mi habitación, intentando recordar por qué tenía esa sensación de cosquilleo en el estómago. Entonces lo recordé y salí de la cama de un salto.

Era mi cumpleaños. Pero, sobre todo, era el día en que mi padre iba a llevarme al Parque de Atracciones.

Llevaba semanas hablándome de ello. Cada vez que me llamaba por teléfono terminábamos imaginando qué atracciones probaríamos primero. Yo insistía en que quería subir al Abismo porque una niña del colegio decía que daba tanto miedo que parecía que el corazón se te quedaba arriba mientras el cuerpo seguía bajando. Él se reía y me decía que, si yo me atrevía, él también.

La noche anterior había dejado preparada mi mochila rosa con una botella de agua, una gorra y una cámara de usar y tirar que mi madre me había regalado las navidades pasadas. No sabía muy bien hacer fotos, pero quería guardar aquel día entero. En mi cabeza iba a ser uno de esos recuerdos que se enseñan de mayor.

Fui corriendo a la cocina ya vestida. Mi madre levantó la vista de la taza de café y sonrió al verme.

—¿No era un poco pronto para arreglarse?

—No quiero que llegue y tenga que esperarme.

Miró el reloj de la cocina.

—Todavía faltan casi dos horas, cariño.

—Ya lo sé.

Pero no quería arriesgarme. Si llegaba antes de tiempo, quería estar lista. Ella no dijo nada más. Me preparó unas tostadas con mantequilla y mermelada, aunque apenas les di un par de bocados.

—Come un poco más.

Negué con la cabeza.

—Si comes mucho luego vomitas. Me lo ha dicho Marta.

Mi madre sonrió con tristeza. Entonces yo no fui capaz de verla; ahora sí. Sabía que intentaba protegerme sin quitarme la ilusión.

A las nueve y media ya estaba sentada junto a la ventana del salón con la mochila puesta. Cada coche que doblaba la esquina conseguía que me incorporara un poco más en el sofá. No era ese. Tampoco el siguiente.

Cuando el reloj marcó las diez pensé que estaría buscando aparcamiento. A las diez y diez imaginé que habría encontrado tráfico. A las diez y media estaba convencida de que se habría confundido de calle.

Mi madre cogió el móvil.

—Voy a llamarle.

—Seguro que está conduciendo.

—Puede ser.

El teléfono sonó varias veces antes de que saltara el buzón de voz. Ninguna de las dos dijo nada. Seguimos esperando.

El sol fue entrando poco a poco por la ventana del salón hasta iluminar casi toda la habitación. Mi madre preparó la comida y me llamó un par de veces, pero yo seguía convencida de que aparecería en cualquier momento.

—No tengo hambre.

—Cariño, llevas toda la mañana sin comer.

—Comeremos allí.

Ni siquiera entonces discutí conmigo. Solo dejó el plato sobre la mesa por si cambiaba de idea. No lo hice.

Cuando me quité la mochila fue únicamente porque empezaban a dolerme los hombros. La dejé apoyada junto a la puerta de entrada para no perder tiempo si sonaba el timbre.

Recuerdo muy bien el silencio de aquella tarde. La televisión estaba encendida, pero ninguna de las dos le prestaba atención. Yo ya casi no miraba por la ventana; me limitaba a observar el reloj del salón, convencida de que cinco minutos más podían cambiarlo todo.

Mi madre volvió a llamarlo. Otra vez el buzón. Entonces dejó el teléfono boca abajo sobre la mesa y vino a sentarse a mi lado. Permanecimos unos minutos sin hablar.

—¿Quieres llorar? —preguntó al final.

Negué con la cabeza, aunque ya me escocían los ojos.

—No estoy triste.

Ella pasó un brazo por mis hombros y me atrajo hacia sí con cuidado.

—Vale. Entonces me quedo aquí mientras no estás triste.

Durante mucho tiempo pensé que ese había sido el peor momento del día.

Con los años entendí que no. Lo peor fue que seguí esperando incluso después de haber comprendido que no iba a venir.

A la mañana siguiente llamó. Mi madre respondió desde la cocina y, antes incluso de escuchar su voz, supe que era él. Me tendió el teléfono.

—Hola, princesa.

No contesté.

—Lo siento muchísimo. Se complicó todo en el trabajo y luego también tuve un problema en casa con los niños. Cuando quise darme cuenta ya era muy tarde.

En casa. Con los niños. No hablaba de mi casa. No hablaba de mí.

—¿Me perdonas?

Miré el dibujo del edredón mientras asentía, aunque él no pudiera verme.

—Sí.

—Te prometo que el próximo fin de semana vamos. Solo tú y yo.

Volví a decir que sí. Porque todavía quería creerle.

Cuando colgué, mi madre seguía esperándome en la puerta de la habitación. No me preguntó qué había dicho. Tampoco hacía falta. Simplemente abrió los brazos. Fui hasta ella y escondí la cara en su cuello.

Aquel sábado siguiente también preparé la mochila. Pero esa vez no me la puse. La dejé junto a la puerta y decidí que no volvería a

ilusionarme hasta escuchar primero el sonido de su coche entrando en la calle.

Sin darme cuenta, aquel día aprendí a esperar de otra manera.

CAPÍTULO 31

La lluvia despertó a todo el hotel antes incluso que el despertador.

No era la típica tormenta de verano que descargaba diez minutos y desaparecía. El cielo llevaba horas completamente negro y el viento hacía vibrar las ventanas de la residencia del personal. Cuando llegué al comedor, casi todo el mundo miraba el móvil mientras desayunaba.

—Han cancelado todas las actividades de playa —anunció uno de los animadores.

—Y el barco de las excursiones.

—También la excursión a Valldemossa.

En la recepción ya había una cola de clientes antes de las ocho de la mañana. El hotel parecía otro. Los niños corrían por los pasillos porque no podían salir a la piscina, varios huéspedes protestaban por unas reservas canceladas y la música relajante en el vestíbulo no solucionaba el caos.

—Mia.

Me giré. El encargado señalaba una montaña de toallas.

—Necesito que eches una mano al equipo de piscina. Hay que recoger todo antes de que el viento lo mande a Menorca.

Asentí sin preguntar. Aquella mañana nadie hacía exactamente su trabajo. Todo el mundo hacía el trabajo que hacía falta.

—¿Tú crees que alguna sombrilla sobrevivirá? —preguntó Héctor mientras sujetábamos una tumbona entre los dos para que no saliera volando.

—Yo creo que ya ha aceptado su destino.

La sombrilla dio otra sacudida con el viento. Él soltó una carcajada.

—No te rías. Como salga disparada y le dé a alguien, nos despiden.

—Al menos nos reiremos un rato.

Terminamos de recoger la terraza completamente empapados. Llovía de lado. El agua nos chorreaba por la cara y ya daba igual intentar mantenerse seco. Héctor se pasó una mano por el pelo y me miró.

—¿Sabes qué es lo mejor de estar así de empapados?

—Sorpréndeme.

—Que, con esta pinta, ninguno de los clientes se atreve a preguntarnos dónde está el buffet.

Me reí. Una risa de verdad. Hacía días que no me salía una tan fácil.

Vi a Manu dos veces.

La primera fue al otro lado del vestíbulo. Hablaba con su padre y con dos hombres trajeados mientras señalaban unos planos apoyados sobre un mostrador. Parecía más serio que de costumbre. Ni siquiera levantó la vista cuando crucé por allí con un carro lleno de toallas.

La segunda fue por la tarde. Yo salía de una habitación cuando él dobló el pasillo. Nuestros ojos se encontraron apenas un instante. Pensé que se acercaría. Él también dio un paso. Entonces alguien pronunció su nombre.

—¡Manuel!

Su padre. Otra vez. Lo vi girarse por puro reflejo. Después volvió a mirarme. Levantó una mano, como pidiéndome un segundo. No esperé, seguí caminando. No porque estuviera enfadada. Simplemente ya no tenía ganas de quedarme quieta mientras alguien decidía si podía dedicarme unos minutos.

El turno terminó mucho más tarde de lo previsto. La lluvia seguía cayendo con la misma fuerza.

—¿Te acompaño? —preguntó Héctor con un paraguas en la mano cuando salimos por la puerta del personal.

—No hace falta.

Miró el cielo. Un relámpago seguido de cerca por un trueno nos erizó la piel.

—Yo creo que sí.

No discutí. Compartimos un paraguas que apenas servía para algo. El viento conseguía colarse igualmente por todos lados y terminamos riéndonos cada vez que una ráfaga lo doblaba del revés.

Cuando llegamos a la casa del personal, Héctor se detuvo junto a la puerta.

—¿No entras?

Negó con la cabeza.

—Solo tenía un descanso. En cinco minutos tengo que volver.

Fruncí el ceño.

—¿Y has venido solo para acompañarme?

Se encogió de hombros, como si no entendiera por qué aquello merecía una explicación.

—No quería que volvieras sola con este temporal.

Lo dijo con la misma naturalidad con la que alguien comenta que va a por un café.

—Gracias, Héctor.

Me dedicó una sonrisa breve antes de darse la vuelta y alejarse bajo la lluvia, sin esperar que le respondiera nada más.

Al subir las escaleras, el móvil vibró. Pensé que podía ser Manu, preocupado por si había llegado bien a casa.

Era un mensaje de mi madre preguntando qué tal iba todo con la tormenta. Contesté enseguida. Después dejé el teléfono boca abajo sobre la cama. Aquella noche no miré la pantalla otra vez.

CAPÍTULO 32

Después de la tormenta, agosto pareció acelerar. Quizá no tuvo nada que ver con la lluvia. Quizá simplemente había empezado a fijarme en el calendario de la recepción, donde cada mañana alguien tachaba el día anterior con un rotulador negro. Cuando llegué a Mallorca, septiembre era una palabra remota dentro de un formulario universitario. De pronto quedaban doce días para volver a Madrid.

Doce días seguían siendo muchos si los pensabas en turnos dobles, desayunos demasiado tempranos y sombrillas pesadas. Eran muy pocos si los pensabas en atardeceres.

El hotel necesitó casi una semana para borrar las consecuencias del temporal. Varias tumbonas habían aparecido en lugares inexplicables, una parte de la terraza permanecía cerrada y el almacén de actividades olía a humedad. Héctor y yo pasamos dos mañanas clasificando material estropeado mientras Laura gritaba números desde una escalera.

—Tres colchonetas, dos sombrillas y una dignidad —dijo Héctor, anotándolo en una hoja.

—La dignidad ya estaba rota antes de la tormenta.

—Vaya, pues entonces no la cubre el seguro.

Encontramos una caja llena de gafas de bucear, pelotas deshinchadas y juguetes que los huéspedes habían olvidado durante el verano. Héctor sacó una pala de plástico rosa y la sostuvo a la altura de la cara.

—Genial, siempre había querido una —dijo con sarcasmo.

—Es exactamente tu estilo.

—Justo lo que buscaba para mi habitación.

La lanzó dentro de la caja de objetos perdidos y siguió revisando el material. Yo estaba desenredando unas cuerdas cuando encontré

una pulsera de cuentas azules enganchada en uno de los nudos. Seguramente pertenecía a algún niño que ya estaría de vuelta en su casa sin recordar dónde la había perdido.

Me la puse alrededor de la muñeca.

—¿Me queda bien?

Héctor levantó la vista.

—Muchísimo. Parece que hayas ido a un campamento espiritual en Formentera.

—Me he encontrado a mí misma.

—Te falta decir que el mar te ha enseñado a soltar.

Ambos seguimos un rato más haciendo bromas irónicas. Pasábamos más tiempo juntos porque Laura había decidido que formábamos un buen equipo después de la tormenta. Eso significaba que nos enviaba a resolver todo aquello que nadie más quería hacer: revisar sombrillas, vaciar cajas empapadas del almacén, perseguir a un proveedor que siempre entregaba veinte botellas menos de las que figuraban en el albarán.

No me importaba. El trabajo ocupaba las horas y el cansancio se encargaba del resto.

A Manu lo veía de vez en cuando. Nunca lo suficiente como para hablar con él, pero sí para recordar que seguía allí. Empecé a evitar los lugares donde sabía que podía encontrarlo, a cambiar de ruta en el último momento o a alargar tareas absurdas con tal de no cruzarme con él. Prefería no encontrármelo a querer estar con él y no poder. Prefería meter todo lo que sentía en una cajita pequeña antes que quedarme esperando algo que no sabía si iba a llegar.

Aun así, a veces era inevitable. Una mañana apareció en el vestíbulo cuando yo acompañaba a una familia hasta los ascensores. Otra tarde lo reconocí al otro lado de la piscina, sentado con su padre y varios hombres alrededor de una mesa cubierta de documentos.

Nuestros ojos se encontraron durante unos segundos. Manu se quedó mirándome como si quisiera levantarse. Yo esperé, aunque no habría sabido decir qué estaba esperando exactamente. Uno de los hombres deslizó una carpeta hacia él y Manu bajó la vista. Seguí caminando. No volvimos a coincidir aquel día.

• • •

Carla empezó a guardar cosas en cajas antes que yo. Decía que no quería pasar su última noche intentando cerrar la maleta.

—No entiendo cómo he acumulado tanto —protestó, sentada en el suelo entre montones de ropa—. Llegué con una maleta.

—Has robado media lavandería del hotel.

—Tomado prestado.

Le lancé una toalla con el logotipo del Bellamar.

—Eso es literalmente una prueba del delito.

—Cuando sea anciana la miraré y recordaré mi juventud.

Carla dobló la toalla y la metió en la caja sin el menor rastro de culpa. Yo abrí uno de mis cajones y encontré el vestido que había llevado a casa de los abuelos de Héctor, todavía arrugado en el fondo. Debajo estaba el top morado de la primera vez que Manu me llevó a su casa. Lo saqué, lo miré unos segundos y volví a guardarlo.

—Podríamos hacer algo el domingo —dijo Carla sin mirarme—. Antes de que esto se convierta oficialmente en una cuenta atrás.

—¿Algo como qué?

—Playa, comida, emborracharnos a las cuatro de la tarde. Lo normal.

—Vale.

—Nico dice que puede conseguirnos una barca pequeña.

Levanté la cabeza.

—¿Desde cuándo hablas con Nico?

—Me lo he encontrado esta mañana en la terraza, no te montes películas.

Intentó parecer indiferente mientras doblaba una camiseta tres veces sin necesidad. Desde hacía días aparecía con sudaderas que no eran suyas y sonreía cada vez que recibía un mensaje, aunque insistía en que aquello no significaba nada.

No dije nada. Ella tampoco preguntó por Manu.

El domingo no hubo barca porque el motor necesitaba una reparación, así que terminamos en una cala cercana a la que se podía llegar andando. Fuimos Carla, Nico, Héctor y yo, cargados con

bolsas de comida, toallas y una nevera que Nico había llenado casi exclusivamente de cerveza.

—He traído fruta —dijo Carla abriendo su bolsa.

—Tienes un limón —respondió Nico.

—Es una fruta.

—Siempre tienes razón tú.

La cala estaba casi vacía. Extendimos las toallas cerca del agua y pasamos la mañana entrando y saliendo del mar mientras el altavoz sonaba al ritmo de hits veraniegos como *Feel So Close* de Calvin Harris o *Columbia* de Quevedo. Nico y Carla discutieron durante veinte minutos sobre quién había empujado primero a quién desde una roca hasta que terminaron desapareciendo detrás de un saliente con una discreción lamentable.

Héctor y yo nos quedamos sentados en la orilla. Las olas llegaban débiles, cubriéndonos los pies antes de retroceder.

—Mi abuelo ha terminado el libro —dijo.

—¿Lorenzo sobrevive a la tormenta?

—No puedo revelar información confidencial.

—Era una pregunta retórica, tu abuelo me contó el final unas cuantas veces.

—Entonces sabrás que Lorenzo sufre por razones artísticas.

Sonreí. Él cogió una piedra plana y la lanzó contra el agua. Rebotó dos veces antes de hundirse.

—Le ha puesto tu nombre a un personaje.

Lo miré sorprendida.

—¿Qué?

—Una camarera que aparece en el puerto y le da indicaciones al protagonista.

—¿Y luego muere?

—No. Tiene tres frases y desaparece con dignidad.

—El papel de mi vida.

Héctor sonrió, pero después se volvió hacia el mar. Cogió otra piedra y la hizo girar entre los dedos sin decidirse a lanzarla.

—Te van a echar de menos —dijo.

—Yo también voy a echaros de menos.

—Yo hablaba por mí.

Lo miré. Había intentado decirlo con ligereza, pero esta vez la sonrisa no terminó de aparecer.

Durante un momento solo se oyó el agua avanzando hasta nuestros pies y retirándose después, llevándose una capa fina de arena.

—A veces pienso que, si las cosas hubieran sido un poco distintas, quizá tú y yo... —empezó.

No terminó la frase. Tampoco hacía falta.

Héctor me había gustado, sí, pero sobre todo me importaba. Me gustaba estar con él, la facilidad con la que conseguía hacerme reír y la seguridad de que sus palabras no escondían algo que tendría que analizar después. En otras circunstancias quizá habría intentado averiguar si aquello podía convertirse en amor o si solo era descanso. Pero no estábamos en otras circunstancias.

—Yo también lo he pensado —admití.

Héctor bajó la vista hacia la piedra y soltó el aire despacio, como si escucharme confirmarlo no hiciera las cosas más sencillas.

—No quiero que me elijas porque otro no ha sabido llegar a tiempo.

La frase me dejó quieta. No sonó a reproche ni a ultimátum. Solo a una verdad que llevaba mucho tiempo guardándose.

—Me importas mucho —continuó—, pero también tengo algo de amor propio, aunque no lo parezca cuando desayuno cereales sentado en el suelo.

Sonreímos los dos, aunque el nudo en el pecho no desapareció. Quise encontrar una frase que no le hiciera daño, pero todas sonaban demasiado pequeñas.

—Lo siento.

—No tienes por qué. Nunca nos prometimos nada.

Nos quedamos mirando el agua. A lo lejos, Carla gritó el nombre de Nico y poco después se oyó una carcajada que rompió el silencio sin llegar a estropearlo.

Héctor me dio un pequeño golpe con el hombro.

—Quizá en otro momento nos habría salido bien.

Apoyé el hombro contra el suyo un instante.

—Quizá sí.

La piedra seguía entre sus dedos. Al final la lanzó y rebotó dos veces sobre el agua antes de desaparecer.

• • •

Regresamos al hotel al final de la tarde, con sal seca en la piel y arena dentro de las bolsas. En la entrada nos encontramos a Claudia arrastrando una maleta pequeña hacia un coche.

—¿Te vas? —preguntó Carla.

—Solo un par de días. Voy a Barcelona mañana y he venido a buscar unas cosas de Manu.

Sentí el nombre antes de procesar el resto.

—¿Manu está en Barcelona?

Claudia dejó de colocar la maleta en el maletero. Durante un segundo pareció arrepentirse de haber hablado.

—Sí. Se ha ido esta mañana con mi padre de imprevisto. Tienen reuniones hasta el jueves.

Miré hacia el hotel, como si pudiera encontrarlo igualmente entre los ventanales. Esa mañana había creído verlo dos veces. Había pasado junto a la terraza pensando que quizá estaría arriba. Incluso había retrasado unos minutos la salida del turno sin admitirme la razón.

—Pensaba que lo sabías —añadió Claudia.

—No, no he estado muy pendiente del móvil últimamente.

Claudia me observó un instante, pero Carla se acercó antes de que pudiera decir algo más y empezó a preguntarle por el viaje. Yo aproveché para coger mi bolsa del suelo.

Al entrar en la casa del personal, encontré arena acumulada entre mis dedos y la pulsera azul todavía alrededor de la muñeca. Me la quité y la dejé sobre la cómoda.

El móvil estaba donde lo había guardado aquella mañana.

No había ningún mensaje nuevo.

CAPÍTULO 33

Manu volvió de Barcelona un jueves por la tarde.

No me enteré por él. Lo vi bajar de un coche frente a la entrada del hotel mientras yo acompañaba a una pareja hasta la zona de la piscina. Llevaba la misma camisa azul oscuro con la que se había marchado en una de las fotografías que Claudia había subido a Instagram, aunque ahora estaba arrugada y tenía las mangas dobladas de cualquier manera. Una bolsa de viaje colgaba de su hombro y el teléfono seguía pegado a su oreja. Me vio casi al instante.

La conversación que estaba manteniendo pareció desaparecer de su cara. Se detuvo junto al coche, con la puerta todavía abierta, y durante unos segundos nos limitamos a mirarnos desde lados distintos de la entrada.

Yo había imaginado muchas veces cómo sería volver a verlo. En algunas versiones estaba enfadada. En otras él me buscaba nada más llegar, me explicaba por qué se había marchado sin decirme nada y encontraba una frase capaz de colocar de nuevo todas las cosas en su sitio.

En realidad, lo primero que pensé fue que hacía mala cara. Después recordé que llevaba cuatro días fuera y ni siquiera me había avisado.

La pareja que acompañaba siguió caminando y tuve que apartar la mirada para indicarles dónde podían recoger las toallas. Cuando volví a mirar hacia la entrada, Manu ya había colgado. Estaba hablando con el conductor, aunque seguía pendiente de mí.

No se acercó. Yo tampoco. Continué con mi turno.

Apareció una hora después en el almacén de material, cuando estaba comprobando las reservas de las camas balinesas para el día

siguiente. Lo reconocí por el reflejo de la puerta metálica antes de que dijera nada.

—Hola.

Seguí leyendo la lista durante un par de segundos, quizá porque necesitaba terminar aquella línea o quizá porque quería obligarlo a permanecer allí sin saber exactamente cómo iba a recibirlo.

—Hola.

—¿Puedes parar un momento?

Dejé el bolígrafo sobre la carpeta y me giré. Manu había dejado la bolsa de viaje en algún sitio y se había cambiado de camisa, pero seguía teniendo la expresión desordenada del trayecto.

—Estoy trabajando.

—Solo serán cinco minutos.

La frase me produjo una reacción pequeña y desagradable. Cinco minutos. Últimamente nuestra relación parecía construida con ellos: los que encontraba entre una reunión y otra, los que podían robarse en un pasillo, los que quedaban antes de que alguien volviera a necesitarlo.

—Vale —dije—. Cinco minutos.

Salimos por una puerta lateral que daba a un corredor estrecho detrás del restaurante. El sol de la tarde caía sobre los muros de piedra y desde la terraza llegaba el ruido de platos, conversaciones y música. Manu esperó a que la puerta se cerrara antes de hablar.

—Pensaba escribirte.

—Pero no lo hiciste.

—Lo sé.

No intentó justificarlo y, de alguna manera, eso me dolió un poco más. Me crucé de brazos, esperando algo que no sabía si todavía quería escuchar.

—Todo se organizó muy rápido —continuó—. Mi padre adelantó las reuniones y salimos por la mañana. Cuando llegamos, estuvimos todo el día entre las oficinas y el hotel. Después pensé que era muy tarde para llamarte.

—Podrías haber mandado un mensaje.

—Sí.

—Claudia pensaba que yo sabía que te habías ido.

La mandíbula se le tensó.

—Mia...

—No te lo digo para que te sientas mal. Solo para que entiendas lo raro que fue enterarme así.

—No quería dejarte fuera.

Lo miré durante unos segundos. Manu parecía decir la verdad. Eso era parte del problema. No había tomado una decisión consciente de ocultármelo ni había querido castigarme con su silencio. Simplemente, en medio de todo lo demás, no había pensado en incluirme.

—Pero me dejaste fuera igualmente.

Bajó la vista un momento y se pasó una mano por el pelo.

—Lo siento.

La frase cayó entre nosotros sin conseguir acercarnos. No porque no fuera sincera, sino porque últimamente había demasiadas cosas que parecían terminar ahí.

—Ya.

—No digas “ya” de esa manera.

—¿De qué manera?

—Como si no hubiera nada más que hablar. Como si estuvieses cansada de mí.

Solté aire despacio y miré hacia el extremo del corredor. Un camarero cruzó cargado con dos cajas de vino, nos saludó con la cabeza y desapareció por la puerta de cocina.

—No sé qué quieres que diga, Manu.

—Lo que estás pensando.

—Estoy pensando que queda casi una semana para que me vaya y que llevamos días comportándonos como si ya hubiera ocurrido.

La frase pareció golpearlo. Dio un paso hacia mí, aunque se detuvo antes de llegar a tocarme.

—Te he echado de menos.

—Yo también.

—Entonces no entiendo por qué estás tan lejos.

Lo dijo con una frustración casi infantil, como si la distancia fuera algo que yo hubiera colocado deliberadamente entre nosotros. Lo

miré, intentando decidir cuánto de la verdad podía decir sin romper algo que quizá ya estaba roto.

—Porque echarme de menos no cambia nada.

Manu se quedó callado.

—Tú vuelves de Barcelona y me buscas cinco minutos porque eso es lo que puedes darme ahora —continué—. Y no te culpo por tener reuniones ni por ayudar a tu familia. Sé que no te vas para hacerme daño. Pero yo tampoco puedo seguir fingiendo que no me afecta estar siempre esperando a que aparezca un hueco.

—No eres un hueco.

—Entonces no sé qué soy.

Abrió la boca, pero no respondió. Durante semanas había deseado que encontrara una palabra para nosotros. Algo sencillo que pudiera sostenerse fuera de las calas, los coches aparcados y las habitaciones vacías. Al verlo allí, en silencio otra vez, comprendí que quizá había esperado tanto esa respuesta que ya no sabía qué hacer si llegaba tarde.

—Mia, no quiero perderte.

Su voz sonó más baja.

—Eso no es lo mismo que saber cómo quedarte.

Apartó la mirada, como si la frase le hubiera dolido. Una parte de mí quiso acercarse, tocarle la cara y borrar el cansancio de los últimos días con besos. Seguía queriéndolo. Eso era lo absurdo. No había dejado de sentir nada; simplemente había empezado a entender que sentirlo no resolvía el resto.

Manu metió una mano en el bolsillo del pantalón y sacó un paquete pequeño envuelto en papel marrón.

—Te traje esto.

Lo observé sin cogerlo.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Me lo tendió. Dentro había una edición preciosa de Persuasión, con las esquinas gastadas y el título grabado en letras doradas sobre una cubierta verde. Pasé el pulgar por el lomo.

—La vi en una librería cerca del hotel —explicó—. Me acordé de que dijiste que era el único libro de Jane Austen que no habías leído.

Había sido una conversación absurda en su cocina, mientras esperábamos a que terminara de hacerse la tortilla. Yo apenas la recordaba. Él sí.

Tragué saliva.

—Gracias.

—Pensé en ti todo el tiempo.

Levanté la cabeza.

—Me lo creo, Manu. Me creo que pienses en mí, pero no siempre te acuerdas de hacerme parte de tu vida.

Manu apoyó una mano en la pared, cerca de mi hombro, y durante un instante estuvimos tan próximos como antes. Podía oler su colonia, reconocer el pequeño corte que tenía junto a la barbilla y contar las tres pequeñas pecas que tenía en la cara.

—Dime qué hago —murmuró.

Antes, escuchar aquello me habría dado esperanza. Habría empezado a explicarle cómo podía verme, qué podía decirle a su padre, en qué momentos podía llamarme. Habría intentado crear yo misma el lugar que quería ocupar. Esta vez negué despacio. No quería construir un castillo de arena que se deshiciera con la primera ola.

—No puedo decidirlo por ti.

La puerta de la cocina se abrió antes de que él pudiera responder. Laura salió al corredor hablando con otro compañero, demasiado enfadada para bajar la voz.

—Pues que alguien me explique cómo una emergencia hace que nuestras horas dejen de existir. Estuvimos aquí hasta las tres de la mañana.

—Administración dice que no van a pagarlas —respondió él—. La orden viene de dirección.

Manu frunció el ceño.

—¿Qué horas?

Laura se detuvo al reparar en él.

—Perdona, Manuel, no nos hagas caso.

—No, Laura. Dime qué pasa —respondió con firmeza.

—Las de la tormenta. Dicen que, como fue una situación excepcional, no cuentan como extraordinarias.

—¿A cuánta gente afecta?

—A casi cuarenta personas.

Manu guardó el móvil en el bolsillo.

—Dile a María que no cierre las nóminas todavía. Hablaré con administración.

Laura lo miró con cierta cautela.

—Tu padre ha firmado el informe.

Algo cambió en su expresión.

—Entonces hablaré también con él.

Se volvió hacia mí.

—Tengo que solucionar esto. —Sus ojos bajaron hacia el libro que todavía sostenía contra el pecho—. No quería que nuestra primera conversación al volver fuera así.

—Yo tampoco.

Pareció a punto de acercarse, pero se detuvo. Quizá por fin había entendido que tocarme no podía resolver aquello que todavía no sabía nombrar.

—Gracias por el libro —dije.

—De nada.

Entramos por la puerta de cocina. Manu se dirigió hacia los despachos y yo regresé al almacén, aunque durante el resto de la tarde escuché su nombre más veces de lo habitual. Primero entre los camareros, después en recepción y finalmente en la casa del personal.

Manu había interrumpido la reunión de dirección. Había discutido con su padre delante del gerente y se había negado a marcharse hasta que confirmaron por escrito que todas las horas trabajadas durante la tormenta se pagarían como extraordinarias.

Cuando terminé el turno, encontré a Laura enseñándole el correo a varios compañeros alrededor de la entrada de personal.

—Nos las pagan todas —anunció—. Incluso los descansos que perdimos.

Alguien aplaudió. Otro propuso levantarle una estatua a Manu junto a la piscina y Carla aseguró que, conociendo a su familia, probablemente ya tuvieran varias.

Yo sonreí con ellos, pero no dije nada.

Más tarde, al cruzar el vestíbulo, lo vi dentro de uno de los despachos acristalados. Su padre hablaba de pie, con una mano apoyada sobre la mesa. Manu permanecía sentado frente a él, serio, sin apartar la mirada ni encogerse bajo el peso de su voz.

No podía escuchar lo que decían. Tampoco hacía falta.

Aquella discusión no tenía nada que ver conmigo. Manu no sabía que yo estaba observándolo y no obtendría nada de mí por haberla provocado. Lo había hecho porque cuarenta personas habían trabajado durante una noche imposible y alguien había decidido que su esfuerzo no valía dinero.

Seguía sin saber qué lugar ocupaba en su vida y sin querer conformarme con los minutos que le sobraban. Pero, al verlo allí dentro, plantándole cara a su padre por algo que consideraba injusto, recordé que Manu nunca había sido cruel ni indiferente.

Solo llevaba demasiado tiempo confundiendo ser bueno con obedecer.

CAPÍTULO 34

La última semana comenzó con una lista pegada en la pared de nuestra habitación. Carla la había escrito con un rotulador rosa y una caligrafía tan grande que ocupaba casi todo el folio.

“COSAS QUE HACER ANTES DE ABANDONAR ESTA ISLA PARA SIEMPRE:”

Debajo había apuntado bañarnos de noche, robar una última ronda de croissants, conseguir que Héctor admitiera que usaba acondicionador y obligar a Nico a invitarnos a una cena en un restaurante pijo.

—No voy a abandonar la isla para siempre —dije mientras doblaba ropa sobre la cama—. Probablemente vuelva algún día.

—No arruines el dramatismo.

—Además, la mitad de esas cosas ya las hemos hecho.

—Lo sé, así ya podemos marcar algunos como hechos, que una lista toda por hacer da un poco más de vértigo.

La habitación estaba irreconocible. Habíamos vaciado los cajones, descolgado las fotos que habíamos acumulado, separado la ropa limpia de la que todavía olía a sudor y humedad. Cada objeto parecía demostrar que dos meses eran tiempo suficiente para construir una vida, aunque no para aprender a desmontarla sin sentir cierta tristeza.

Del hotel me despedía poco a poco. De la máquina de hielo que seguía bloqueándose cuando más trabajo había, de la esquina donde Héctor me había enseñado a esconderme durante los descansos, de las vistas desde el *rooftop* cuando el sol empezaba a caer y las mesas aún estaban vacías. Hasta los huéspedes parecían irritarme un poco menos, quizá porque ya podía contar las veces que tendría que volver a sonreírles.

A Manu apenas lo vi. Después de la discusión con su padre, las reuniones no desaparecieron, pero algo había cambiado: empezó a decidir a cuáles iba. Decía que quería entender el Bellamar y el proyecto de Ibiza antes de opinar sobre ellos, no aprender a obedecer mejor. Aun así, seguía llegando cansado y tarde, y entre nosotros quedaban cosas que ninguna decisión empresarial podía resolver.

El viernes, Carla cumplió el último punto importante de su lista y organizó una cena en la playa. Según ella, no era una despedida porque las despedidas “atraían energía de funeral”, aunque había comprado velas pequeñas, obligado a todo el mundo a llevar comida y preparado una *playlist* titulada “Libertad condicional”.

Fuimos casi todos los que habíamos compartido aquel verano. Héctor apareció con una tortilla hecha por su abuela, Nico cargó una nevera entera y Claudia trajo dos bolsas de comida que aseguró haber preparado ella, aunque las etiquetas del restaurante seguían pegadas debajo.

Cenamos sentados sobre toallas, pasándonos platos de mano en mano mientras el cielo se volvía naranja detrás del mar. Nico y Carla discutían sobre quién visitaría primero a quién cuando volvieran a sus ciudades, aunque los dos hablaban como si aquella visita ya estuviera decidida.

—Madrid está en medio —dijo Carla—. Es geografía básica.

—Valencia tiene playa.

—Mallorca también y mira cómo has acabado.

Nico le pasó un brazo por los hombros y ella no se lo quitó. Nadie hizo comentarios porque llevábamos semanas esperando que dejaran de fingir.

Manu llegó cuando ya habíamos terminado de cenar.

Lo vi antes de que los demás repararan en él. Bajaba por la arena con los zapatos en una mano y la camisa abierta sobre una camiseta blanca. Parecía cansado, pero sonrió cuando Claudia empezó a aplaudir su aparición como si fuera una celebridad que llegaba tarde a una gala.

Saludó al grupo, dejó los zapatos junto a las toallas y buscó un sitio. Había espacio libre al lado de Nico y otro entre Claudia y

Héctor, pero vino directamente hacia mí.

—¿Está ocupado? —preguntó, señalando la arena a mi lado.

—Todavía no.

Por un instante no dijo nada; se limitó a aceptar el plato que Carla le pasó y a escuchar la conversación, aunque su brazo permanecía pegado al mío y, de vez en cuando, levantaba la vista para mirarme como si necesitara comprobar que seguía allí.

—Pensaba que no venías —murmuré cuando los demás empezaron a discutir sobre la música.

—No podía perderme tu última noche.

La frase me atravesó con más fuerza de la que debería. Manu lo dijo mirando el plato, como si así pudiera restarle importancia, pero su rodilla seguía pegada a la mía y no parecía tener intención de apartarla.

Durante el resto de la cena se quedó a mi lado. No intentó hablar de Barcelona, de su padre ni de todo lo que seguía pendiente entre nosotros. Se limitó a compartir la comida, acercarme una botella de agua cuando vio que la mía estaba vacía y reírse conmigo cuando Nico intentó abrir una cerveza con una piedra y terminó cortándose un dedo.

Cuando Carla puso música y todos corrieron hacia el agua, Manu me tendió la mano.

—¿Vienes?

Lo miré unos segundos antes de aceptarla.

El agua estaba más fría de lo que recordaba, quizás porque no era una noche especialmente calurosa. Entré soltando un grito y Manu se rió justo antes de que le lanzara una ola con ambas manos. Me devolvió el ataque y durante unos minutos fuimos exactamente las mismas personas que habíamos sido al principio del verano: dos idiotas peleándose en el mar, sin reuniones, despedidas ni fechas escritas en un calendario.

Nadamos con los demás hasta que tuvimos los dedos arrugados. Después salimos y nos tumbamos sobre las toallas, todavía mojados, mientras Claudia y Héctor hablaban de películas y Carla y Nico discutían como siempre.

Manu permaneció junto a mí, con el hombro pegado al mío y la mirada perdida en las estrellas.

—Ven conmigo —dijo cuando la gente empezó a recoger.

—¿Adónde?

—A cualquier sitio donde podamos estar solos.

Nos alejamos caminando por la orilla hasta que las voces del grupo quedaron atrás. Manu llevaba los zapatos en una mano y yo sostenía el vestido contra el pecho. La arena húmeda se hundía bajo nuestros pies y el agua alcanzaba de vez en cuando nuestros tobillos.

Nos detuvimos cerca de unas rocas. Él dejó los zapatos en el suelo y se giró hacia mí.

—No sé qué decirte.

—Por una vez, podrías no decir nada.

Manu sostuvo mi mirada durante unos segundos, como si estuviera intentando decidir si tenía derecho a acercarse. Fui yo quien dio el primer paso.

Lo besé despacio. No hubo desesperación al principio. Solo reconocimiento. Su mano subió hasta mi cuello y la otra se apoyó en mi cintura, acercándome con una delicadeza que me desarmó más que cualquier beso urgente. Cuando se separó, mantuvo la frente contra la mía.

—Ya te lo he dicho, pero te he echado muchísimo de menos.

—Yo también.

Era la verdad, aunque no arreglara nada.

Volvió a besarme y esta vez dejó de contenerse. Le rodeé el cuello con los brazos y sentí cómo me atraía hacia él, como si necesitara memorizar la forma exacta en que encajábamos. Durante unas horas no hablamos de septiembre ni de Madrid. No discutimos sobre el lugar que ocupaba en su vida ni sobre cuánto tiempo había tardado en encontrarme.

Solo estuvimos juntos.

Más tarde, ya en la habitación de la casa del personal, hicimos el amor sin prisa. No se pareció a la primera vez. No hubo nervios ni risas para esconder la vulnerabilidad. Manu me tocó como si estuviera aprendiendo algo que temía olvidar, y yo intenté no pensar

que quizá aquella fuera la última vez que dormiría con su respiración cerca.

Después nos quedamos tumbados en silencio. Carla había desaparecido con Nico y el ventilador giraba sobre nuestras cabezas, moviendo el aire caliente de la habitación. Manu trazaba círculos lentos sobre mi brazo mientras yo escuchaba los latidos de su corazón.

—Mañana tengo el último turno —dije.

—Lo sé.

—Y por la tarde me voy.

Su mano se detuvo apenas un instante.

—También lo sé.

Levanté la cabeza para mirarlo.

—Tengo una reunión por la mañana —dijo—, pero iré al aeropuerto.

No respondí enseguida.

—¿Seguro?

Manu se incorporó un poco y me apartó el pelo de la cara.

—Seguro.

—No quiero quedarme esperando.

Él me miró con una seriedad que hizo que quisiera creerlo.

—No vas a tener que hacerlo.

Apoyé la cabeza otra vez sobre su pecho. Manu cerró los brazos alrededor de mí y, por un rato, conseguí dejar de pensar en todas las promesas que había escuchado antes.

Aquella noche me dormí creyendo que él llegaría.

CAPÍTULO 35

Me desperté con el brazo de Manu todavía rodeándome la cintura y durante unos segundos no recordé que aquel era mi último día en Mallorca.

Después abrí los ojos. Manu dormía detrás de mí, con la respiración lenta contra mi nuca. Me quedé quieta, intentando memorizarlo sin convertir el momento en una despedida antes de tiempo: el peso de su mano sobre mi cintura, el calor de su cuerpo, la barba áspera rozándome el hombro.

Sonó mi despertador. Manu soltó un quejido y escondió la cara contra mi cuello.

—No.

—Tengo que trabajar.

—Diles que estás enferma.

—En mi último turno.

—Precisamente. ¿Qué van a hacer, despedirte?

Me reí bajito y me giré entre sus brazos. Tenía el pelo desordenado y los ojos todavía medio cerrados.

—Tienes una reunión —le recordé.

La expresión le cambió apenas.

—Lo sé.

—Y yo tengo que irme.

—También lo sé.

Permanecimos mirándonos unos segundos. Manu me apartó un mechón de la cara y me besó despacio, sin la urgencia de la noche anterior. Cuando se separó, mantuvo la mano en mi mejilla.

—Voy a estar allí.

Quise preguntarle otra vez si estaba seguro, pero no lo hice. Había llegado un punto en el que repetir la pregunta no conseguía volver más firme la respuesta.

—Vale.

Manu se marchó antes de que Carla regresara. Lo vi ponerse la camisa, buscar sus zapatos debajo de la cama y detenerse un instante en la puerta, como si quisiera decir algo más.

Al final solo me miró.

—Nos vemos luego.

—Luego.

La puerta se cerró detrás de él.

Durante el último turno descubrí que las despedidas podían esconderse dentro de cosas pequeñas. En la última vez que fiché a las siete y cuarto. En la última botella de agua que coloqué sobre una bandeja. En la última discusión con la máquina de hielo, que decidió despedirme bloqueándose justo durante el servicio de la piscina.

Héctor apareció a mi lado cuando me oyó insultarla.

—Te va a echar de menos.

—Nos hemos hecho daño mutuamente. Es mejor terminar aquí. Se convertía en una relación tóxica.

Le dio dos golpes en el lateral y el hielo cayó de golpe.

—¿Ves? Siempre te quiso más a ti.

Trabajamos juntos durante casi toda la mañana. No mencionamos la conversación de la sala ni lo que podría haber pasado entre nosotros en otras circunstancias. No hacía falta. Algo había quedado más limpio desde entonces, como si haber dicho la verdad nos permitiera despedirnos sin sentir que todavía debíamos resolver nada.

Al terminar el turno, María me llamó a recepción y me entregó el sobre con la liquidación y las propinas de la última semana. Entregué el uniforme, vacié la taquilla y salí del vestuario con mi propia ropa. Cruzar el hotel sin la placa con mi nombre me produjo una sensación extraña, como si hubiera dejado de pertenecer allí antes incluso de marcharme.

Héctor me esperaba junto a la puerta del personal con una bolsa de papel.

—Mi abuela ha hecho ensaimadas para el viaje.

—Dile que estoy pensando seriamente en quedarme con ella.

—Ya ha preparado los papeles de adopción.

Nos abrazamos. Esta vez sin bromear para acortarlo.

—Escríbeme cuando llegues —dijo.

—Lo haré.

—Y vuelve algún día.

—Eso también.

Carla me esperaba en la casa del personal sentada encima de su maleta, intentando cerrarla con todo su peso. Nico estaba agachado en el suelo, sujetando la cremallera.

—Te juro que no cabe —dijo él.

—Porque no estás haciendo fuerza.

—Estoy viendo cómo te llevas tres toallas del hotel.

—Son recuerdos.

Entre los tres conseguimos cerrar la maleta y bajar las cosas hasta la furgoneta. Carla se marchaba al día siguiente, pero insistió en acompañarme al aeropuerto. Nico fue con nosotras porque, según dijo, alguien tenía que encargarse de que no perdiéramos el vuelo por montar una despedida dramática.

Durante el trayecto intenté participar en la conversación, aunque miraba el móvil cada pocos minutos. No había ningún mensaje de Manu. La reunión debía de seguir en marcha. Eso era todo.

Facturé la maleta y compré una bolsa de patatas. Carla y Nico se quedaron conmigo hasta el último punto en el que podían acompañarme. El aeropuerto estaba lleno de gente quemada por el sol, niños con camisetas de fútbol y familias discutiendo sobre el peso del equipaje.

Todavía faltaba casi una hora para el embarque. Nos sentamos cerca de las puertas automáticas. Cada vez que se abrían, levantaba la cabeza. Un hombre con una camisa blanca. Una pareja empujando un carrito. Un chico moreno hablando por teléfono. Ninguno era Manu.

—Llegará —dijo Carla.

No le había preguntado.

—La reunión habrá terminado tarde.

—Seguramente.

Nico miró el móvil.

- No me responde.
- No lo llames más.
- Solo quiero saber dónde está.
- Yo también.

La pantalla anunció que faltaban treinta minutos para el embarque. Después veinte. Carla dejó de fingir que no miraba el reloj.

- Puede que esté aparcando.

Asentí, aunque ya no estaba segura de que la respuesta fuera para ella. Cada vez que alguien cruzaba las puertas sentía el mismo movimiento en el pecho. Una subida rápida de esperanza seguida de algo más pesado cuando el rostro no era el suyo.

Cuando anunciaron el embarque, me puse de pie.

- Tengo que pasar el control de seguridad.

- Todavía puede venir —dijo Carla.

- No va a venir.

No lo dije triste. En el fondo lo sabía.

Carla me abrazó con fuerza y durante unos segundos ninguna de las dos dijo nada. Cuando se apartó, tenía los ojos brillantes.

- Lláname cuando aterrices.

- Lo haré.

Nico me abrazó después.

- Vamos a ir a Madrid pronto.

- Más os vale.

Miró por encima de mi hombro hacia la entrada antes de separarse. No había nadie.

Crucé el control y avancé hacia la puerta de embarque. Cada pocos pasos volvía la cabeza, aunque ya sabía que desde allí no podría llegar hasta mí sin billete.

Aun así, seguí mirando. Quizá había terminado la reunión. Quizá estaba corriendo por el aparcamiento. Quizá solo necesitaba cinco minutos más.

Entregué la tarjeta de embarque y caminé por el finger con el bolso pegado al cuerpo. Antes de entrar en el avión, me giré una última vez.

No apareció nadie.

Me senté junto a la ventanilla y mantuve el móvil encendido hasta que una azafata pidió que activáramos el modo avión. La conversación con Manu seguía abierta en la pantalla.

Su último mensaje era de esa mañana.

Manu: Nos vemos en el aeropuerto

El avión empezó a avanzar por la pista. Mallorca se extendía al otro lado del cristal, brillante bajo el sol, como si nada importante estuviera terminando.

Pensé en la cala, en el barco, en el mirador, en las croquetas frías y en su mano cerrándose alrededor de la mía. Pensé en todo lo que habíamos sido sin llegar a decidir nunca qué éramos.

Cuando el avión despegó, apoyé la frente contra la ventanilla.

Había aprendido. Esta vez no me quedaba esperando. Me estaba marchando.

CAPÍTULO 36

Manu

Salí de la casa del personal poco antes de las seis de la mañana. El cielo empezaba a aclararse detrás de los edificios y el camino hasta el hotel estaba vacío, salvo por un trabajador de cocina que fumaba junto a la entrada y tuvo la amabilidad de fingir que no me había visto salir de allí.

Todavía podía sentir a Mia sobre la piel. Su respiración contra mi pecho, la suavidad de su pelo, la forma en que había preguntado si estaba seguro de que iría al aeropuerto. Había querido contestarle que sí sin dudar, que no tenía por qué volver a preguntármelo.

—Seguro —le había dicho.

No quería ser otro hombre que incumpliera sus promesas.

Conduje hasta casa con las ventanillas bajadas y el volumen de la radio tan bajo que apenas distinguía la música. Tenía que ducharme, cambiarme y llegar al hotel antes de las ocho. La reunión llevaba meses preparándose. Socios de Barcelona, abogados, el equipo financiero y una propuesta de expansión que mi padre consideraba el principio oficial de mi futuro dentro de la empresa.

Yo solo pensaba en la hora de salida del vuelo de Mia. Lo había comprobado tres veces antes de dormir. También la duración aproximada del trayecto hasta el aeropuerto, el tiempo que tardaría en aparcar y el margen necesario para encontrarla antes de que pasara el control. Podía hacerlo. La reunión terminaría sobre las dos. Había una hora hasta el aeropuerto, contando aparcar. Su vuelo salía pasadas las cuatro. Incluso si se alargaba un poco, llegaría.

Me duché rápido. La noche anterior seguía adherida a mí de una forma que no quería borrar. Cuando salí, encontré encima de la cama el traje que alguien de casa había dejado preparado. Azul

oscuro, camisa blanca, zapatos que nunca habría elegido voluntariamente.

Durante años me había vestido así sin pensar demasiado. Aquella mañana, al mirarme en el espejo, tuve la impresión de estar viendo la versión de mí que todos conocían menos Mia.

Ella conocía al que robaba croquetas de la cocina, se escondía junto al mar y quería poner un tobogán amarillo en una piscina diseñada por alguien muy serio. Al que no sabía qué quería hacer con su vida, pero sí sabía exactamente cómo sonaba su risa desde el otro lado de una terraza.

Cogí el móvil antes de salir. Estuve a punto de escribirle. Algo sencillo: Nos vemos en unas horas. Sin embargo, seguramente estaría trabajando y preferí no molestarla.

Además, ya se lo había prometido. No hacía falta repetirlo. Ese fue mi primer error.

La reunión empezó a las ocho y diez. Mi padre ocupó la cabecera de la mesa y yo me senté a su derecha, frente a una pantalla donde se sucedían previsiones, planos y cifras. Durante la primera hora logré seguir la conversación. Contesté preguntas, defendí parte de la propuesta y corregí una estimación que no tenía en cuenta los costes reales del personal.

Mi padre me observó durante unos segundos cuando insistí en ello, quizá recordando la discusión por las horas extraordinarias de la tormenta. No dijo nada delante de los socios, pero supe que volveríamos al tema.

A las nueve y media miré el reloj por primera vez. A las doce y cuarto, había perdido la cuenta.

El móvil permanecía boca abajo junto a mi carpeta. No lo había cargado por la noche y tenía poca batería. Tampoco tenía mensajes de Mia. Estaría terminando el turno, despidiéndose, cerrando la maleta.

A las dos, cuando la reunión debía terminar, uno de los abogados anunció que quedaba pendiente revisar una modificación contractual. Mi padre pidió que trajeran otra ronda de cafés.

Sentí la primera punzada de inquietud.

—Tengo que marcharme antes de las dos y media —le dije en voz baja.

Ni siquiera me miró.

—No.

—No era una pregunta.

Entonces giró la cabeza.

—Los socios han venido desde Barcelona para esto, Manuel. No vas a levantarte a mitad de una reunión.

—La reunión debía acabar a las dos.

—Las reuniones terminan cuando el trabajo está hecho.

La frase me produjo una sensación conocida. Esa idea de que todo lo demás podía esperar mientras existiera una obligación que él considerara importante.

Miré el reloj otra vez. Todavía podía llegar. Me quedé.

Ese fue el segundo error.

La conversación continuó durante cuarenta minutos más. Intenté participar, pero las cifras dejaron de tener sentido. Pensaba en Mia mirando la puerta cada vez que se abriera. En la forma en que me había dicho que no quería quedarse esperando. En lo rápido que había contestado que no tendría que hacerlo.

A las dos y cuarenta y siete cogí el móvil debajo de la mesa. Tres llamadas de Nico. Un mensaje. Un 3% de batería.

Nico: donde coño estas?

Nico: ya estamos en el aeropuerto

Sentí que algo se me hundía en el estómago.

Me levanté con calma, recogí el móvil y cerré la carpeta que tenía delante. Todas las miradas se dirigieron hacia mí, pero hice el esfuerzo de mantener la voz estable.

—Disculpadme. Tengo que marcharme. La parte operativa que estáis revisando ahora queda fuera de mi área y Alberto tiene toda la información necesaria para continuar sin mí.

Uno de los socios asintió, sorprendido. Mi padre no.

—Manuel —dijo con tranquilidad—. Siéntate.

—Lo siento. Tengo otro compromiso y ya llego tarde.

No esperé a que respondiera. Salí de la sala y avancé por el pasillo con las llaves apretadas dentro de la mano. Escuché la puerta abrirse detrás de mí antes de llegar al ascensor.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

Me giré. Mi padre venía hacia mí con la mandíbula rígida y la voz lo bastante baja para que nadie dentro de la sala pudiera oírlo.

—Me voy al aeropuerto.

—¿Ahora?

—Le prometí que estaría allí.

Soltó una risa breve, sin humor.

—Estás abandonando una reunión en la que nos jugamos millones por una chica a la que conoces desde hace dos meses.

—Debía terminar hace casi una hora. Mi parte ya está hecha.

—Tu parte termina cuando termina la reunión.

—No. Mi parte termina cuando dejo de aportar algo útil. Ahora solo estáis revisando cláusulas legales que no dependen de mí.

—No se trata únicamente de lo que aportas, Manuel. Se trata de estar. De demostrar que entiendes el lugar que ocupas.

La ironía de la frase me golpeó de lleno.

—Precisamente tengo que estar en otro sitio.

Intenté girarme, pero su voz volvió a detenerme.

—Si sales por esa puerta, no esperes regresar mañana como si no hubiera pasado nada.

Lo miré.

—¿Eso es una amenaza?

—Es una advertencia. Este apellido te ha dado todo lo que tienes. Hay responsabilidades que no puedes abandonar cada vez que aparece algo más emocionante.

Durante años habría bajado la mirada. Habría buscado una manera de explicarme sin contrariarlo demasiado, una frase que le permitiera seguir creyendo que tenía razón.

Esta vez no.

—Mia no es algo emocionante que ha aparecido. Es alguien a quien le he dado mi palabra.

—¿Y vas a traicionar a tu familia por ella?

—No estoy traicionando a nadie. Me estoy yendo de una reunión.

—Estás demostrando que no mereces el lugar que hemos preparado para ti.

—Puede que tampoco sea la vida que quiero. ¿O es que acaso me has dejado elegir?

Mi padre se quedó inmóvil. Creo que nunca me había oído decirlo en voz alta. Yo tampoco. Las puertas del ascensor se abrieron detrás de mí.

—Manuel —dijo, esta vez con algo distinto en la voz—. Si te vas ahora, no vuelvas esperando que todo esto siga siendo tuyo.

Entré en el ascensor y mantuve su mirada mientras las puertas empezaban a cerrarse.

—Quizá nunca lo fue.

No esperé su respuesta. Las puertas se cerraron mientras notaba el corazón golpeándome las costillas. Bajé al aparcamiento y llamé a Nico mientras corría hacia el coche. Contestó al segundo tono.

—Dime que ya estás aquí.

—Voy de camino. ¿Ha pasado el control?

Hubo un silencio largo.

—Tío, acaba de entrar.

—¿A qué hora embarca?

—En unos minutos.

Arranqué el coche.

—Haz que espere.

—¿Cómo se supone que hago eso?

El móvil se me apagó en ese momento. Golpeé el volante con la palma y aceleré hacia la salida. Mierda, joder.

El trayecto hasta el aeropuerto se convirtió en una sucesión de coches que iban demasiado lentos, semáforos que nunca cambiaban y conductores incapaces de comprender que mi vida estaba terminando al otro lado de la ciudad.

Dejé el coche en la primera plaza que encontré y entré corriendo en la terminal. Los zapatos me molestaban, la camisa se me pegaba a la espalda y varias personas se apartaron cuando atravesé la zona de facturación sin mirar por dónde iba.

Llegué hasta el control de seguridad cuando la vi. Estaba al otro lado, avanzando entre la gente con el bolso colgado del hombro.

Llevaba el pelo recogido y caminaba despacio, volviendo la cabeza cada pocos pasos hacia la entrada. Hacia mí. Durante un segundo creí que me había visto.

—¡Mia!

Mi voz se perdió entre los anuncios, las conversaciones y el ruido de las maletas sobre el suelo.

Volví a gritar su nombre. Ella se detuvo cerca de la puerta de embarque y miró alrededor. Levanté la mano, intenté avanzar, pero una trabajadora del aeropuerto me bloqueó el paso.

—Necesito una tarjeta de embarque.

—Solo tengo que hablar con ella.

—No puede pasar sin billete.

—Mia —grité otra vez.

Ella sacó el móvil del bolso, miró la pantalla y, antes de que pudiera contestar, una azafata le indicó que siguiera avanzando. Durante unos segundos se quedó quieta.

Después guardó el teléfono.

Y se fue.

La vi desaparecer por el finger mientras yo seguía al otro lado de una barrera que habría podido evitar si hubiera salido cinco minutos antes. Si no me hubiera sentado cuando mi padre me lo ordenó. Si hubiera entendido que intentar llegar no era lo mismo que llegar.

Busqué a Nico y a Carla entre la gente de la entrada, pero no los vi por ninguna parte. Probablemente ya se habían marchado.

Levanté la vista hacia las pantallas. El vuelo a Madrid acababa de cerrar puertas. Se había retrasado veinte minutos, regalándome un margen que no merecía, y aun así había llegado tarde.

Saqué el móvil del bolsillo. Apagado.

—Joder.

Fui hasta el mostrador de atención al cliente y pedí un cargador. La chica que estaba allí me prestó el suyo y dejé el teléfono conectado sobre la mesa. Cuando por fin apareció el logo, sentí que habían pasado veinte minutos.

Llamé a Nico, que contestó casi al instante.

—¿Manu?

Miré otra vez la pantalla de salidas.

—Se ha ido.

—Mierda.

—Necesito la dirección de Mia.

—¿Qué?

—Su dirección en Madrid.

Hubo una pausa.

—¿Qué vas a hacer?

Miré la pantalla de salidas. Había otro vuelo a Madrid aquella tarde, pero llegaría demasiado tarde. El siguiente tardaba horas. No pensaba quedarme quieto en Mallorca esperando otra oportunidad. Habría otra forma de encontrarla, seguro. Solo necesitaba pensar.

—Ir a buscarla.

—Hermano, su avión acaba de salir.

—Lo sé.

—Entonces...

—Nico, la dirección.

Escuché cómo hablaba con alguien al otro lado. La voz de Carla apareció de fondo, primero confundida y después mucho más cerca.

—¿Manu?

—Carla, dime dónde vive.

—¿Has llegado tarde?

Cerré los ojos.

—Sí.

Soltó algo que sonó como un insulto.

—Te juro que como hagas todo esto para volver a desaparecer...

—No voy a desaparecer.

—Eso espero. Porque ella te quiere muchísimo, aunque ahora mismo probablemente quiera lanzarte desde un edificio.

—La dirección, por favor.

—Espera, que lo busque. —Carla guardó silencio un momento. Cuando volvió a hablar, su voz había perdido el enfado—. Usera. Te mando la ubicación.

Lo memoricé.

—Gracias.

—Manu.

—¿Qué?

—No vayas a pedirle que te espere más.

Miré hacia las pistas, donde un avión empezaba a moverse despacio bajo el sol.

—Quiero hacer las cosas bien.

Colgué la llamada y me quedé mirando el móvil, intentando ordenar todas las opciones que ya llegaban tarde.

No tenía coche en Madrid. No sabía a qué hora aterrizaría Mia exactamente ni cuánto tardaría en llegar a su casa. Ni siquiera sabía qué podía decirle cuando la tuviera delante.

El móvil empezó a vibrar. Mamá. Lo último que me apetecía en ese momento era escuchar otra charla sobre haberme ido de la reunión. Estuve a punto de dejar que sonara, pero a una madre no se le hace eso.

—Manuel, tu padre está furioso.

—Ya.

—¿Dónde estás?

—En el aeropuerto.

Hubo una pausa.

—¿Por ella?

Miré por los ventanales. El avión avanzaba hacia la pista y, aunque no podía saber si era el suyo, sentí que Mia se alejaba otra vez delante de mí.

—Sí, pero da igual. No he llegado a tiempo.

Mi madre soltó aire despacio.

—El avión de la empresa está en Son Sant Joan. El piloto sigue en Mallorca.

Me quedé callado.

—¿Me estás ayudando?

—No —dijo—. Estoy evitando que mi hijo tarde otros veinte años en aprender a elegir su propia vida.

El avión que estaba observando aceleró sobre la pista y se elevó poco a poco hasta separarse de la isla. Apreté el teléfono con fuerza.

—Mamá.

—Ve, Manuel.

Y esta vez no esperé a que nadie tuviera que repetírmelo.

CAPÍTULO 37

Cuando llegué a casa, Madrid olía a asfalto caliente. Después de dos meses despertándome con el sonido del mar, el ruido de los coches me pareció casi violento. El bus avanzó por calles conocidas mientras yo miraba por la ventanilla y tenía la sensación extraña de reconocerlo todo sin sentir que terminaba de pertenecer allí todavía.

Mi madre me había mandado seis mensajes desde que aterricé.

Mamá: ¿Has llegado?

Mamá: Mia

Mamá: Contesta

Mamá: He hecho tortilla

Mamá: Y tengo helado

Mamá: Como no respondas llamo a emergencias

Sonreí por primera vez desde que había despegado.

Mia: Estoy llegando. No llames a nadie, por favor

Mamá: ¿Qué tal el vuelo?

Miré la pantalla unos segundos.

Mia: Bien

No tenía energía para contarle el resto.

El bus se detuvo cerca del portal, arrastré el equipaje hasta la acera y levanté la vista hacia el edificio donde había vivido prácticamente toda mi vida. Entonces lo vi. Manu estaba sentado en el escalón de la entrada.

Durante un momento pensé que mi cabeza estaba haciendo una de esas cosas crueles que ocurren cuando echas tanto de menos a

alguien, que les pones caras conocidas a desconocidos.

Porque Manu pertenecía a Mallorca. A las calas, al Bellamar, a los coches con las ventanillas bajadas y a las noches que olían a sal. Verlo allí, delante del portal de mi casa, entre contenedores, coches aparcados en doble fila y el ruido de Madrid, era como encontrar una parte del verano en el sitio equivocado.

Me quedé quieta en mitad de la acera. Él levantó la cabeza y todo ocurrió en su cara al mismo tiempo. El alivio, el miedo, una sonrisa que apareció y desapareció antes de terminar de formarse.

Se puso de pie.

—Hola.

No me moví.

—¿Qué haces aquí?

—Esperarte.

La palabra me golpeó directamente en el pecho. Miré alrededor, como si Madrid pudiera ofrecerme alguna explicación más razonable.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Carla.

Por supuesto.

Volví a mirarlo. Había imaginado tantas veces que Manu aparecía en el aeropuerto que verlo allí, delante de mi portal, me producía algo completamente extraño, distinto a la felicidad. Era demasiado tarde para la escena que yo había esperado.

—No viniste.

La sonrisa desapareció de su cara.

—Lo sé.

—Te esperé.

Esta vez la voz sí me tembló. Manu dio un paso hacia mí y se detuvo cuando vio que yo no me movía.

—Llegué tarde.

Solté una risa pequeña, sin humor.

—Eso ya lo había deducido.

—Mia.

—No. —Negué con la cabeza—. No puedes aparecer aquí y hacer como si nada hubiera pasado. Fallaste tu promesa.

—No estoy haciendo eso.

—Entonces ¿qué haces?

Manu respiró hondo.

—Intentando demostrarte que me importas.

Eso me dejó quieta. Él se pasó una mano por el pelo.

—La reunión se alargó. Me quedé porque pensé que todavía tenía tiempo y porque... no sé. Porque llevo toda la vida pensando que siempre puedo hacer las dos cosas. Cumplir con todo lo que esperan de mí y luego correr para llegar al resto. —Bajó la vista un segundo —. Pero no funciona.

No dije nada.

—Llegué al aeropuerto cuando acababan de cerrar puertas. Te vi, grité tu nombre, intenté llamarte, pero no tenía batería. Vi despegar un avión que podía ser el tuyo y pensé que había conseguido hacer exactamente lo que te prometí que no haría.

Tragué saliva.

—¿Y entonces?

—Entonces vine.

Lo miré.

—¿Cómo?

—El avión de la empresa.

Parpadeé.

—¿Has cogido un avión privado para venir hasta Usera?

Por primera vez, una sonrisa pequeña le movió la boca.

—Cuando lo dices así suena bastante ridículo.

—Es completamente ridículo.

—Ya.

—Manu.

—Domingo —corrigió automáticamente.

Lo miré con incredulidad.

—¿En serio?

—Perdón. Nervios.

Y, contra toda lógica, se me escapó una risa. Manu me observó como si aquello le hubiera dado un poco de aire.

—Me fui de la reunión —continuó—. Mi padre salió detrás de mí. Discutimos.

—¿Mucho?

Soltó una risa seca.

—Bastante.

—¿Y?

Se quedó en silencio durante unos segundos.

—Me dijo que, si me iba, no volviera esperando que todo siguiera siendo mío.

Sentí un nudo en el estómago.

—Manu...

—Está bien.

—No, no está bien.

—No. Probablemente no. —Se encogió ligeramente de hombros —. Pero creo que necesitaba que pasara.

Lo miré sin entender.

—¿Por qué?

Manu volvió a acercarse un paso. Esta vez no me aparté.

—Porque toda mi vida he pensado que elegir significaba perder algo. Que si decía que no a mi padre, perdía a mi familia. Que si no hacía lo que esperaban, perdía mi futuro. Que si estaba contigo, tarde o temprano terminaría haciéndote daño.

Sus ojos encontraron los míos.

—Y al final, por intentar no elegir nada, casi te pierdo a ti.

El ruido de Madrid seguía alrededor. Un autobús pasó al final de la calle. Alguien cerró una persiana. Una mujer salió del edificio de al lado arrastrando un perro pequeño que no parecía tener ninguna intención de pasear.

Pero yo solo podía mirarlo a él.

—No quiero que cambies toda tu vida por mí.

—No lo he hecho por ti. Tú solo has conseguido que me dé cuenta de que llevaba años viviendo una vida que ni siquiera sabía si quería.

—No voy a incorporarme a las oficinas de Barcelona en septiembre. Le he dicho a mi padre que quiero pasar un año en Mallorca, trabajando en operaciones del Bellamar de verdad. Sin fingir que sentarme en una reunión es lo mismo que saber qué ocurre en un hotel. Si algún día entro en la empresa, quiero saber que es porque yo lo elegí.

—¿Y tu padre?

—Está enfadado. Mi madre cree que sobrevivirá.

Sentí algo aflojarse dentro de mí.

—Entonces ¿qué quieres?

La pregunta quedó entre los dos. Manu me miró como si, por primera vez, supiera la respuesta.

—A ti.

Mi corazón dio un golpe.

—Manu...

—Estoy enamorado de ti, Mia.

No respiré. Creo que ni siquiera pestañeé. Él soltó una pequeña risa nerviosa.

—Llevo semanas intentando encontrar una forma menos aterradora de decirlo, pero no existe. Estoy enamorado de ti. Muchísimo. Y he sido un imbécil porque pensaba que protegerte era mantenerte lejos de todo lo complicado de mi vida cuando lo único que estaba haciendo era dejarte fuera.

Me mordí el interior de la mejilla.

—Eso no arregla todo.

—Ya lo sé.

—Tampoco sé si puedo confiar en que la próxima vez llegues.

Manu asintió. No intentó discutirlo ni prometerme que jamás volvería a fallar.

—Entonces no me creas todavía —dijo—. Déjame demostrártelo.

—Tu padre sigue existiendo. Yo vivo en Madrid. Tú no sabes dónde vas a vivir. Ni qué va a ser de tu futuro.

—Tampoco.

—Tu plan es pésimo.

—Es probablemente el peor plan que he tenido nunca.

Lo miré durante unos segundos.

—Entonces ¿qué estás proponiendo?

Manu respiró hondo.

—Intentarlo.

No dijo para siempre. No dijo que todo sería fácil. No prometió septiembre, ni diciembre, ni ninguna de esas cosas enormes que la

gente dice cuando quiere convencerte de que el futuro puede controlarse.

Solo eso. Intentarlo.

—Quiero ir a Madrid. Quiero que vengas a Mallorca. Quiero discutir contigo porque criticas mi agua con gas y quiero seguir comprando croquetas raras porque sé que te hacen feliz. Quiero que conozcas todas las partes de mi vida. Y quiero conocer la tuya. —Se acercó un poco más—. No sé cómo va a funcionar, Mia. Pero quiero averiguarlo contigo.

Sentí que los ojos empezaban a escocerme.

—Me hiciste esperar.

La expresión se le rompió ligeramente.

—Lo sé.

Me miró con una seriedad que hizo desaparecer cualquier resto de broma.

—No voy a pedirte que vuelvas a esperarme. —Se detuvo a menos de un paso de mí—. Esta vez he venido yo.

Ahí fue. Ahí se rompió todo lo que todavía estaba intentando sujetar. Porque durante años había pensado que querer a alguien significaba esperar a que decidiera quedarse. Esperar una llamada, esperar un coche frente a casa, esperar una disculpa. Esperar que, por una vez, no hubiera otra persona, otro trabajo o una vida entera más importante que yo.

Y Manu había llegado tarde. Había cometido exactamente el error que más miedo me daba. Pero después había hecho algo que nadie había hecho antes. Había vuelto. No porque fuera fácil. No porque no tuviera nada que perder. Había vuelto porque, esta vez, me había elegido por encima del resto.

Sonreí aunque ya estaba llorando.

—Eres idiota.

—Muchísimo.

—Y llegas tarde.

—También.

—Y sigo bastante enfadada contigo.

—Lo entiendo.

—Y no pienso ponértelo fácil.

Sonrió pícaro.

—Nunca lo haces.

Lo empujé ligeramente por el pecho. Negué con la cabeza. Y entonces lo besé.

Manu tardó menos de un segundo en reaccionar. Sus manos encontraron mi cintura y me acercó hacia él con tanta fuerza que solté una risa contra su cara. Me besó como en el mirador, como en su coche, como aquella primera vez en que parecía haber pasado semanas enteras intentando no hacerlo.

Pero esta vez fue diferente. Porque ya no había un septiembre esperando para separarnos. Septiembre había llegado. Y él seguía allí.

Me separé apenas lo suficiente para respirar. Manu apoyó la frente contra la mía.

—Entonces... ¿lo intentamos?

—No sé.

Su cara cambió. Esperé dos segundos.

—Mia.

Me reí.

—Ahora sabes lo que se siente.

—Eso ha sido cruel.

—Un poco.

Volví a besarlo antes de que pudiera protestar.

—Sí —murmuré contra su boca—. Lo intentamos.

Sentí cómo sonreía. Detrás de nosotros se abrió la puerta del portal. Mi madre apareció con una bolsa de basura en una mano. Nos quedamos los tres completamente quietos.

Ella miró primero a Manu. Después a mí. Luego a la maleta abandonada en mitad de la acera.

—¿Este es el rico?

Cerré los ojos.

—Mamá.

Manu soltó una carcajada. Una carcajada real, fuerte, completamente fuera de lugar. Mi madre entrecerró los ojos.

—¿De qué te ríes?

—De nada. Perdón.

—Más te vale.

Lo miré y él intentó contener la sonrisa.

—¿Vas a presentármelo o vais a quedaros besándoos en la puerta toda la tarde?

Sentí cómo se me incendiaba la cara.

—Mamá.

—¿Qué? He hecho tortilla.

Manu me miró.

—Me encanta la tortilla.

Mi madre abrió la puerta del portal.

—Pues subid antes de que se enfríe.

Entró sin esperar respuesta. Me quedé mirando a Manu.

—Bienvenido a mi vida.

Él cogió mi maleta del suelo.

—Tiene buena pinta.

—Llevas aquí treinta segundos.

—Los mejores de mi vida.

Manu entrelazó sus dedos con los míos y entramos juntos en el portal.

Por primera vez, no necesitaba saber exactamente qué iba a pasar después. Solo que esta vez los dos habíamos decidido averiguarlo.

EPÍLOGO

Cuatro meses después

El aterrizaje fue sorprendentemente suave.

Me quedé sentada un momento después de que se apagara la señal del cinturón, mirando por la ventanilla mientras las luces de la pista aparecían bajo un cielo de diciembre. Mallorca seguía siendo Mallorca incluso sin calor. El mar se intuía oscuro al otro lado del aeropuerto y, por primera vez desde julio, no tenía la sensación de estar llegando a un lugar capaz de cambiarme la vida. Quizá porque ya lo había hecho.

Mi móvil vibró en cuanto recuperé cobertura.

Manu: Estoy fuera

Manu: Y antes de que preguntes, sí, he llegado a tiempo

Sonreí.

Yo: Milagro navideño

Manu: Te odio

Yo: Mentira

Manu: Bastante

Había vuelto a Madrid con el dinero suficiente para pagar el curso y, cuando por fin llegó la resolución de la beca, sentí que podía respirar del todo. Y cuatro meses daban para muchas cosas: para empezar un nuevo curso, descubrir que una asignatura de lingüística podía arruinarte una semana entera... También daban para aprender que una relación a distancia no se parecía a las películas: había videollamadas con mala conexión, vuelos caros, fines de semana

que terminaban demasiado rápido y discusiones absurdas sobre quién había sido el último en llamar.

Pero Manu había venido a Madrid dos veces: una para conocer oficialmente a mi madre sin una bolsa de basura de por medio y otra porque tenía una reunión en Barcelona al día siguiente y decidió que, según él, «Madrid estaba prácticamente de camino». Geográficamente, era una barbaridad. Emocionalmente, no quise discutirlo.

Yo también había ido a Mallorca un par de veces: una en octubre y otra en noviembre. En esta ocasión, Nico y Carla se unirían a nosotros para pasar los cuatro el fin de año.

Cuando crucé las puertas de llegadas, lo encontré apoyado contra una columna, con las manos dentro de los bolsillos del abrigo. No llevaba flores ni un cartel con mi nombre ni nada remotamente cinematográfico. Solo esa sonrisa suya, la que aparecía primero en los ojos, y un café en la mano izquierda.

—Sin azúcar —dijo cuando llegué a su altura.

Cogí el vaso.

—Has aprendido.

—Estoy en proceso.

—¿Cuánto llevas esperando?

—Ocho minutos.

—Eso cuenta como puntualidad.

—No te acostumbres.

Le di un golpe en el brazo y Manu se rio antes de rodearme la cintura. El beso fue corto porque había gente pasando a nuestro alrededor y porque, cuatro meses después, seguía pareciéndome extraño lo fácil que se había vuelto algo que durante semanas nos había costado tanto.

—Hola —murmuró contra mi frente.

—Hola, Domingo.

—Te he echado de menos.

—Yo también.

No era una frase nueva. La diferencia era que ya no sonaba a despedida.

Había algo distinto en él. No era evidente. Seguía conduciendo con una mano, seguía llevando camisas que probablemente costaban más de lo que quería saber y seguía contestando llamadas de trabajo con una seriedad que desaparecía en cuanto colgaba. Pero ya no parecía transformarse cada vez que sonaba el teléfono. Había aprendido a no contestar algunas.

Después de Madrid, cumplió lo que me había dicho. No se incorporó a las oficinas de Barcelona. Su padre estuvo casi dos semanas sin dirigirle más palabras de las estrictamente necesarias y luego, según Claudia, pasó a la fase en la que mandaba correos larguísimos con asuntos en mayúsculas.

Manu empezó a trabajar en operaciones del Bellamar. De verdad. Horarios, proveedores, personal, mantenimiento. El primer mes lo pusieron a acompañar al jefe de recepción durante un cambio de turno y me llamó a las once de la noche para decirme que quería pedir perdón retroactivamente a todas las personas a las que alguna vez había solicitado algo «rapidito».

No sabía si terminaría dirigiendo los hoteles de su familia. Él tampoco. Y esa era precisamente la novedad. Ahora podía no saberlo sin que otra persona respondiera por él.

Cuando llegamos a su casa, dejé la maleta junto a la entrada y miré alrededor. Todo parecía igual: la piedra clara, los muebles perfectos, el piano que nadie tocaba, los lirios cuidadosamente colocados sobre una mesa.

—Sigue siendo ofensivamente bonita —dije.

Manu cerró la puerta.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Lo acepto igual.

Iba a subir la maleta cuando me agarró de la muñeca.

—Antes quiero enseñarte algo.

Lo miré con desconfianza.

—La última vez que dijiste eso acabé enamorada y con problemas logísticos entre comunidades autónomas.

—Esta vez es menos grave.

—Eso dices tú.

Me llevó hacia el jardín. El cielo estaba gris y el agua de la piscina tenía ese azul imposible que parecía todavía más frío en diciembre. Di dos pasos sobre la terraza y me detuve.

Al otro extremo de la piscina había un tobogán amarillo. No uno discreto ni elegante. Un tobogán amarillo chillón, absurdo, completamente incompatible con cualquier revista de arquitectura que hubiera fotografiado aquella casa.

Me quedé mirándolo. Luego miré a Manu. Después, otra vez el tobogán.

—No.

Él se metió las manos en los bolsillos, intentando parecer serio.

—Sí.

—Has puesto un tobogán.

—Tú dijiste que le faltaba uno.

—¡Estaba bromeando!

—Yo no.

Me eché a reír. No una risa bonita ni contenida. Una carcajada que me obligó a doblarme ligeramente mientras Manu empezaba a sonreír también.

—Es horroroso —conseguí decir.

—Me ha costado mucho encontrar exactamente ese amarillo.

—¿Por qué?

—Porque dijiste que tenía que ser amarillo.

La risa se me quedó atrapada en algún sitio del pecho. Había cosas que una persona podía comprar con dinero. Un avión, una casa frente al mar, una piscina demasiado grande.

Y luego estaban las cosas pequeñas. Recordar una frase absurda pronunciada meses atrás. Escucharla. Guardarla. Hacerle sitio.

Me acerqué al borde de la piscina.

—Tu padre debe de odiarlo.

—Muchísimo.

—Entonces me encanta.

Manu se puso a mi lado.

—Mi madre dice que arruina la vista.

—Tu madre tiene razón.

—Claudia quiere poner otro.

—Claudia es una visionaria.

Nos quedamos mirando aquella aberración amarilla en silencio. La casa seguía siendo preciosa, ordenada y probablemente igual de cara. Pero ya no parecía un lugar donde nadie pudiera mover nada. Había una manta mal doblada sobre uno de los sofás de la terraza, dos tazas olvidadas junto a la puerta y un tobogán ridículo rompiendo la línea perfecta de la piscina.

Por primera vez, parecía una casa donde Manu vivía y no una vida que alguien hubiera decorado para él. Lo abracé por detrás mientras observábamos aquella cosa amarilla y chillona en medio del decorado perfecto.

—¿Entramos? Hace frío.

Manu no se movió.

—Una cosa más.

—¿Hay otro tobogán?

—Todavía no.

Se giró hacia mí y me cogió las manos.

—Gracias por volver.

La frase fue sencilla. Sin promesas enormes. Sin dramatismo. Aun así, reconocí al chico de la cala escondida, al del mirador, al que había llegado tarde y después había cruzado el país para encontrarme.

Apreté sus dedos.

—Gracias por seguir aquí.

Manu sonrió y se inclinó para besarme. Septiembre había pasado. Después, octubre. Después, noviembre. Y, aun así, Manu seguía allí. Yo también.

Mi móvil vibró cuando ya estábamos dentro de la casa.

Carla: ¿Te puedo llamar?

Carla: Necesito hablar contigo antes de ver a Nico

Un tercer mensaje apareció mientras lo estaba leyendo.

Carla: Y prométeme que no se lo contarás a nadie

Levanté la vista hacia Manu.

—¿Tú sabes si ha seguido pasando algo entre Nico y Carla?
Intentó poner cara de inocencia y fracasó.

—No. Nico nunca ha sabido disimular cuando le interesa alguien, pero cada vez que sale el nombre de Carla cambia de tema. Es extraño.

Carla tampoco me había contado nada durante aquellos meses, y eso que hablábamos cada semana. alguna vez había mencionado a Nico de pasada, casi siempre con ese enfado suyo que nunca terminaba de parecer enfado de verdad, pero siempre cambiaba de tema antes de que pudiera preguntarle.

—Voy a llamarla un segundo.

Me aparté y fui hasta el pasillo antes de iniciar la videollamada. Carla contestó casi de inmediato.

Estaba sentada en el suelo del baño, con la espalda apoyada contra la bañera y los ojos enrojecidos.

—Carla, ¿qué pasa?

—¿Estás sola?

Miré hacia el salón. Manu había dejado el abrigo sobre una silla y estaba de espaldas a mí, lo bastante lejos como para no oír la conversación.

—Sí.

—Prométeme que no vas a decirle nada. Ni siquiera a él.

—Te lo prometo.

Carla bajó la vista. Durante unos segundos, solo escuché su respiración.

—Me estás asustando.

Se secó una lágrima con el dorso de la mano.

—Llevo dos semanas de retraso.

Sentí que se me cerraba el estómago.

—¿Te has hecho una prueba?

Sus ojos se desviaron hacia la parte superior de la pantalla al recibir una notificación. Carla cerró los ojos.

—Y ese no es el único problema.

NOTA DE LA AUTORA

Todavía me cuesta creer que hayas llegado al final de *Verano en Mallorca*. Durante mucho tiempo, Mia, Manu, Carla, Nico y el resto de los personajes solo existieron en mi cabeza. Ahora también forman parte de ti. Gracias por dedicarles tu tiempo y por haber elegido mi primera novela entre tantos libros posibles. Espero que Mallorca te haya servido como refugio durante unas horas y que, al cerrar el libro, sientas que has dejado allí una pequeña parte de ti.

Las reseñas son una de las mejores formas de ayudar a una autora independiente. Si has disfrutado de *Verano en Mallorca*, me haría muchísima ilusión que dejaras una reseña en Amazon. No tiene que ser larga ni perfecta: unas pocas palabras contando qué te ha hecho sentir, cuál ha sido tu personaje favorito o qué momento recordarás.

Puedes dejar tu reseña [aquí](#).

Y, tanto si la historia te ha encantado como si hay algo que no ha terminado de convencerte, también puedes escribirme. Me encantará conocer tu experiencia y saber qué has sentido mientras leías.

Correo: hola@almabell.com

Instagram y TikTok: [[@almabell](#)]

Leo todos los mensajes, aunque a veces necesite un poquito de tiempo para responderlos <3

REGALO EXCLUSIVO

Si quieres conocer mis próximas historias antes que nadie, puedes unirme a mi club de lectoras. Allí comparto:

- Adelantos y capítulos gratuitos.
- Portadas y fechas de publicación.
- Playlists y tableros de inspiración.
- Contenido especial sobre los personajes.
- Novedades que no siempre publico en redes.

Además, en breves llegará **la segunda novela de la saga *Amores en Mallorca***: la historia de Nico y Carla. ¿Qué ocurrió realmente entre ellos después de aquel verano? ¿Por qué ninguno de los dos se atreve a hablar de ello? ¿Y cuál es ese otro problema que Carla todavía no está preparada para contar?

Las suscriptoras serán las primeras en conocer el título, la portada y los primeros capítulos.

[Club de lectoras de Alma Bell](#)

Nos esperan nuevos lugares, nuevos personajes y muchas historias en las que volver a refugiarnos. ¡Hasta pronto!

AGRADECIMIENTOS

Primero, gracias a ti, por elegir esta historia, acompañar a Mia y a Manu y llegar hasta la última página. Saber que mi primera novela ha encontrado un lugar en tus manos significa muchísimo para mí.

Gracias a mi familia y a mis amigos por escucharme hablar durante meses de capítulos, personajes y portadas, por leerme y corregirme, por animarme cuando dudaba y por celebrar cada pequeño paso.

Y gracias a la pequeña comunidad creada en el club de lectoras y en las redes. Cada mensaje, lectura y palabra bonita ha hecho que este camino se sintiera mucho menos solitario.

Gracias por formar parte de este primer verano. Sois inspiración pura.

Con cariño,
Alma Bell

SOBRE ALMA BELL

Como habrás imaginado, Alma Bell es un pseudónimo. No porque haya un gran misterio detrás, sino porque siempre me ha dado un poco de vergüenza ponerme en el centro de todo esto. Prefiero que las historias hablen por sí solas. Que los protagonistas sean los personajes y los lugares en los que se encuentran. De modo que me gusta ambientar mis novelas en España, en parte porque quiero escribir romances que se sientan cercanos y reales. Historias con veranos mediterráneos, pequeños pueblos atlánticos, pisos caóticos, carreteras secundarias, fiestas locales y rincones que podemos visitar en una escapada en coche.

Escribo pensando en lectoras que buscan exactamente eso: perderse unas horas dentro de una historia, enamorarse de personajes ficticios y lugares emblemáticos y cerrar el libro con esa sensación cálida que conseguirá acompañarte incluso después de la última página. Quiero que mis libros sean los verdaderos protagonistas, pero me encanta compartir todo lo que hay detrás de ellos con las lectoras que deciden acompañarme. ¿Te unes al club?

Web: www.almabell.com
Instagram: [@almabellbooks](https://www.instagram.com/almabellbooks)
TikTok: [@almabellbooks](https://www.tiktok.com/@almabellbooks)
Correo: hola@almabell.com
